

SEGUNDA SERIE

EXPLORADOR

ESTADOS UNIDOS



LE MONDE
diplomatique

El imperio declinante

1



Compromiso con el país. Hoy y siempre.

- Somos la segunda productora de hidrocarburos del país, presente en las principales cuencas de la Argentina: Golfo San Jorge, Neuquina, Noroeste y Austral. Generamos trabajo para más de **11.000 familias**.

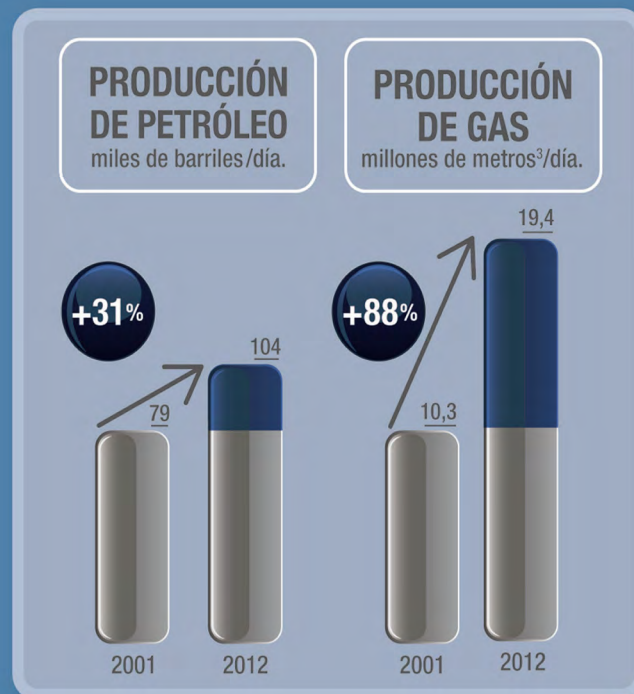
- Siempre creímos en el país.** Desde 2001, somos la empresa que más ganancias reinvertió en la Argentina. Fueron 8.500 millones de dólares en los últimos 11 años y van a ser otros 1.250 millones de dólares más en 2013.

- Esa vocación por crecer nos llevó a aumentar un **31%** nuestra **producción de petróleo** y un **88%** la de gas.

- La misma vocación que nos lleva a desarrollar **59 programas** sociales que atienden las necesidades de **82.000 argentinos**.

- Desde 2005, desarrollamos el Programa Pymes, el único de índole privada que brinda capacitación y asistencia técnica gratuita a más de **180 empresas** de Chubut y Santa Cruz. Este año se suman empresas de Salta y Neuquén.

Esto es lo que siempre hicimos y lo que seguiremos haciendo. Porque cuando crecemos, crece también la Argentina.



**Pan American
ENERGY**

Más que petróleo

www.panamericanenergy.com

ESTADOS UNIDOS EXPLORADOR

LE MONDE
diplomatique

1
SEGUNDA SERIE

El imperio declinante

Edición

Carlos Alfieri

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Edición fotográfica

Carlos Alfieri

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

LE MONDE
DIPLOMATIQUE

Director

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Rabinovich

Luciana Garbarino

Secretaría

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org

Redacción, administración, publicidad y suscripciones:

Paraguay 1535 (C1061AB)

Tel.: 4872-1440 / 4872-1330

Le Monde diplomatique /

Explorador es una publicación de

Capital Intelectual S.A. Queda

prohibida la reproducción de

todos los artículos, en cual-

quier formato o soporte, salvo

acuerdo previo con Capital

Intelectual S.A.

© Le Monde diplomatique

Impresión:

Forma Color Impresores S.R.L.,

Camarones 1768, C.P. 1416ECH

Ciudad de Buenos Aires

Distribución en Cap. Fed.

y Gran Buenos Aires:

Vaccaro Hnos. Representantes

editoriales S.A. Entre Ríos 919,

1º piso Tel.: 4305-3854

C.A.B.A., Argentina

Distribución interior y exterior:

D.I.S.A. Distribuidora Interplazas

S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836

Tel.: 4305-3160 Argentina

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Director Adjunto: Alain Gresh

Jefe de Redacción:

Pierre Rimbart

1-3 rue Stephen-Pichon,

70013 París

Tel.: (331) 53949621

Fax: (331) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr

www.monde-diplomatique.fr

INTRODUCCIÓN

Grietas en el imperio

por Carlos Alfieri

Aún es notoria la índole de primera potencia mundial de Estados Unidos. Sin embargo, su supremacía, que sigue siendo absoluta en el terreno militar e importante en el de las nuevas tecnologías, ofrece crecientes signos de debilidad en los ámbitos político y económico.

En los catorce años que transcurrieron desde el comienzo del siglo XXI hasta el presente se sucedieron en la historia de Estados Unidos acontecimientos de extraordinaria relevancia, cuya proyección influyó en el destino de otras naciones, así como ciertos fenómenos mundiales modelaron el devenir de la gran potencia de América del Norte. Estos hechos intensificaron el debate teórico acerca de la naturaleza, los límites y el porvenir de su hegemonía global, un tema que tiempo antes muy pocos discutían.

La vocación expansionista de Estados Unidos conoció una dinámica arrolladora desde el siglo XIX, volcada primero a la conquista de los territorios de sus primitivos habitantes, y después a los de México, Centroamérica, el Caribe, el océano Pacífico lejano. Pero sería después de la Segunda Guerra Mundial, que devastó las economías de las potencias derrotadas tanto como las de sus oponentes, cuando Estados Unidos emergería, con su infraestructura industrial intacta y su poderío económico, militar y político multiplicado, como el gran imperio mundial. No estaba solo: tenía enfrente a su ex aliado estratégico en la victoria sobre la Alemania nazi, la Unión Soviética, erosionada por las tremendas pérdidas humanas y materiales de su esfuerzo bélico. A mediados del siglo XX la supremacía de Estados Unidos en el mundo capitalista era indiscutida, y su poder e influencia eran decisivos en los demás países, que de una u otra manera estaban subordinados. Capitalismo y Estados Unidos eran –y siguen siendo– sinónimos, un capitalismo puro, salvaje, sin complejos ni inhibiciones, arrasador, potente y dinámico.

La implosión de los regímenes comunistas en la URSS y Europa del Este situó a Estados Unidos como única superpotencia mundial, lo que el politólogo Francis Fukuyama caracterizó como “el fin de la Historia”. Sin embargo, en este nuevo paisaje geopolítico, que parecía sellar el momento de máximo esplendor del imperio norteamericano, asomarían nuevas contradicciones y nuevos conflictos, que venían a recordar la complejidad de los múltiples factores que tejen la historia.

El resurgimiento económico de Japón, Alemania y el resto de Europa occidental (que Washington apoyó

en la segunda posguerra mundial, porque necesitaba mercados para sus productos y un cinturón próspero para contener la expansión comunista) fue vertiginoso, hasta erigir a estos países y regiones, a los que se agregarían otros, como Corea del Sur y Taiwán, en temibles competidores de la potencia norteamericana. La otrora imbatible industria estadounidense fue perdiendo competitividad; los automóviles, los aparatos electrónicos y otros productos japoneses, coreanos y alemanes invadieron el mundo; al monopolio de la industria aeronáutica norteamericana se le opuso con éxito la franco-británica-germana.

En la década de 1980, bajo la presidencia de Ronald Reagan, el neoliberalismo comienza a imponer sus designios: desregulación de los mercados, debilitamiento del papel fiscalizador y ordenador del Estado, recorte de los beneficios sociales, privatización de las empresas públicas, caída de las barreras que impedían la libre circulación de capitales en el mundo. Es la llamada globalización. A su sombra, el capitalismo financiero alcanza un poder casi absoluto y nacen formas nuevas y sofisticadas de especulación: el dinero ya no fabrica cosas sino dinero; ciertas operaciones permiten que en pocos minutos algunos “magos” de Wall Street puedan ganar fortunas siderales.

En las puertas del siglo XXI irrumpe con fuerza incontenible en el escenario mundial un nuevo actor, China, destinado a cambiar las reglas del juego hegemónico internacional. Su peculiar sistema, que combina las formas capitalistas de producción con la vigencia de un Estado fuerte controlado por el Partido Comunista, condujo al país a un crecimiento económico de una magnitud y una rapidez sin precedentes. Es el primer exportador del planeta, su PIB sólo está por detrás del de Estados Unidos y crece a un ritmo muchísimo mayor que el de éste, y a finales de 2013 sobrepasó a la potencia norteamericana como líder del comercio internacional. El FMI y la OCDE vaticinan que en 2016 China será la primera economía del mundo.

No fueron pocos, en el último decenio y medio, los hechos que denotaron profundas grietas en la política, la sociedad, la defensa y la economía de Estados Uni-

dos. George W. Bush, que se definía como “un conservador compasivo”, ganó las elecciones presidenciales de 2000 en medio de numerosas irregularidades y acusaciones de fraude: fue la Corte Suprema la que dictaminó finalmente su triunfo. Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 revelaron, por lo menos, groseras e inexplicables fallas de los servicios de inteligencia y de los dispositivos de defensa, y desnudaron la vulnerabilidad de la gran potencia. El huracán Katrina, en agosto de 2005, no fue sólo una calamidad natural: el 80% de la ciudad de Nueva Orleans quedó inundada durante semanas porque el sistema de diques que la protegía fue arrasado, y el auxilio a los afectados por parte de los organismos oficiales fue tardío e ineficaz. El Estado neoliberal mostró su impotencia para hacer frente a una tragedia social. El impresionante y costosísimo despliegue de sus fuerzas armadas en Irak y Afganistán no aseguró la imposición en esos países de una férrea “pax americana”. El estallido de la crisis económica en 2007/2008, que empezó en Estados Unidos y se trasladó después a Europa, puso al descubierto las trampas, las falacias y la rapiña practicadas por el gran capital financiero en el marco de la desregulación imperante. No obstante, ninguno de los máximos responsables del cataclismo fue juzgado, y siguieron cobrando sus fabulosos *bonus*. El Estado acudió con centenares de miles de millones de dólares –dinero de los contribuyentes– a salvar a las instituciones financieras que eran “demasiado grandes para quebrar”.

Estados Unidos sigue siendo la superpotencia mundial: su superioridad militar es apabullante; mantiene la vanguardia en el dominio de las nuevas tecnologías, particularmente en el ámbito informático y armamentístico, y está viviendo un renacimiento energético inesperado a causa de la introducción a gran escala de la técnica del *fracking* (que implica graves daños ecológicos y unas inversiones cuantiosas) para liberar el gas y el petróleo encerrados en las formaciones rocosas.

Pero es, también, el país más endeudado del mundo: su deuda pública, se estima, llegará en 2014 a 18,3 billones de dólares (China y Japón son sus principales acreedores). Y es, además, un país donde las desigualdades aumentan aceleradamente: los ingresos medios del 1% más rico de sus habitantes crecieron un 271% en los últimos 50 años, en tanto los del 90% más pobre lo hicieron en un 22%. La caída del salario real de los trabajadores ha sido espectacular: a comienzos de 2014 el salario mínimo era de 7,25 dólares por hora, un 23% menor, en valores constantes, que en 1968; si hubiese estado en relación con la inflación y el incremento de la productividad promedio, debería ser hoy de 25 dólares por hora.

La realidad actual de Estados Unidos configura un mosaico complejo, variado, atravesado por múltiples líneas de fuerza. Este número de *Explorador*, primero de la Segunda Serie de la publicación, constituye una herramienta de primer orden para indagar en sus principales aspectos. ■

SUMARIO

ESTADOS UNIDOS

El imperio declinante

INTRODUCCIÓN

- 2| Grietas en el imperio **Carlos Alfieri**

1. NACIDOS PARA EXPANDIRSE

Lo pasado

- 7| La tentación imperial de Washington **Philip S. Golub**
 13| El estilo paranoico en la política **Richard Hofstadter**
 17| Lo que se derrumbó con las Torres Gemelas **Daniel Lazare**
 25| ¿Qué estamos haciendo en Irak? **Howard Zinn**

2. LAS HERIDAS DEL GIGANTE

Estados Unidos hacia adentro

- 31| ¿Es reformable Estados Unidos? **Serge Halimi**
 37| Como si nada hubiera pasado **Ibrahim Warde**
 41| La demagogia del Tea Party **Walter Benn Michaels**
 45| La nueva fiebre del esquisto **Nafeez Mosaddegh Ahmed**
 48| Avance notable de los hispanos y la pobreza **El Atlas de las minorías, El Atlas IV de el Dipló**

3. CÓMO MANTENER LA HEGEMONÍA

Estados Unidos hacia afuera

- 53| El militarismo estadounidense **William Pfaff**
 57| China es el enemigo **Michael Klare**
 61| ¡Todos fichados! **Ignacio Ramonet**
 65| El jardín de atrás **Leandro Morgenfeld**

4. INDIVIDUALISMO Y CREATIVIDAD

Lo vivido, lo pensado, lo imaginado

- 71| El egoísmo es la virtud suprema **François Flahault**
 76| Mañana, el Apocalipsis **Denis Duclos**
 78| Un genio absoluto **Osvaldo Gallone**

5. EL DIFÍCIL FUTURO

Lo que vendrá

- 82| Una decadencia inexorable **Fabio Nigra y Pablo Pozzi**

KEEP HIM FREE



W.S.S.

WAR SAVINGS STAMPS
ISSUED BY THE
UNITED STATES
GOVERNMENT

BUY

WAR SAVINGS STAMPS

ISSUED BY THE UNITED STATES TREASURY DEPT.

1

LO PASADO

NACIDOS PARA EXPANDIRSE

Pese al credo democrático de sus primeros patriotas, los Estados Unidos nacieron con vocación de imperio. El pequeño núcleo inicial de colonos de origen británico establecido en el norte de la costa Este sembró la semilla de lo que sería centurias después el país más poderoso de la Tierra. Era un mandato de Dios, creyeron. Así, mediante las armas y tras el exterminio de la población aborigen, conquistaron sus territorios y medio México, y mediante sus dólares, compraron Alaska, Florida, Luisiana. Fue sólo el comienzo.



Internet. El dominio de Estados Unidos en la red de redes es notorio. Un tejido de cables une routers y servidores en la Equinix Internet Business Exchange.



Situación privilegiada tras el fin de la Guerra Fría

La tentación imperial de Washington

por Philip S. Golub*

El afán de conquista de Estados Unidos impregnó toda su historia. Si a lo largo del siglo XIX empezó a desplegarse con eficacia, en la centuria siguiente alcanzó el cenit de su poder planetario, enfrentado al del bloque soviético. El siglo XXI lo encuentra dueño de una potencia militar sin parangón, pero con serios problemas económicos y ante una China en espectacular ascenso.

“Estamos en el centro –proclamaba el senador Jesse Helms en 1966– y allí tenemos que mantenernos [...]. Estados Unidos debe dirigir el mundo llevando en alto la antorcha moral, política y militar del derecho y de la fuerza, y servir de ejemplo a todos los pueblos” (1). Algunos años más tarde, el neoconservador Charles Krauthammer escribía con la misma falta de modestia: “Estados Unidos se erige sobre el mundo como un coloso [...]. Desde que Roma destruyó Cartago, ninguna otra gran potencia alcanzó las alturas a las que nosotros llegamos” (2). “El momento unipolar –profetizaba– durará al menos una generación más”. Proyectándose aún más lejos, otro autor pudo decir: “El siglo XVIII fue francés, el XIX inglés, y el XX estadounidense. Y estadounidense será también el siglo próximo” (3).

Esas odas cantadas al poder dan una idea de la euforia imperial que se apoderó de la derecha estadounidense al final de la Guerra Fría y de la distancia respecto de los años 1980, cuando autores como Paul Kennedy creían descubrir los signos estructurales de un agotamiento de la hegemonía estadounidense.

Lejos de agotarse, Estados Unidos ocupa desde 1991 una posición singular, sin equivalente en la historia moderna. A diferencia del Imperio Británico, que a fines del siglo XIX debía hacer frente a la emergencia de la rivalidad alemana, Washington no

tiene delante ningún adversario estratégico susceptible de modificar los grandes equilibrios en un futuro previsible. Además, sus principales competidores económicos, europeos y japoneses, son sus aliados estratégicos. En el plano político, Estados Unidos vio crecer la esfera de su supremacía y sus márgenes de maniobra, mientras que en el terreno económico es quien fija las reglas, las normas y las limitaciones del sistema internacional (4).

Desde 1991, el objetivo primordial de la política exterior estadounidense es mantener ese *statu quo*. Pero tal finalidad se declina de manera diferente según el carácter más o menos cooperativo o coercitivo empleado. Mientras que la administración Clinton daba prioridad a la diplomacia económica y en cierta medida a la cooperación multilateral, la nueva administración se ve tentada por la fuerza y por la acción unilateral de extender aún más las fronteras de la hegemonía estadounidense.

Línea de confrontación

Instalados en el poder hace apenas seis meses, George W. Bush y su equipo endurecieron considerablemente las relaciones bilaterales con China; cuestionaron el tratado antibalístico ABM de 1972 con su decisión de desarrollar un sistema antimisiles (NMD); anunciaron su intención de militarizar el →



Represión urbana. Cada vez más, los cuerpos de elite de las fuerzas armadas se entrenan para enfrentar posibles rebeliones y conflictos en las calles de las grandes ciudades.

Terrateniente militar

Las bases e instalaciones militares que posee Estados Unidos dentro y fuera de su territorio cubren una superficie total de 2.202.735 hectáreas, lo que convierte al Pentágono en uno de los mayores propietarios de terrenos del planeta.

2.400 víctimas

Son los muertos causados por drones de Estados Unidos durante los primeros cinco años de presidencia de Obama, según el Buró de Periodismo Investigativo.

→ espacio; rechazaron el Protocolo de Kyoto sobre el medio ambiente; sabotearon el trabajo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) destinado a controlar los paraísos fiscales; manifestaron claramente que se enfrentarán al Organismo para el Arreglo de los Diferendos (OAD) de la Organización Mundial del Comercio (OMC) si son sancionados en el contencioso que opone Washington a la Unión Europea sobre la fiscalidad *offshore* de las empresas estadounidenses (5). Por otra parte, la administración Bush trata actualmente de oponerse a la creación del Tribunal Penal Internacional (TPI), al que finalmente había adherido el presidente William Clinton (6).

Día tras día crece la lista de esos “actos pirománicos”, como los llamó gráficamente Stanley Hoffman, de la Universidad de Harvard. Esos actos expresan una voluntad coherente de priorizar la acción unilateral y una negativa a ver circunscripta, aunque más no fuera un poco, la supremacía estadounidense por parte de los tratados multilaterales y del derecho internacional. John Bolton, el nuevo asistente de Colin Powell en las Relaciones Exteriores, habría afirmado recientemente en privado que “el derecho internacional no existe”.

Para comprender esa tendencia al unilateralismo, es necesario remontarse en el tiempo. Desmoronada la Unión Soviética, Estados Unidos tenía varias grandes opciones estratégicas. Simplificando, se las puede reducir a tres. En primer lugar, privilegiar la cooperación y el multilateralismo en una óptica de cogestión de un sistema mundial en vías de multipolarización y de pacificación (entre los principales Es-

tados). En segundo término, adoptar una política clásica de equilibrio de fuerzas, comparable a la de Gran Bretaña hacia Europa continental en el siglo XIX. Por último, perpetuar la unipolaridad por medio de una “estrategia de primacía”, como quieren Helms y sus amigos. Las dos primeras opciones admiten posibilidades combinatorias, como lo demostró la dosificación de cooperación y de presión introducida en la gestión de las relaciones bilaterales con China desde 1989. Pero la gramática de la fuerza y de la presión derivó en la exclusividad de la tercera opción.

Temor a la multipolaridad

La llamada estrategia de primacía fue articulada en el seno del Pentágono en un informe confidencial titulado *Defense Policy Guidance 1992-1994* (DPG). Escrito por Paul Wolfowitz y por I. Lewis Libby, hoy en día respectivamente secretario adjunto de Defensa y consejero para las cuestiones de seguridad del vicepresidente Richard Cheney, ese texto preconizaba “impedir que cualquier potencia hostil domine regiones cuyos recursos le permitan acceder a la condición de gran potencia” [...] “disuadir a los países industrializados avanzados de cualquier tentativa de desafiar nuestro liderazgo o de modificar el orden político y económico establecido”, y “prevenir la emergencia futura de cualquier competencia a nivel global” (7). Esas recomendaciones fueron escritas cuando el “momento unipolar” estaba en su apogeo, poco después de la caída de la Unión Soviética y de la guerra contra Irak.

Este detalle tiene su importancia, pues la Guerra del Golfo cumplió una función decisiva para mantener la movilización de las fuerzas armadas estadounidenses. Ese conflicto permitió justificar el mantenimiento de elevados presupuestos militares y legitimó la conservación del archipiélago militar planetario de EE.UU., es decir, de la red mundial de sus Fuerzas Armadas. Desde ese momento, el mismo estaría dirigido contra los “Estados ilegales”, capaces –se decía– de amenazar los equilibrios estratégicos regionales. En febrero de 1991, Cheney, por entonces secretario de Defensa, consideraba aquella guerra como la “prefiguración característica del tipo de conflicto que podremos ver en la nueva era [...]”. Además del sudoeste asiático, tenemos importantes intereses en Europa, Asia, el Pacífico y América Latina y Central. Debemos configurar nuestras políticas y nuestras fuerzas de manera tal que disuadan o permitan derrotar rápidamente amenazas regionales futuras” (8).

En síntesis, la guerra salvó a un Pentágono y a un complejo militar-industrial preocupados ante la perspectiva de una gran desmovilización consecutiva a la desaparición de la Unión Soviética. Pero, como por entonces lo subrayaron Robert Tucker y David Hendrickson, “al demostrar que el poder militar seguía siendo muy significativo en las relaciones interestatales” la guerra también “fue vista en Estados

Unidos como un duro golpe, quizás fatal, contra la idea de un mundo multipolar”. Poco autónomos, los competidores alemanes y japoneses se revelaron durante el conflicto “más dependientes que nunca del poder militar estadounidense” (9).

La estrategia de primacía fue congelada durante la presidencia de Clinton. El presidente demócrata dio preferencia a la prosecución de los intereses nacionales a través de las instituciones multilaterales (dominadas por Estados Unidos, dicho sea de paso) y de la elaboración de una estrategia internacionalista liberal, centrada en la globalización, bastante exitosa, a juzgar por las ganancias obtenidas.

Si bien todos los presidentes estadounidenses posteriores a 1945, de Harry Truman a George Bush (padre), fueron “presidentes de guerra”, según la expresión del historiador Ronald Steel, Clinton tenía la posibilidad de obrar de otra manera. Durante su mandato, el centro de gravedad del poder efectivamente se desplazó un poco del aparato de seguridad nacional hacia el Departamento del Tesoro y hacia el nuevo Consejo de Seguridad económica de la Casa Blanca. Secretarios del Tesoro como Robert Rubin se impusieron en la conducción de la política mundial, orquestando la globalización y administrando sus crisis. Por otra parte, ya en 1992, antes de su investidura, el Presidente había anunciado que la liberalización económica y los intercambios comerciales serían en adelante los instrumentos preferidos de la diplomacia estadounidense. Los acuerdos de libre comercio con México y Canadá, en 1993; la ratificación de la OMC, en 1994; la liberalización financiera en Asia Oriental y la política “de compromiso” con China y Rusia fueron la concreción de esa opción.

Hacer predominar la economía sobre la estrategia era lógico: el enfrentamiento bipolar había justificado cuarenta años de movilización militar, pero su desaparición abría la puerta a una inversión de las prioridades. Las formas de intervención del Estado debían cambiar para acompañar y aprovechar la apertura de China, el fulgurante desarrollo de las economías emergentes de Asia Oriental y la transición en Europa Central y Oriental. En cierto sentido, el Estado de seguridad nacional debía dejar lugar al “Estado globalizador”.

Al proponer esa inversión de las prioridades, Clinton “cuestionaba la razón de ser del Pentágono y de la estructura de seguridad nacional de Guerra Fría” subraya Steve Clemons, director del Japan Policy Research Institute. Y por ser favorable a una desmovilización militar importante “sus relaciones con los generales fueron desde el principio calamitosas”. En efecto, en 1993 había anunciado, a través de su secretario de Defensa, Les Aspin, su intención de dar marcha atrás en dos puntos clave de la política de sus predecesores: la llamada doctrina de las *base forces* (fuerzas básicas) de Colin Powell –es decir, la capacidad para desarrollar dos grandes guerras regionales simultáneas– y el programa de desarrollo de armas antibális-

ticas lanzado por Ronald Reagan. Aspin llegó incluso a evocar “el fin de la era de la guerra de las galaxias”.

Más presupuesto para el Pentágono

Esas iniciativas no prosperaron. Ante la resistencia obstinada del complejo militar-industrial, que *a priori* le era claramente hostil, fundamentalmente por su compromiso contra la guerra de Vietnam en su época de estudiante en Londres, Clinton cedería pocos meses después. Debilidad política y personal se conjugaron para hacerle perder las dos primeras pulseadas con el Pentágono: su propuesta de abrir las Fuerzas Armadas a los homosexuales fue enterrada, mientras que la doctrina de las *base forces* se mantuvo (irónicamente, los republicanos, que la habían inventado, la ponen hoy en tela de juicio). “Es a partir de ese momento que Clinton decide dejar de acariciar a contrapelo el lomo del Pentágono”, explica Lawrence Korb, del Council on Foreign Relations (CFR). El presupuesto de Defensa fue mantenido en 1994 en 280.000 millones de dólares, es decir, en un 88% del promedio del período de Guerra Fría 1975-1989, mientras que aumentó en 112.000 millones en seis años, en 1998, bajo la presión de ambas Cámaras del Congreso, dominadas a partir de 1994 por los republicanos.

Concesión tras concesión, Clinton acabó dándole al Pentágono casi todo lo que pedía. Ello no impidió que los “expertos” republicanos iniciaran una virulenta polémica contra su política de seguridad y de defensa. Sustituidos a partir de 1994 por el Congreso, esos “expertos” desataron una campaña tan agresiva como hipócrita, acusando al Presidente de haber puesto en tela de juicio la “seguridad nacional”. Un ejemplo: la actual consejera de Seguridad Nacional de Bush, Condoleezza Rice, llegó a decir que Clinton había transformado las Fuerzas Armadas estadounidenses en “trabajadores sociales” y las había reducido a un estado de impotencia comparable al de 1940! (10). Un hecho a destacar: fue una funcionaria civil del Pentágono, Linda Tripp, quien hizo público el caso Lewinsky, calificado de “conspiración de la extrema derecha” por Hillary Clinton.

Sea que Clinton no haya sabido o no haya podido dominar al Pentágono, el caso es que con George W. Bush se asiste a una consolidación del Estado de seguridad nacional. Contrariamente a lo que ocurría en la administración Clinton, ahora son guerreros y estrategas civiles y militares quienes ocupan los puestos clave. Cheney, Powell, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Richard Armitage, James Kelley, I. Lewis Libby, John Negroponte (11), entre otros. Todos ellos cumplieron funciones de seguridad de primer rango para la defensa o para los servicios de inteligencia durante la Guerra Fría y/o en momentos de la transición soviética y de la guerra contra Irak. Negroponte, por ejemplo, fue uno de los hombres clave en la guerra “secreta” contra los sandinistas nicaragüenses; James Kelley estaba en la Armada; Richard Armitage en el Departamento de →

ATENTADOS Y GUERRAS

2001

Nuevo Presidente

George W. Bush asume el 20 de enero la Presidencia de Estados Unidos, tras unas elecciones ensombrecidas por acusaciones de fraude.

2001

Ataques terroristas

Atentados, el 11 de septiembre, contra el World Trade Center y el Pentágono, reivindicados por Al Qaeda, que arroja un saldo de tres millares de muertos.

2001

Afganistán

El 7 de octubre comienza la invasión de Afganistán por tropas de Estados Unidos y países aliados para capturar a los líderes de Al Qaeda.

2003

Irak

El 20 de marzo Estados Unidos inicia la invasión de Irak “para desarmarlo de armas de destrucción masiva”, que nunca se encontraron.

2005

Segundo mandato

Bush jura su segundo mandato como Presidente, después de ganar las elecciones al candidato demócrata John Kerry.

UNA VISIÓN DE 1948

Esto es Nueva York

por Elwin Brooks White*

Nueva York concederá el don de la soledad y el don de la intimidad a cualquiera que esté interesado en obtener tan extrañas recompensas. Semejante largueza explica la presencia dentro de los límites de la ciudad de gran parte de su población, pues muchos residentes de Manhattan son personas que cogieron sus bártulos y acudieron a la ciudad en busca de asilo, del cumplimiento de sus deseos o de cualquier otro Grial de mayor o menor importancia. La capacidad de conceder tan discutibles dones es una misteriosa característica de Nueva York. Puede destruir a una persona o satisfacerla, dependiendo en gran medida de la suerte [...].

Nueva York es un concentrado del arte, del comercio, del deporte, de la religión, de la diversión y de las finanzas capaz de sacar a la palestra al deportista, al evangelista, al promotor, al actor, al negociante y al comerciante.

[...]

Es posible que esa cualidad de Nueva York que aísla a sus habitantes de la vida sencillamente los debilite como individuos. Quizá sea más saludable vivir en una comunidad donde, cuando cae una cornisa, uno siente el golpe [...].

No definiendo ese aspecto de Nueva York. Muchos de sus pobladores probablemente estén aquí para escapar de la realidad, no para enfrentarse a ella. Pero cualquiera que sea su significado, se trata de un don raro y creo que ejerce un efecto positivo en la capacidad creativa de los neoyorquinos, pues la creación consiste en parte en renunciar a las grandes y pequeñas distracciones.

[...]

La colisión y la mezcla de tantos millones de personas nacidas en el extranjero y que representan tantas razas y credos diferentes convierten a Nueva York en un ejemplo permanente del fenómeno de un mundo único. Los ciudadanos de Nueva York son tolerantes no sólo por inclinación sino por necesidad. La ciudad ha de ser tolerante o estallaría en una nube radioactiva de odio y rencor y fanatismo. Si la gente se apartara, siquiera brevemente, del pacífico intercambio cosmopolita, la ciudad saldría volando más alto que una cometa. En Nueva York rebullen todos y cada uno de los problemas raciales, pero lo que uno percibe no es el problema, sino la tregua inviolada.

*Escritor y periodista de *The New Yorker* (1899-1985). Fragmentos de su libro *Esto es Nueva York*, publicado en 1949 y editado en español por Minúscula, Barcelona, 2003.

→ Defensa; Paul Wolfowitz e I. Lewis Libby teorizaron la unipolaridad durante el gobierno de Bush padre; Donald Rumsfeld dirigió la “segunda Guerra Fría” (1975-1989), borró la palabra “distensión” del vocabulario oficial y se pasó la década 1980/90 promoviendo la “guerra de las galaxias” y denunciando la política de los demócratas.

En síntesis, se trata de un gobierno de Guerra Fría sin Guerra Fría. Sus actos y su composición reflejan una visión y una posición: la visión de un sistema mundial estructurado únicamente por las relaciones de fuerza, y la voluntad de alcanzar objetivos de riqueza y poder, determinados por una definición muy estrecha del interés nacional.

Como ayer Irak, la hipotética “amenaza china” sirve hoy de pretexto para una movilización militar *high-tech* que llevará el presupuesto del Pentágono a 320.000 millones de dólares anuales, es decir, más que el presupuesto militar de todos los potenciales “adversarios” de Estados Unidos juntos. Mientras que todos los otros presupuestos, sobre todo los sociales, están siendo reducidos. Suponiendo que fuera su intención, China no está en condiciones de modificar los equilibrios en Asia Oriental, y mucho menos aun a nivel mundial. Esto no quiere decir, por supuesto, que un agresivo nacionalismo chino no pueda desestabilizar Asia en el futuro. Pero ése no es el problema. Al calificar a China de “adversario estratégico” durante la campaña electoral, y de “competidor estratégico” luego de llegar a la Casa Blanca, Bush está fabricando la realidad que pretende describir.

El 1 de mayo de 2001, el Presidente anunciaba su decisión de construir rápidamente un sistema de defensa antibalística. El 8 de mayo el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, anunciaba, sin dar cifras, un considerable aumento en los gastos de defensa estadounidenses en el terreno espacial. El espacio, afirmaba, ocupará en adelante un lugar prioritario en la planificación estratégica de Estados Unidos. Esta iniciativa se entiende claramente al releer las conclusiones de la Comisión presidida por Rumsfeld antes de convertirse en secretario. El informe Rumsfeld, hecho público el 11 de enero de 2001, evoca la “creciente vulnerabilidad de Estados Unidos” ante un “Pearl Harbor” espacial, y propone evitar ese problema “dando al Presidente la opción de desplegar armas en el espacio para disuadir eventuales amenazas, y, de ser necesario, para defender de un ataque los intereses estadounidenses”.

¿Pearl Harbor? ¿Creciente vulnerabilidad? Donald Rumsfeld y Condoleezza Rice construyen un mundo al revés. ¿Quién podría desafiar a Estados Unidos en el espacio o en los mares profundos, otro tema de reflexión actual del Pentágono? ¿Rusia, que recluta ricos turistas estadounidenses para financiar sus vuelos espaciales? ¿China, que aparentemente necesita veinte años de paz para estabilizar su situación económica y social interna? ¿Europa? ¿Quién entonces? Sin temor al ridículo, la Comisión Rumsfeld



Cuatro presidentes. George W. Bush, George H. W. Bush, Bill Clinton y Jimmy Carter en Little Rock en 2004. Con sus matices diferenciales, lo esencial de la política exterior del país ofrece continuidad entre republicanos y demócratas.

afirma que la amenaza viene de “gente como Osama bin Laden, que quizás podrían adquirir medios satelitales”. Rumsfeld no consideró prudente presentar nuevamente esa lamentable justificación el pasado 8 de mayo. Y no dio ninguna otra, pues no la tiene.

Detrás de todo eso se percibe un esfuerzo de movilización científica y tecnológica. Andrew Marshall, un octogenario encargado de definir la nueva estrategia militar en el Pentágono, sueña con aviones estratosféricos, con submarinos gigantes, con rayos láser espaciales, con técnicas de ataque a distancia... Esto constituye, evidentemente, una excelente noticia para Lockheed, Raytheon y Boeing. Pero como lo expresa perfectamente Seymour Melman, crítico de la primera hora del complejo militar-industrial, “el objetivo estratégico de esa iniciativa es asegurar la hegemonía mundial. Se trata de una aritmética del poder”.

Nacionalismo estadounidense

Queda por saber cuál será, en los próximos años, el verdadero margen de maniobra de una administración cuya arrogancia es inversamente proporcional a su legitimidad popular. A fines de mayo los republicanos perdieron el control del Senado y pueden quedar en minoría en la Cámara de Representantes luego de las elecciones legislativas de 2002. Si los demócratas afirman su diferencia, el programa de remilitarización de Bush se frenaría.

Mientras tanto, el resto del mundo deberá hacer frente al nuevo nacionalismo estadounidense. A juzgar por las primeras reacciones europeas y asiáticas, la estrategia de hegemonía elaborada por el Pentágono cae muy mal. La administración Bush no parece reconocerlo. Pero la paradoja de las estrategias de hegemonía basadas en la fuerza es que engendran ine-

vitablemente fuerzas contrarias. Así, la búsqueda de una primacía absoluta tal vez tenga como consecuencia acelerar la marcha hacia un mundo multipolar. ■

1. Jesse Helms, *Entering the Pacific Century*, Heritage Foundation, Washington DC, 1996.
2. “The Second American Century”, *Time Magazine*, Nueva York, 27-12-1999. Véase también Charles Krauthammer, “The Unipolar Moment”, *Foreign Affairs*, Nueva York, 1990.
3. Mortimer Zuckerman, “A Second American Century”, *Foreign Affairs*, mayo-junio de 1998.
4. Noëlle Burgi y Philip Golub, “El Estado sigue siendo la clave del poder”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, febrero de 2001.
5. El representante especial para el Comercio, Robert Zoellick, previno el 15 de mayo a la Unión Europea que la puesta en ejecución de sanciones contra Estados Unidos en el caso de las “Foreign Sales Corporations” tendría el efecto “de una explosión atómica en las relaciones comerciales bilaterales”.
6. El 8 de mayo, la Cámara de Representantes votó un proyecto de ley que pone a todos los ciudadanos estadounidenses a cubierto de cualquier eventual acción del TPI. Si el Senado lo confirma, será el fin del TPI.
7. Citado en *The New York Times* del 8-3-1992. Paul Marie de la Gorce, “Rusia vuelve a enfrentar a su viejo rival”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, mayo de 2001.
8. Declaración ante la Comisión de Defensa del Senado el 21-2-1991.
9. Robert Tucker y David Hendrickson, “The Imperial Temptation”, Council on Foreign Relations, Nueva York, 1992.
10. Condoleezza Rice, “Promoting the National Interest”, *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2000.
11. Respectivamente, vicepresidente, secretario de Estado, secretario de Defensa, secretario adjunto de Defensa, secretario adjunto de Estado, secretario adjunto de Defensa, consejero de seguridad de Cheney, embajador aún no confirmado ante la ONU.

*Periodista y docente en el Instituto de Estudios Europeos de la Universidad París-VIII. Este artículo fue publicado en *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, en julio de 2001 (apenas dos meses antes del 11 S).

Traducción: Carlos Alberto Zito

Gastos de guerra

De acuerdo con estimaciones realizadas por Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía, la guerra de Irak le costó a Estados Unidos 845.000 millones de dólares de forma directa, y 3 billones de dólares si se cuentan los gastos indirectos.



Centro. Una esquina emblemática de la ciudad de Nueva York.



Un clásico estadounidense siempre vigente

El estilo paranoico en la política

por Richard Hofstadter*

En 1964, el Partido Republicano eligió como líder a Barry Goldwater, un ultraconservador que consideraba a Estados Unidos amenazado por los complots de la izquierda. El historiador Richard Hofstadter publicó entonces un ensayo, ya clásico, sobre la paranoia en política. Aquí, un fragmento, que permite reubicar al Tea Party y su imaginario conspirativo en una perdurable tradición estadounidense.

Una antigua concepción sostenía que la política se relacionaba con la siguiente pregunta: ¿quién obtiene qué, cuándo y cómo? Esta actividad se percibía como una arena en la cual los individuos definían sus intereses lo más racionalmente posible, adaptando sus comportamientos para cumplir en la medida de sus posibilidades con sus objetivos. El politólogo Harold Lasswell fue uno de los primeros en expresar su insatisfacción sobre los postulados racionalistas que dicha concepción implicaba, y decidió orientarse hacia el estudio de los aspectos simbólicos y emocionales de la vida política, con el fin de completar el antiguo enfoque con la siguiente pregunta: ¿quién percibe qué tipo de problema público, de qué manera y por qué? Según él, si bien los individuos se dedican efectivamente a defender sus intereses, la política es también para ellos un modo de expresarse y, en cierta medida, de definirse. Actúa como una caja de resonancia de las identidades, los valores, los temores y las aspiraciones de cada uno; es una arena donde se proyectan sentimientos y pulsiones que tienen muy poca relación con los objetivos manifiestos.

Aun cuando se mantuviera casi siempre al margen de los conflictos de clase en sus formas más agudas, la vida política estadounidense sirvió a menudo de exutorio a espíritus animados por un intenso sentimiento de ira. En la extrema derecha, los movimientos de apoyo a Barry Goldwater demostraron qué grado de influencia política se puede obtener basándose en la animosidad y las pasiones de una pequeña minoría

(1). Detrás de estos movimientos se ejerce una “forma de pensamiento” con una larga y rica historia que no se inscribe necesariamente en la derecha. Hablaré aquí de “estilo paranoico”, de la misma manera que un historiador de arte hablaría de estilo barroco o manierista.

El término remite ante todo a cierta visión del mundo, cierta forma de expresión. Existe una diferencia fundamental entre el paranoico político y el paranoico clínico. Si bien tanto uno como otro tienden a desarrollar reacciones pasionales, mostrarse exageradamente suspicaces y agresivos, y caer en una forma de expresión grandilocuente y apocalíptica, el paranoico clínico tiene la convicción de ser él mismo, específicamente, blanco del mundo hostil y acechado por la conspiración en la cual tiene la sensación de desarrollarse. El adepto al estilo paranoico estima, en cambio, que son una nación, una cultura y un modo de vida los que están siendo atacados, más allá de su propia persona.

El flúor es cosa de comunistas

La expresión “estilo paranoico” tiene, por supuesto, e intencionalmente, una connotación peyorativa: a decir verdad, el estilo paranoico tiene más afinidad con las malas causas que con las buenas. Pero nada impide realmente que un programa político válido o una causa razonable sean defendidos de un modo paranoico. Es de público conocimiento, por ejemplo, que el movimiento de oposición al agregado de flúor en las reservas de agua municipales atrajo a fanáticos de →



Drones. Un moderno dron militar cargado de misiles. Los aviones no tripulados se han incorporado como un arma fundamental en las fuerzas armadas de Estados Unidos.

Calles vigiladas

En las calles de las grandes ciudades estadounidenses se multiplican las cámaras de seguridad. Chicago y Nueva York dispondrían de más de 10.000 cada una, pero las autoridades no dan información sobre ese dato y se supone que podrían ser muchísimas más.

→ toda calaña, especialmente a aquellos que, de manera obsesiva, viven con miedo a ser envenenados. Los científicos terminarán quizás concluyendo, sobre la base de pruebas, que la fluoración es peligrosa, lo que en el fondo tendería a reafirmar a sus detractores. Semejante conclusión no validaría sin embargo las afirmaciones de aquellos que pudieron ver en la fluoración un intento tendiente a promover el socialismo bajo la excusa de la salud pública, o un emprendimiento destinado a introducir sustancias químicas en las reservas de agua con el fin de destruir el cerebro y volver a la gente más permeable a los manejos comunistas.

El estilo paranoico no se limita ni a la experiencia estadounidense ni al período contemporáneo. La idea de una vasta conspiración fomentada por los jesuitas o los masones, los capitalistas o los judíos del mundo entero, o incluso los comunistas, se expandió en numerosos países a lo largo de la historia moderna. Las reacciones observadas en Europa tras el asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy bastan para recordarnos que los estadounidenses no son los únicos que poseen cierto talento para las explicaciones improvisadas de un modo paranoico. Podría además afirmarse que la única vez que el estilo paranoico se impuso en la historia moderna fue en Alemania.

Comencemos por recordar el pánico que estalló a fines del siglo XVIII en Estados Unidos, en respuesta a las actividades subversivas que se atribuían a los Iluminados de Baviera. El Iluminismo, fundado en 1776 por Adam Weishaupt, un profesor de derecho de la Universidad de Ingolstadt, perseguía un fin último: el advenimiento de una humanidad regida por las leyes de la razón. La agitación dirigida contra ese movimiento, surgida de la reacción general provoca-

da por la Revolución Francesa a través de Occidente, fue alimentada por algunos conservadores, en su mayoría miembros del clero.

Los estadounidenses descubrieron a los Iluminados en 1797, a través de un libro titulado *Pruebas de una conspiración contra todas las religiones y los gobiernos de Europa urdida en las reuniones secretas de los Iluminados, los masones y las sociedades literarias*. Esta obra de John Robison, un renombrado científico escocés, relata con gran minuciosidad los orígenes y el auge del movimiento fundado por Weishaupt. Cuando analiza la moralidad y la influencia política del Iluminismo, Robison realiza ese salto hacia adelante en la fantasía típica de la paranoia. Para él, esta sociedad fue fundada “con el objetivo preciso de erradicar todas las instituciones religiosas y derrocar todos los gobiernos vigentes en Europa”.

Los grandes actores de la Revolución Francesa habrían sido miembros del Iluminismo, esa “gran y diabólica empresa, que se fomentaba y actuaba a través de toda Europa”, que Robison consideraba un movimiento libertino, anticristiano, consagrado a la corrupción de las mujeres, el cultivo de los placeres sensuales y la violación de los derechos de propiedad. Sospechaba que sus miembros querían fabricar un té abortivo, una sustancia secreta capaz de volver ciegos o incluso matar a las víctimas que la recibían en pleno rostro, así como “un procedimiento que permitiría llenar un dormitorio de vapores pestilentes” (2). Tales ideas no tardaron en propagarse en Estados Unidos, aunque nunca se supiera si un iluminado había cruzado alguna vez el Atlántico. Reflejan los lugares comunes que constituyen el corazón del estilo paranoico: la existencia de un complot organizado en torno a una vasta red internacional, que procede de manera insidiosa, dotada de una eficacia sobrenatural y que pretende perpetrar actos diabólicos.

Los disfraces del demonio

Estos temas están también presentes, décadas más tarde, en los rumores sobre la existencia de un complot católico fomentado contra los valores estadounidenses. Publicados en 1835, dos libros representativos de la mentalidad anticatólica ofrecían entonces una descripción de este nuevo peligro. Uno de ellos, *Foreign Conspiracy Against the Liberties of the United States*, había sido escrito por Samuel F. B. Morse, inventor del telégrafo y célebre pintor. “Existe una conspiración, afirmaba, y sus proyectos ya fueron ejecutados. [...] Estamos siendo atacados en una posición vulnerable, que nos es imposible defender con nuestros buques, nuestros fuertes o nuestros ejércitos”. En la gran guerra entre el ultramontanismo y la reacción a éste de las libertades religiosas y políticas, Estados Unidos representaba el bastión de la libertad; se había vuelto pues inevitablemente blanco de los papas y los déspotas.

Según Morse, el gobierno de Metternich (3) sería el principal instigador de la conspiración: “En nues-

tro país, Austria está pasando a la acción. Puso a punto un inmenso complot, concibió un gigantesco plan para poder llevar a cabo aquí su empresa” (4). “Está claramente demostrado, explicaba otro militante protestante, que los jesuitas se propagan de un extremo a otro de Estados Unidos, disimulados bajo todos los ropajes posibles, con el objetivo preciso de reunir las mejores condiciones y los medios más apropiados para promover el papismo. [...] La parte oeste del país está plagada de jesuitas que se presentan con aspecto de titiriteros, bailarines, profesores de música, vendedores ambulantes de imágenes y adornos, organilleros y otros oficios similares” (5).

Si el complot triunfara, explicaba Morse, no tardaría en verse a un descendiente de la casa de los Habsburgo acceder al rango de emperador de Estados Unidos. Los católicos, que podían contar con “los medios financieros y los cerebros de la Europa despótica”, eran el único canal que permitía a las potencias del Viejo Continente extender su influencia a Estados Unidos. Los inmigrantes, poco instruidos e ignorantes, incapaces de comprender el funcionamiento de las instituciones estadounidenses, facilitarían la labor de estos tramposos agentes jesuitas. Una gran ola de inmigración, financiada y enviada por los “potentados de Europa”, hundiría según él a la sociedad en el desorden y la violencia, inundando las cárceles y cuadruplicando los impuestos; esa ola enviaría a miles de electores más a las urnas para, explicaba otro autor, Lyman Beecher, “dejar el futuro de la nación en sus manos inexpertas”. Un grupo que representa a lo sumo el 10% del padrón electoral, “reunido bajo la dirección de las potencias católicas de Europa, podría decidir así el resultado de nuestras elecciones, desorientar nuestra política, dividir y asolar la nación, romper los lazos de nuestra unión y acabar con nuestras instituciones libres” (6).

Demos un gran salto en el tiempo para llegar a la situación de la derecha contemporánea. El surgimiento de los medios masivos de comunicación provocó importantes cambios en el estilo paranoico. Antes se alarmaban de conspiraciones fomentadas desde el extranjero; hoy la derecha radical nos explica que el país está amenazado por traiciones perpetradas en su seno.

Los traidores descriptos vagamente por los antimasones, los oscuros agentes jesuitas escondidos bajo diversos ropajes, los emisarios del Papa desconocidos por el público en general y otrora vilipendiados por los anticatólicos, los misteriosos banqueros internacionales sospechados de urdir complots monetarios, fueron reemplazados por los presidentes Franklin D. Roosevelt, Harry S. Truman y Dwight Eisenhower, secretarios de Estado, jueces de la Corte Suprema. Para el senador Joseph McCarthy, la decadencia relativa de la potencia estadounidense entre 1945 y 1951 no era “fruto de la mera casualidad”, sino más bien “producto de una voluntad que procede etapa por etapa”, la consecuencia de una conspiración orquestada por traidores. El fin último de la opera-

ción era “abandonarnos a las maquinaciones soviéticas en nuestro propio suelo y a los ataques militares rusos en el exterior” (7).

Estos ejemplos permiten identificar ciertos rasgos fundamentales del estilo paranoico. La imagen central es la de una gigantesca pero sutil red de influencia implementada para socavar y destruir un modo de vida. Podría objetarse que de hecho existieron actos de conspiración a lo largo de la historia, y que tomar nota de ello no es ser paranoico. El rasgo distintivo del discurso paranoico no se debe a que sus adeptos vean complots aquí y allá a lo largo de la historia, sino al hecho de que, a sus ojos, una “vasta” y “gigantesca” conspiración constituye la fuerza motriz de los acontecimientos históricos. La historia es una conspiración urdida por fuerzas dotadas de una potencia casi trascendente y que sólo pueden vencerse al término de una cruzada sin límites. El adepto al discurso paranoico entiende el resultado de esta conspiración en términos apocalípticos. Tiene siempre la sensación de encontrarse frente a un momento decisivo: es ahora o nunca que la resistencia debe organizarse.

Perfecto modelo de malignidad, el enemigo, descrito con precisión, es una suerte de superhombre amoral, maléfico, omnipresente, poderoso, cruel, versado en los placeres de la carne, atraído por el lujo. Agente libre, activo, demoníaco, dirige –a decir verdad, fabrica– él mismo la mecánica de la historia, o desvía su curso normal en dirección al mal. Genera crisis, desata corridas bancarias, provoca recesiones y desastres para luego disfrutar y sacar provecho de ellos. En este sentido, el paranoico se basa en una interpretación de la historia que da claramente primacía a los individuos: los acontecimientos importantes no son entendidos por él como parte del curso de la historia, sino como el producto de una voluntad particular. ■

1. Senador de Arizona, Barry Goldwater fue candidato republicano en las elecciones presidenciales estadounidenses de 1964. Derrotado por el demócrata Lyndon Johnson, redefinió sin embargo el conservadurismo estadounidense e inspiró el ingreso a la política de Ronald Reagan.
2. John Robison, *Proofs of a Conspiracy*, Nueva York, 1798.
3. Diplomático austríaco (1773-1859) consagrado a la defensa del orden absolutista en Europa. Fue uno de los grandes arquitectos del Congreso de Viena tras la caída de Napoleón I.
4. Samuel F. B. Morse, *Foreign Conspiracy Against the Liberties of the United States*, Nueva York, 1835.
5. Citado por Ray A. Billington, *The Protestant Crusade 1800-1860*, Nueva York, 1938.
6. Lyman Beecher, *A Plea for the West*, Cincinnati, 1835.
7. Joseph McCarthy, *America's Retreat from Victory*, Devin-Adair, Nueva York, 1951.

*Nacido en Buffalo en 1916 y muerto en Nueva York en 1970. Prestigioso historiador especializado en la política y la cultura de Estados Unidos, profesor en la Universidad de Columbia. Fue autor de numerosos libros, entre ellos, *The Age of Reform* (1955) y *Anti-intellectualism in American Life* (1963). Este texto fue extraído de su ensayo “The paranoid style in American politics”, publicado en *Harper's Magazine* en 1964.

Traducción: Gustavo Recalde

Cacería de ilegales

Desde 2001, Washington destinó cien mil millones de dólares a reforzar la vigilancia de sus fronteras, que comprende un cuerpo de 60.000 guardias. La actividad de estos agentes se desarrolla cada vez más en el interior del territorio para detener a inmigrantes ilegales.



© 24Novembers / Shutterstock

Vigilancia. Una cámara de seguridad, hoy, parte del paisaje urbano.

40 millones de cámaras

Es la cantidad que hay sembrada en los comercios y *shoppings* de todo el país. No sólo vigilan el movimiento de los clientes: las imágenes sirven para estudiar sus actitudes y aprovecharlas para sus estrategias de marketing.



Lo que se derrumbó con las Torres Gemelas

por Daniel Lazare*

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas y el Pentágono marcaron una deriva que se caracterizó por una mayor derechización de la política estadounidense, un cercenamiento de las libertades civiles, la instauración de un clima de paranoia generalizado y las guerras contra Afganistán primero e Irak después.

Aunque menor, el incidente fue sin embargo esclarecedor. El 28 de febrero de 2002, el senador demócrata Tom Daschle, líder de la mayoría, admitió ante la prensa que “necesitaba comprender mejor” para qué serviría el aumento de fondos que él y sus colegas debían destinar a la cruzada antiterrorista del presidente George W. Bush. Ocupado en la preparación de la guerra contra Irak, el presidente de Estados Unidos parecía considerar que el conflicto con Afganistán estaba definitivamente terminado. Sin embargo, Daschle señaló que ciertos objetivos seguían pendientes, en particular la captura de Osama Ben Laden, que había sido el motivo inicial de dicha guerra. Los estadounidenses “no estarán fuera de peligro hasta que no le quebrems el espinazo a Al Qaeda. Y aún no lo logramos”, agregó.

Por moderada que haya sido esa declaración, era la primera vez que los responsables demócratas del Congreso osaban cuestionar la política de guerra de la Casa Blanca. La respuesta de los republicanos no se hizo esperar. El representante de Virginia, Thomas M. Davis III, acusó a Daschle de “apoyar y alentar a nuestros enemigos”. Por su parte, Trent Lott, jefe de la minoría senatorial, se ofuscó: “¿Cómo se atreve el senador Daschle a criticar al

presidente Bush en momentos en que libramos una guerra contra el terrorismo y, sobre todo, en que nuestros soldados luchan en el terreno? Debería evitar dividir al país cuando todos estamos unidos”. Otro parlamentario influyente, Tom Delay, que exhibe en su oficina varios látigos de cow-boy como símbolo de su autoridad, resumió en una palabra la opinión de sus amigos de la Cámara de Representantes: “Repugnante”.

¿Cómo reaccionó Daschle ante esas críticas que cuestionan su derecho a disentir de la Casa Blanca? Pocas horas después, su despacho emitió un comunicado negando que hubiera cuestionado en lo más mínimo al Presidente. “En las declaraciones del senador Daschle esta mañana respecto de la guerra contra el terrorismo, algunos prefirieron ver una crítica hacia el presidente Bush. En realidad, esas declaraciones [...] no contienen ninguna crítica al Presidente ni a su campaña contra el terrorismo”. El apoyo demócrata a la extensión de esa campaña se mantenía incommovible.

Aunque se podría excusar a un observador poco informado de creer lo contrario, el debate político no está totalmente muerto en Washington. Los demócratas del Congreso gustan en efecto de criticar a la administra-

ción por sus vinculaciones con Enron o por sus proyectos de explotación petrolífera en el Ártico. Sin embargo, después de la guerra de Vietnam parecía evidente que el Congreso debía examinar escrupulosamente las aventuras militares de la Casa Blanca en el exterior. Ahora bien, el presidente Bush anunció su intención de lanzarse a la guerra en unos sesenta países contra los presuntos agentes de Al Qaeda, y ello sin notificar del tema al Poder Legislativo (1).

Además, a pesar de que a mediados de septiembre el Congreso autorizó al Presidente a utilizar “todos los medios necesarios y apropiados” contra los responsables del atentado del World Trade Center, Bush reaccionó declarando virtualmente la guerra contra tres países: Irak, Irán y Corea del Norte (“el eje del mal”), que no tenían ninguna vinculación con los acontecimientos del 11 de Septiembre. Por su parte el Congreso, olvidando décadas de lucha por la defensa de las libertades civiles, cedió a la presión de la Casa Blanca y aprobó el proyecto de ley conocido como el USA Patriot Act. El mismo está formulado en términos tan generales, que permitiría a los fiscales acusar a cualquier persona de colaborar con el terrorismo o de ser su cómplice por haber tan sólo contribuido con obras ca-→

UN HECHO TOTALMENTE NUEVO

Terroristas de distinta clase

por Noam Chomsky*

Las terroríficas atrocidades del 11 de septiembre son algo del todo nuevo en el mundo, no por su escala ni condición, sino por el objetivo que perseguían. Para Estados Unidos, ésta es la primera vez desde la guerra de 1812, que el territorio nacional se ha visto atacado o siquiera amenazado. Muchos comentaristas han sacado a relucir la analogía con Pearl Harbor, pero esa interpretación puede inducir a error. El 7 de diciembre de 1941 fueron atacadas bases militares en dos colonias de Estados Unidos, no en el territorio nacional, que nunca estuvo amenazado. Estados Unidos prefería llamar “territorio” a Hawai pero, en realidad, era una colonia. Durante cientos de años, Estados Unidos aniquiló a la población indígena (millones de personas), conquistó la mitad de México (de hecho, territorios de indígenas, pero ése es otro asunto), intervino violentamente en la región circundante, conquistó Hawai y Filipinas y, particularmente, en el último medio siglo, extendió el uso de la fuerza por gran parte del mundo. El número de víctimas es colosal. Por primera vez, las armas han sido apuntadas en dirección contraria. Ése es el tremendo cambio.

[...]

Llamarla “guerra contra el terrorismo” es simple propaganda, a menos que la “guerra” apunte de verdad al terrorismo. Y, evidentemente, tal cosa no está contemplada porque las potencias occidentales nunca se someterían a sus propias definiciones del término, como figura en el Código de Estados Unidos o en los manuales de las Fuerzas Armadas. Si lo hicieran, se revelaría en el acto que Estados Unidos es un conspicuo Estado terrorista, como lo son sus socios.

Querría citar al investigador político Michael Stohl: “Debemos reconocer que por convencionalismo –y debe recalcarse que sólo por convencionalismo–, el uso del enorme poderío y la amenaza del uso de la fuerza se consideran como diplomacia coercitiva y no como una forma de terrorismo” aunque, en general, supone “la amenaza y, a veces, el uso de la violencia para lo que se denominarían propósitos terroristas, si no fueran las grandes potencias quienes –según el significado literal del término– siguieran la mismísima táctica”.

*Lingüista, filósofo y activista político estadounidense. Entre sus numerosas obras se cuenta *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, Crítica, Barcelona, 1997. Este texto se extrajo de sus declaraciones al diario italiano *Il Manifesto*, del 19 de septiembre de 2001, recogidas en el libro *11/09/2001*, RBA, Barcelona, 2001.

Traducción: Carmen Aguilar

→ ritativas vinculadas al Ejército Republicano Irlandés o –en época del *apartheid*– al Congreso Nacional Africano (ANC) (2).

Suspensión de la política

Sin embargo, con excepción de algunos parlamentarios sin verdadero peso, los demócratas del Congreso no hicieron objeciones. La decisión de la administración de negarse a aplicar la Convención de Ginebra a los miembros de Al Qaeda detenidos en el “Camp X-Ray” de Guantánamo, Cuba, provocó agitadas controversias en el exterior, pero ninguna reacción en Estados Unidos. Ningún responsable demócrata tomó la defensa de los casi 70 inmigrantes del Sudeste Asiático y de Medio Oriente detenidos en el marco del atentado contra las Torres Gemelas, acusados apenas de infracciones como la de tener su visa vencida.

Lo mismo puede decirse de la propuesta de la administración para hacer comparecer a los presuntos terroristas ante tribunales militares especiales, o sobre su decisión de reservarse el derecho de mantener detenidos indefinidamente a los miembros de Al Qaeda, aun cuando fueran absueltos. Todo eso fue recibido por el Congreso con un silencio casi total. Los demócratas no se dignaron siquiera a comentar el reportaje publicado por *The New York Times* sobre una repugnante prisión dirigida por tropas pro-estadounidenses en Shibarghan (Afganistán), especie de campo de la muerte para los 3.000 talibanes allí detenidos (3).

Como decían los ingleses durante la Segunda Guerra Mundial, la política fue suspendida “hasta nueva orden”, y el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, previno que la guerra contra el terrorismo podría durar tanto como la Guerra Fría. Estados Unidos está lejos de ser una dictadura, pero el clima reinante es más conformista y más autoritario de lo que nadie hubiera podido imaginar antes del 11 de Septiembre.

¿Qué fue lo que ocurrió? Los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono reforzaron tendencias que ya existían en la política estadounidense desde 1978-1979. Desde esa fecha, previa a la elección de Ronald Reagan a la Casa Blanca, un espectacular deslizamiento hacia la derecha reconfiguró a la sociedad estadounidense. Aun cuando perdieran las elecciones, los republicanos salían más fuertes y confiados de cada confrontación. Mientras que los demócratas, o buscaban acuerdos con los conservadores, o se esforzaban en disputarles el terreno más a la derecha (abolición de la ayuda federal a los pobres) (4).

La derrota demócrata se agravó en diciembre de 2000, cuando Albert Gore decidió no discutir el veredicto de la Corte Suprema (controlada por los republicanos) que proclamó la victoria electoral de Bush. Por último, el derrumbe sobrevino cuando, a raíz del 11 de septiembre, los responsables demócratas del Congreso anunciaron el inicio de una nueva era de “bipartidismo” y declararon que, en consecuencia,

no existiría ni la sombra de una diferencia entre ellos y el Presidente respecto de la cruzada internacional contra el terrorismo.

El desmoronamiento de las Torres Gemelas en medio de un huracán de polvo y de escombros casi puede servir de metáfora a lo ocurrido con la democracia estadounidense. En medio de la ola de patriotismo que siguió al atentado –en un par de días las banderas nacionales aparecieron en todas las vidrieras de Nueva York, en los autos, taxis y camiones– se hizo prácticamente imposible analizar la posibilidad de que la política estadounidense hubiera podido alentar el terrorismo o, simplemente, estimular la fuerte corriente “anti-estadounidense” en el exterior. El veredicto fue unánime: Estados Unidos no podía tener ninguna culpa ni ser responsable de nada. Cualquier declaración en sentido contrario equivalía a tomar parte por el enemigo.

En Texas, un periodista fue despedido por haber observado que luego de los atentados Bush había “revoloteado de un extremo al otro del país como un niño asustado”; mientras que a un animador de un *talk show* televisivo prácticamente se le impidió salir al aire por haber hecho notar que, aunque no le gustara a Bush, “cobarde” era el adjetivo menos apropiado para calificar a hombres que se lanzan contra un rascacielos en un avión con los tanques llenos de combustible. El Presidente era valiente y los terroristas cobardes; punto final. En diciembre, durante una ceremonia de entrega de diplomas universitarios en California, diez mil personas abuchearon a un orador que se atrevió a sugerir que la cruzada antiterrorista podía atentar contra las libertades civiles (5).

Más papistas que el Papa

Es cierto que la mayoría de los países hubieran reaccionado violentamente ante un acto tan sangriento y nihilista como la destrucción del World Trade Center. Pero en Estados Unidos, dirigentes políticos e intelectuales –incluso de izquierda– optaron por halagar las más peligrosas tendencias del país. Una cosa es oír a George W. Bush decir que quien no ama a Estados Unidos es una mala persona, puesto que ese país defiende “la libertad y la dignidad de cada vida” (6). Otra es ver a los miembros de la *intelligentsia* de izquierda acusar a quienes se mostraban más críticos que ellos de disfrutar del dolor de los estadounidenses por el solo hecho de haber sugerido que el imperialismo de Washington podía haberle abierto el camino a Ben Laden.

Esos patriotas de izquierda siguieron una doble estrategia. Primero declararon que el terrorismo era la esencia misma del mal y que todo aquel que no lo admitiera inmediatamente era un deficiente moral, un cobarde y un apologista de Al Qaeda, y luego subrayaron el carácter reaccionario del fundamentalismo islámico, para poner más de relieve la naturaleza progresista de la sociedad estadounidense. La superpotencia era odiada por su abundancia de libertad y de dinamismo. Su verdadero error era ser demasia-



© Ken Tannenbaum / Shutterstock

11 de Septiembre. Los atentados terroristas contra las Torres Gemelas y el Pentágono, que causaron casi tres mil muertos, evidenciaron graves fallas de los servicios de inteligencia.

do buena. Al declararle la guerra, Ben Laden atacaba la libertad, el individualismo y todas las excelentes cosas que Estados Unidos defendía, de ser necesario por medio de bombas de expansión de varias toneladas que por descuido alcanzaban a gran número de civiles inocentes.

Un mes después del 11 de Septiembre, Paul Berman –miembro del comité editorial de la revista socialdemócrata *Dissent*, dichoso beneficiario de los 260.000 dólares del premio Genius de la Fundación MacArthur– publicó un texto en el que explicaba que Al Qaeda era un producto del totalitarismo del siglo XX, y que Hitler, Stalin y Ben Laden compartían el mismo odio por el liberalismo occidental, magistralmente encarnado por Estados Unidos. Para Berman, “el crimen de Estados Unidos, su verdadero crimen, es precisamente ser Estados Unidos. El crimen es exhalar el dinamismo de una cultura liberal en perpetua evolución. [...] El crimen de Estados Unidos consiste en demostrar que las sociedades liberales pueden prosperar mientras que las sociedades antiliberales no pueden. Es eso lo que atiza la furia de los movimientos antiliberales. Estados Unidos debe actuar con prudencia en Medio Oriente y en todo el mundo, pero ninguna prudencia podrá prevenir ese tipo de hostilidad” (7).

Sin dejar de admitir que lo que hace Washington no siempre es admirable, Berman pretende que sus fechorías no tienen ninguna relación con el caso analizado, pues lo que alimenta el resentimiento en Medio Oriente son los éxitos democráticos de Estados

Misil amenazador

Por primera vez, en enero de 2014 las fuerzas armadas chinas difundieron fotos de la prueba de su más perfeccionado misil intercontinental, el DF-31, que tiene capacidad para transportar una carga nuclear a Estados Unidos o Europa.

Toyota vence a General Motors

La japonesa Toyota fue en 2012 la marca de automóviles más vendida en el mundo, con 9,75 millones de vehículos, seguida por el fabricante norteamericano General Motors, que colocó en el mercado 9,2 millones de unidades.



© Ron Sachs/CNP/Corbis / Latinstock

Guantánamo. Talibanes y miembros de Al Qaeda detenidos en el campo de prisioneros de la base naval estadounidense de Guantánamo. Las condiciones lamentables de su situación motivaron múltiples protestas en todo el mundo.

100 mil millones de dólares

Son las pérdidas materiales directas causadas por los ataques terroristas del 11 de septiembre.

→ Unidos. Por lo tanto, ninguna reforma de la política exterior podría calmar la hostilidad árabe, razonamiento que encanta a los partidarios del *statu quo*: ¿para qué cambiar la política de Estados Unidos si de todas formas esos pueblos se quejan siempre?, ¿de qué serviría dejar de apoyar la política israelí o el embargo contra Irak?

Una declaración bastante anodina de Edward Said brindó a otro intelectual de izquierda, Todd Gitlin, autor de un célebre libro que elogiaba el radicalismo estudiantil de la década de 1960, la ocasión de lanzarse a una diatriba contra el escritor de origen palestino. Sin dejar de fustigar el “horror espectacular” y la “absurda destrucción” que habían golpeado a Nueva York, Edward Said notaba también que el atentado no se había producido *ex nihilo*, pues Estados Unidos estaba “casi constantemente en guerra o participando en todo tipo de conflictos en todos los países islámicos” (8). Todd Gitlin se ofuscó por esa observación y escribió en el mensuario liberal *Mother Jones*: “Como si Estados Unidos estuviera siempre buscando la pelea; como si el apoyo estadounidense al proceso de paz de Oslo, a pesar de sus límites, pudiera ser menospreciado; como si defender a los musulmanes en Bosnia y en Kosovo recordara la política de la cañonera desarrollada en Vietnam y en Camboya” (9).

Christopher Hitchens, editorialista del semanario de izquierda *The Nation*, intervino en el mismo tono, esta vez para criticar duramente a Noam Chomsky. Este último había cometido la imperdo-

nable ofensa de condenar la naturaleza profundamente reaccionaria del fundamentalismo islámico, pero agregando que la CIA y sus aliados habían previamente reclutado a Ben Laden para combatir a los soviéticos en Afganistán, y luego para contribuir en numerosas operaciones de terror en Rusia y en los Balcanes. Por otra parte, el trato que Israel, aliado de Estados Unidos, daba a los palestinos, y el embargo estadounidense contra Irak habían alimentado la corriente favorable a Al Qaeda. En otras palabras, no era sólo la democracia estadounidense lo que se cuestionaba, sino los actos censurables de Washington y su estupidez.

Ese enfoque indignó a Hitchens: “Los que hicieron volar Manhattan representan el fascismo islámico y ningún eufemismo debe ocultar esa realidad. Las divagaciones respecto de que ‘lo tenemos merecido’ se parecen un poco a las inmundicias llenas de odio proferidas por Falwell y Robertson (predicadores protestantes que afirmaban que los atentados del 11 de Septiembre eran el castigo divino por la ‘inmoralidad’ –aborto, homosexualidad– de Estados Unidos) y revelan idéntica profundidad intelectual. Cualquier lector de este semanario podría haber estado a bordo de uno de esos aviones, en alguno de los edificios, incluso en el del Pentágono” (10). Es decir: tratar de comprender lo que había ocurrido equivalía a solidarizarse con los autores de los atentados. Más valía solidarizarse con Bush y ver únicamente el “fascismo islámico” en términos metafísicos.

Con nosotros o con los terroristas

La célebre declaración del presidente Bush del 20 de septiembre de 2001 (“Cada país de cada región del mundo debe ahora tomar una decisión. O está con nosotros o está con los terroristas”) no habría tenido tanto impacto si miembros influyentes de la *intelligentsia* no se hubieran precipitado a defender la idea de que liberalismo estadounidense y terrorismo eran diametralmente opuestos. Paul Berman había considerado el discurso presidencial “admirable”; “serio en su presentación, realista en su exposición de la complejidad del enemigo”. Para él, la solución al problema del terrorismo dependía “de la posibilidad de operar enormes cambios en la cultura política del mundo árabe e islámico [...]”. Es una transformación que (exigirá) una panoplia de acciones de parte del mundo liberal, operaciones militares y de comando, mantenimiento del orden permanente, presiones económicas y muchas otras cosas más” (11).

Una vez catalogado el terrorismo como un producto exclusivo de Medio Oriente, correspondía a Occidente aniquilarlo por medio de presiones, tanto económicas como militares. Así, luego del 11 de Septiembre, Michael Walzer, uno de los jefes de redacción de *Dissent*, sostenía que si el terrorismo era específicamente maligno, y por lo tanto contrario a los valores liberales occidentales, era por su propensión a atentar contra civiles inocentes. Civiles que, para Walzer, tenían “todo el derecho de esperar vivir tantos años como todos aquellos que no están activamente implicados en una guerra, en el comercio de esclavos, en la limpieza étnica, ni en la represión política brutal. Eso se llama inmunidad de no-combatiente, principio fundamental, no sólo de la guerra, sino de toda política digna. Quienes lo olvidan, no sólo brindan excusas al terrorismo, sino que ya se han unido a las filas de los partidarios del terror” (12). Para Walzer, amplios sectores de la izquierda estadounidense imaginan que, por haber destruido un símbolo mundialmente reconocido de la preeminencia económica estadounidense, Ben Laden sería su aliado en la lucha anticapitalista.

¿Pero quiénes son esos izquierdistas tan locos como para confundir a un millonario fundamentalista saudita con un aliado de la causa progresista? Cuando le pedimos que nos diera un ejemplo de esos militantes perversos, Walzer designó a Robert Fisk, corresponsal del diario londinense *The Independent*. Poco después del 11 de Septiembre, en un artículo publicado en *The Nation*, Robert Fisk observaba que no era realista de parte de Estados Unidos esperar mantenerse eternamente a cubierto de la violencia en su propio territorio luego de haber apoyado numerosas acciones violentas en Medio Oriente.

“Pregunte usted a un hombre o a una mujer árabe –escribía Fisk– cuál es su reacción ante la muerte de miles de inocentes, y le responderá, como todo individuo respetable, que es un crimen abominable. Pero igualmente preguntará por qué no utilizamos



© Songquan Deng / Shutterstock

Homenaje. Dos columnas de luz recuerdan las Torres Gemelas destruidas por los atentados de septiembre de 2001.

los mismos términos para calificar las sanciones que causaron la muerte de unos 500.000 niños iraquíes, y por qué no nos indignamos ante la invasión israelí en el Líbano en 1982 durante la cual murieron 17.500 civiles” (13). Más que de mala voluntad, se trata de recordar que los adversarios de Estados Unidos no están simplemente celosos de su liberalismo político o de su poderío económico, y que muchas personas se ofuscan por los aspectos menos respetables de la política exterior de Washington.

La relación existente entre ese debate intelectual y la falta de oposición parlamentaria es difícil de desentrañar. Una escuela de pensamiento considera que a los miembros del Congreso no les importa nada lo que piensan los intelectuales, y que sólo se preocupan de sus electores y de algunos contribuyentes políticos cuyo dinero esperan obtener en la perspectiva de su campaña de reelección. Pero la política estadounidense no es prosaica hasta ese punto. A falta de un verdadero sistema de partidos, los *think tanks*, los *lobbies* y las publicaciones intelectuales son más importantes de lo que uno puede imaginar: allí se plantean las cuestiones políticas antes de que las mismas lleguen al Congreso. Fue por eso que los partidarios de Bush pusieron tanta energía en contener el debate dentro de límites que garantizaran que sólo saldría de allí lo que les convenía, y que ciertas preguntas serían planteadas, pero otras no. La verdadera esencia del terrorismo, la instrumentación por parte de Estados Unidos de personajes como Ben Laden, la historia del apoyo →

¿Son eficaces?

Según el diario *Washington Post*, el crecimiento de los servicios de inteligencia, seguridad y contraterrorismo fue tan desmesurado tras el 11 de Septiembre, que hoy hay 1.271 organismos gubernamentales y 1.931 empresas privadas dedicadas a esa tarea en Estados Unidos, que emplean a más de 850.000 personas.



© ZouZou / Shutterstock

Cliché. Se tiende a identificar, erróneamente, árabe con terrorista.

Fin del dólar

El reinado del dólar como moneda mundial del comercio puede llegar a su fin, expresó el premio Nobel de Economía de 2011 Thomas Sargent. Algunos economistas abogan por la instauración de divisas virtuales.

© Anthony Correia / Shutterstock



Confusión. Desorientado, un hombre camina tras los atentados terroristas, el 11 de Septiembre, en la Zona Cero.

nucleares tácticas en los próximos años. ¿Luego de haber invertido miles de millones de dólares en la fabricación de cabezas nucleares capaces de destruir edificios fortificados situados a decenas de metros bajo tierra, podrá el Pentágono resistir a la tentación de utilizar tales armas?

También en este caso el Congreso mantuvo su mutismo. La senadora demócrata de California Dianne Feinstein lamentó ese apuro por hallar nuevos usos para el arsenal nuclear estadounidense, pero Thomas Daschle se negó a comentar la posición del Pentágono. Otro senador demócrata, Robert Graham, presidente del comité senatorial para cuestiones de inteligencia, tomó partido por el Pentágono, y agregó que ciertos “grupos y países que combaten los intereses estadounidenses creyeron que Estados Unidos era un tigre de papel”. Por lo tanto, la nueva política “parece avanzar en la buena dirección” (14). Probar que Estados Unidos no era un tigre de papel podía justificar la utilización de algunas armas nucleares.

Una nación que se autoinventó

Cuanto más se moviliza Estados Unidos a favor de la guerra más necesita convencer al pueblo estadounidense de que limite su visión del mundo a un conflicto entre el bien y el mal, entre el liberalismo occidental y el terrorismo islámico, o –de manera más sumaria aun– “ellos” contra “nosotros”. Los matices, el equilibrio y el sentido de reciprocidad ya no tienen razón de ser. La voluntad de entender el mundo a partir de diferentes puntos de vista también debe ser sacrificada, para que pueda imponerse un solo punto de vista. Y cualquiera que cuestione ese punto de vista debe ser denunciado por haberse puesto del lado de los terroristas, y debe ser excluido de la comunidad de los fieles.

Si bien todos los Estados-Nación institucionalizan el egotismo nacional, eso es particularmente cierto en Estados Unidos. Ese país, se ha dicho, tiene como vecinos al Norte y al Sur potencias militares insignificantes, y sólo agua y peces al Este y al Oeste. Estados Unidos no presta mucha atención a la opinión pública internacional, y ello obedece también a una razón ideológica. Es una nación que se autoinventó en todo sentido: su Constitución, vigente prácticamente sin modificaciones desde 1787, es un documento utópico que trata de reducir la política a unos pocos principios eternos que, una vez adoptados, transformarán a Estados Unidos en esa “unión cada vez más perfecta” que evoca el Preámbulo (15).

De eso se desprenden varios elementos que hacen a la manera en que Estados Unidos percibe su propia imagen y su lugar en el mundo. Como sus principios fundadores son justos, el deber de las generaciones futuras consiste en hacer que sean eternamente confirmados. Como son morales, Estados Unidos es incapaz de hacer el mal mientras sus principios sean estrictamente aplicados. Por lo

© Billi Gruber / Shutterstock



Cruz. Un símbolo de dolor hecho con restos del World Trade Center.

→ estadounidense al fundamentalismo islámico, fueron algunos de los temas excluidos del debate.

A pesar de que el 11 de Septiembre resquebrajó el sistema político estadounidense, el orden ideológico fue rápidamente restaurado. Sin embargo, el comportamiento del Presidente en los días siguientes al atentado no había sido tranquilizador. Cuanto más se entregaba a su retórica machista contra criminales cuya captura reclamaba “vivos o muertos”, y cuanto más anunciaba que los “sacaría de su madriguera”, más se parecía a un “niño asustado”. Pero a Bush le bastó una aparición convincente en la televisión, el 20 de septiembre, para que las principales figuras de la política y los periodistas dominantes suspiraran aliviados. El jefe había tomado nuevamente el timón. En un sistema basado en una creencia casi religiosa en la Presidencia y en la Constitución, se había logrado restaurar la fe. Se enterró el debate sobre la necesidad de responder militarmente al ataque y se desalentó el análisis del papel de Estados Unidos en la creación de Al Qaeda. Más aun, el único tema de controversia admitido fue si Estados Unidos debía limitarse a atacar solamente a Afganistán, o si debía extender la guerra a otros países. E incluso en ese punto, el debate fue controlado.

Lo mismo ocurriría con la reciente “Revisión de la posición nuclear” del Pentágono sobre el uso de armas nucleares tácticas contra potencias no-nucleares, como Irak, Irán y Corea del Norte. Esa nueva posición constituye un giro de la política estadounidense en la materia, y hace más probable el uso de armas

tanto, los extranjeros que adhieren a principios diferentes son dignos de compasión o de reprimenda. Como lo señaló un viajero europeo, el duque de Liancourt, ya en 1790 los estadounidenses estaban convencidos de que “nada bueno puede hacerse y de que nadie está dotado de un cerebro fuera de Estados Unidos; que el espíritu, la imaginación y el genio de Europa ya están totalmente decrepitos” (16). Dos siglos más tarde, el presidente William Clinton decía lo mismo: “No hay nada malo en Estados Unidos que no pueda hallar un remedio en lo que Estados Unidos tiene de bueno”. ¿Entonces, para qué buscar en otros lados?

El 11 de Septiembre Al Qaeda no sólo mató a 3.000 personas: también desató una reacción política en cadena, cuyas grandes líneas eran ampliamente previsibles. Para la mayoría de los estadounidenses, Ben Laden y sus seguidores no sólo declararon la guerra a Estados Unidos, también atacaron los principios eternos de justicia y de libertad encarnados por su país, y que son el origen de su grandeza. Por haber atentado contra la comunidad espiritual estadounidense deben ser perseguidos y destruidos. El presidente Bush lo explicó en su discurso del 31 de enero pasado en Atlanta: “Si ustedes no aman desde lo más profundo del corazón nuestros valores más queridos, entonces ustedes también están en nuestra lista [...]. Algunos se preguntan qué es lo que eso significa. Significa que les convendría hacer una buena limpieza. Eso quiere decir. Quiere decir que les convendría respetar la ley. Quiere decir que no deberían aterrorizar a Estados Unidos, a nuestros amigos y aliados. De lo contrario, la justicia de este país se aplicará también a ellos”.



© Kjell Kolbjørnsrud / Shutterstock

Centro de datos. El espionaje sobre las comunicaciones electrónicas se multiplicó después del 11 de Septiembre, con serias violaciones al ámbito privado de los ciudadanos.

7 Paul Berman, “Terror and Liberalism”, *The American Prospect*, Nueva York, 22-10-02.

8 Edward Said, “Islam and the West are inadequate banners”, *The Observer*, Londres, 16-9-01.

9 Todd Gitlin, “Blaming America First”, *Mother Jones*, Nueva York, enero-febrero de 2002.

10 Christopher Hitchens, “Against Rationalization”, *The Nation*,

“El verdadero crimen de Estados Unidos es exhalar el dinamismo de una cultura liberal en perpetua evolución.”

A poco de cumplirse un año del 11 de Septiembre, el debate político e intelectual en Estados Unidos gira en torno de una sola y única idea: ¿cómo estar seguros de que se hará justicia? Justicia tal como la concibe Estados Unidos, por supuesto. ■

1 Philip Golub, “Concentración del poder en Estados Unidos”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, enero de 2002.

2 Véase Ronald Dworkin, “The real threat to US values”, *The Guardian*, Londres, 9-3-2002. Véase también Michael Ratner, “Ola liberticida en Estados Unidos”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2001.

3 Dexter Filkins, “Marooned Taliban Count Out Grim Hours in Afghan Jails”, *The New York Times*, 14-3-02.

4 Serge Halimi, “Les simulacres de la politique américaine”, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 1996, y Loïc Wacquant, “Quand le président Clinton ‘réforme’ la pauvreté”, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 1996.

5 Timothy Egan, “In Sacramento, a Publisher’s Question Draws the Wrath of the Crowd”, *The New York Times*, 21-12-01.

6 Discurso sobre el estado de la Unión, del 29-1-02.

Nueva York, 8-10-01. El punto de vista de Noam Chomsky fue expuesto en “Crímenes para evitar atrocidades”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, diciembre de 2001.

11 Paul Berman, “Terror and Liberalism”, *op. cit.*

12 Michael Walzer, “Excusing Terror: The Politics of Ideological Apology”, *The American Prospect*, Nueva York, 22-10-01. También Louis Pinto, “La croisade antiterroriste du professeur Walzer”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2002.

13 Robert Fisk, “Terror in America”, *The Nation*, Nueva York, 1-10-01.

14 Greg Miller, “Democrats Divide Over Nuclear Plan”, *Los Angeles Times*, 13-3-02.

15 Daniel Lazare, “Dictadura constitucional en Estados Unidos”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, febrero de 2000.

16 Henry Adams, *History of the United States of America During the Administrations of Thomas Jefferson*, Nueva York, Library of America, 1986.

*Periodista. Autor de *The Frozen Republic: How the Constitution is Paralyzing Democracy*, Harcourt Brace, Nueva York, 1996.

Traducción: Carlos Alberto Zito





La mentira hecha guerra

¿Qué estamos haciendo en Irak?

por Howard Zinn*

El 28 de junio de 2005, el presidente George W. Bush, en un discurso en la base militar de Fort Bragg, reafirmó la misión de su país en Irak, admitiendo que muchos de sus conciudadanos se preguntan si ese sacrificio vale la pena. Sin embargo, el discurso del Presidente no pudo disimular la creciente desaprobación al involucramiento en esa guerra, ni la desmoralización de sus tropas.

Irak no es un país liberado, sino un país ocupado. Esto es evidente. Nos familiarizamos con el término “país ocupado” durante la Segunda Guerra Mundial. Por entonces, hablábamos de “Francia ocupada por los alemanes”, de “Europa bajo la ocupación alemana”. En la posguerra, hablamos de Hungría, Checoslovaquia y Europa del Este ocupadas por los soviéticos. Los nazis y los soviéticos ocuparon muchos países. Nosotros los liberamos de esas ocupaciones.

Actualmente, los ocupantes somos nosotros. Desde luego, liberamos a Irak de Saddam Hussein, pero no de nosotros. Al igual que en 1898 habíamos liberado a Cuba del yugo español, pero no del nuestro. La tiranía española fue derrotada, pero Estados Unidos transformó la isla en una base militar, tal como lo estamos haciendo ahora en Irak. Las grandes firmas estadounidenses se instalaron en Cuba, así como Bechtel, Halliburton y las empresas petroleras se instalan en Irak. Estados Unidos redactó e impuso, con cómplices locales, la Constitución que debía regir en Cuba, así como nuestro gobierno elaboró, con la ayuda de agrupaciones políticas locales, una Constitución para Irak. No, esto nada tiene de liberación. Se trata efectivamente de una ocupación.

Y de una sucia ocupación. El 7-8-03, *The New York Times* informaba que el general estadounidense Ricardo Sánchez, en Bagdad, “estaba preocupado” por la reacción iraquí frente a la ocupación. Los dirigentes iraquíes pro estadounidenses le transmitieron un mensaje que él nos reenvió: “Cuando se detiene a un

padre en presencia de su familia, se le tapa la cabeza con una bolsa y se lo hace arrodillar, para su familia significa una grave ofensa contra su dignidad y respeto” (una observación particularmente sagaz...).

El 19-7-03, mucho antes de que se probara la existencia de casos de torturas en la prisión de Abu Ghraib, en Bagdad, la cadena CBS News informaba: “Amnesty International analiza numerosos casos de tortura en Irak cometidos presuntamente por las autoridades estadounidenses. Uno de ellos es el caso Khraisan. Su casa fue destruida por soldados estadounidenses que irrumpieron disparando a todos los rincones. Al-Aballi fue detenido junto a su padre, un anciano de 80 años. Su hermano resultó herido... Se llevaron a los tres hombres... Al-Aballi cuenta que quienes lo interrogaron lo desnudaron completamente y lo mantuvieron despierto durante una semana, ya sea de pie o de rodillas, atado de pies y manos, con una bolsa en la cabeza. Al-Aballi cuenta que dijo a sus secuestradores: ‘No sé qué es lo que quieren. No tengo nada’. ‘Les pedí que me mataran’. Ocho días más tarde, lo dejaron ir junto con su padre... Los funcionarios estadounidenses apenas respondieron a los múltiples pedidos que les hicieron para tratar este caso...”.

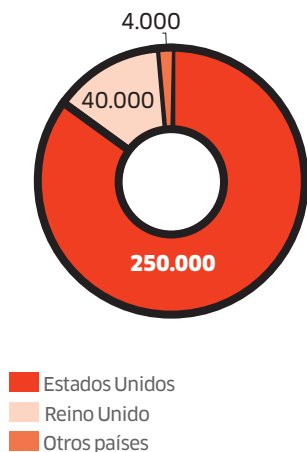
La excusa de los complots

Se sabe que la mayor parte de la ciudad de Fallujah (360.000 habitantes) fue destruida y que cientos de sus habitantes fueron asesinados durante la ofensiva estadounidense de noviembre de 2004, desatada con la excusa de limpiar la ciudad de grupos terroristas →

Guerra de Irak

Fuerzas de invasión

(cantidad de soldados, 2003)



© Benjamin F. Haith / Shutterstock



Protesta. Manifestantes contra la invasión de Irak en Nueva York.

300 mil

soldados

estadounidenses que combatieron en las guerras de Irak y Afganistán padecen trastornos psicológicos, en algunos casos irreversibles. Representan el 20% de los que participaron, rotativamente, en ambas contiendas.

→ tas que habrían actuado en el marco de una “conspiración baasista”. Pero se olvida que el 16-6-03, apenas un mes y medio después de la “victoria” en Irak y la “misión cumplida” proclamada por el presidente Bush, dos periodistas de la cadena Knight Rider habían escrito a propósito de la zona de Fallujah: “Durante estos últimos cinco días, la mayoría de los habitantes de esta región afirmaron que no existía una conspiración baasista o sunnita contra el ejército estadounidense, sino hombres dispuestos a luchar porque sus familiares habían sido heridos o asesinados, e incluso ellos mismos habían sido objeto de humillaciones durante los allanamientos o en las barreras colocadas en las carreteras... Tras la detención de su marido por llevar cajones de madera vacíos que había comprado para calentarse, una mujer declaró que Estados Unidos era culpable de terrorismo”.

Estos mismos periodistas señalaban: “Habitanes de At Agilia –un pueblo al norte de Bagdad– afirmaron que dos de sus granjeros y otros cinco de un pueblo vecino habían sido asesinados por balas estadounidenses mientras regaban tranquilamente sus campos de girasoles, tomates y pepinos”.

Los soldados enviados a este país –a quienes se les dijo que la gente los recibiría como libertadores, pero que en realidad se encuentran rodeados por una población hostil– se volvieron temerosos, se deprimieron, y tienen el gatillo fácil, tal como se vio en Bagdad durante la liberación de la periodista italiana Giuliana Sgrena, el 4-3-05, cuando el agente italiano de los servicios de inteligencia Nicola Calipari fue asesinado en un puesto de control por soldados estadounidenses nerviosos y atemorizados.

Leímos los informes de soldados estadounidenses que están furiosos porque no los sacan de Irak. Un periodista de la cadena ABC News en Irak declaró recientemente que un sargento lo había llamado aparte para decirle: “Tengo mi propia lista de los hombres más buscados (*Most Wanted List*)”. Hacía referencia al famoso juego de cartas publicado por el gobierno estadounidense, que representa a Saddam Hussein, sus hijos y otros miembros del antiguo régimen baasista iraquí: “Los ases de mi juego –decía– son George W. Bush, Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz”.

El público estadounidense conoce ahora esos sentimientos, así como los de numerosos desertores que se niegan a volver al infierno de Irak tras un permiso para regresar a sus casas. En mayo de 2003, una encuesta señalaba que sólo el 13% de los estadounidenses pensaba que la guerra tomaría un mal cariz. En dos años, las cosas cambiaron radicalmente. Según una encuesta publicada el viernes 17-6-05 por *The New York Times* y la cadena CBS News, el 51% de los estadounidenses considera ahora que Estados Unidos no debió invadir Irak ni embarcarse en esta guerra. Actualmente, el 59% desaprueba el modo en que el presidente Bush maneja la situación en Irak. Y me parece interesante señalar que las encuestas realizadas entre la pobla-

ción afro-estadounidense revelaron constantemente una oposición del 60% a la guerra en Irak.

La ocupación de Estados Unidos

Pero existe una ocupación con peores augurios que la de Irak: la de Estados Unidos. Al despertarme esta mañana y leer el diario, tuve la sensación de que nosotros mismos éramos un país ocupado, de que una potencia extranjera nos había invadido. Esos trabajadores mexicanos que intentan cruzar la frontera arriesgando sus vidas para escapar de los agentes de migraciones (con la esperanza de alcanzar una tierra que, paradójicamente, les pertenecía antes de que Estados Unidos se apoderara de ella, en 1848), no son extranjeros, desde mi punto de vista. Esos 20 millones de personas que viven en Estados Unidos sin el estatuto de ciudadanos y que, en virtud de la Patriot Act (la “Ley Patriótica”), pueden ser expulsados de sus hogares y detenidos indefinidamente por el FBI, sin ningún derecho constitucional, para mí no son extranjeros. En cambio, el grupúsculo de individuos que tomó el poder en Washington (George W. Bush, Richard Cheney, Donald Rumsfeld y el resto de la camarilla), ellos sí son extranjeros.

Me desperté pensando que este país se encuentra en las garras de un Presidente que fue elegido por primera vez, en noviembre de 2000, en las circunstancias que se conocen, gracias a todo tipo de chanchullos en Florida y por decisión de la Suprema Corte. Un Presidente que, después de su segunda elección en noviembre de 2004, permanece rodeado de “halcones” trajeados que poco se preocupan por la vida humana aquí o allá; cuya menor preocupación es la libertad, aquí o allá; y a los que nada les importa el futuro de la tierra, el agua, el aire y el mundo que dejaremos a nuestros hijos o nietos.

Muchos estadounidenses se han puesto a pensar, al igual que nuestros soldados en Irak, que algo anda mal, que este país no se parece al que deseamos tener. Un país que cada día vuelca su conjunto de mentiras en la plaza pública. La más monstruosa de ellas es que todo acto cometido por Estados Unidos debe ser perdonado, porque estamos embarcados en una “guerra contra el terrorismo”.

Se pasa por alto el hecho de que la guerra en sí es terrorismo; de que irrumpir en los hogares, llevarse a miembros de una familia y torturarlos, es terrorismo; de que invadir y bombardear otros países no nos brinda más seguridad, sino lo contrario.

Uno se hace una idea de lo que este gobierno entiende por “guerra contra el terrorismo” al recordar la célebre declaración del secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld (uno de los “hombres más buscados” en la lista del sargento), cuando se dirigió a los ministros de la OTAN, en Bruselas, en vísperas de la invasión a Irak. Explicaba entonces las amenazas que pesaban sobre Occidente (imaginen: seguimos hablando de “Occidente” como una entidad sagrada, mientras que Estados Unidos, que había

fracasado en sumar a su proyecto de invasión a Irak a varios países de Occidente –entre ellos, Francia y Alemania– trataba de seducir a cualquier precio a los países del Este, convenciéndolos de que nuestro único objetivo era liberar a los iraquíes, tal como los habíamos liberado a ellos del dominio soviético). Rumsfeld, explicando pues cuáles eran esas amenazas y por qué eran “invisibles y no identificables”, pronunció su inmortal sofisma: “Hay cosas que conocemos. Y hay otras que sabemos que no conocemos. Es decir que hay cosas que, por el momento, sabemos que no conocemos. Pero hay también cosas desconocidas que no conocemos. Hay cosas que no sabemos que no conocemos. En resumen, la ausencia de pruebas no prueba una ausencia... No tener pruebas de que algo existe no quiere decir que se tienen pruebas de que no exista”.

Afortunadamente, Rumsfeld estaba allí para ilustrarnos. Esto explica por qué la administración Bush, incapaz de capturar a los autores de los atentados del 11 de Septiembre, siguió su impulso, invadió y bombardeó Afganistán en diciembre de 2001, asesinando a miles de civiles y provocando la huida de otros cientos de miles, pero aún no sabe dónde se esconden los criminales. Esto explica también por qué el gobierno, sin saber realmente qué tipo de armas escondía Saddam Hussein, decidió bombardear e invadir Irak en mayo de 2003, pese a la oposición de la ONU, asesinando a miles de civiles y soldados y aterrorizando a la población. Esto explica por qué el gobierno, sin saber quién es o no terrorista, decidió encarcelar a cientos de personas en la prisión de Guantánamo en condiciones tales que dieciocho de ellas intentaron suicidarse.

En su informe 2005 sobre las violaciones a los derechos humanos en el mundo, publicado el 25-5-05, la organización Amnesty International no dudó en afirmar que “el centro de detención de Guantánamo se transformó en el gulag de nuestra época”. La secretaria general de esta organización, Irene Khan, agregó: “Cuando el país más poderoso del planeta desprecia la supremacía de la ley y los derechos humanos, autoriza a los demás a infringir las reglas sin pudor, convencidos de que permanecerán impunes”.

Khan denunció además los intentos de Estados Unidos de banalizar la tortura. Los estadounidenses –señaló– tratan de quitarle su carácter absoluto a la prohibición de la tortura “redefiniéndola” y “suavizándola”. Ahora bien, recordó: “La tortura gana terreno desde el momento en que su condena oficial no es absoluta”. A pesar de la indignación suscitada por las torturas cometidas en la prisión de Abu Ghraib (Irak), ni el gobierno ni el Congreso de Estados Unidos solicitaron la apertura de una investigación profunda e independiente, se lamentó Amnesty.

La supuesta “guerra contra el terrorismo” no sólo es una guerra contra un pueblo inocente en un país extranjero, sino una guerra contra el pueblo de Estados Unidos. Una guerra contra nuestras libertades, una guerra contra nuestro modo de vida. Le roban al

pueblo la riqueza del país para distribuirla entre los más ricos. Les roban también la vida a nuestros jóvenes.

No hay ninguna duda de que esta guerra que ya lleva dos años y tres meses seguirá causando muchas víctimas, no sólo en el extranjero sino en el propio territorio de Estados Unidos. La Administración dice a quienes quieran oír la que saldrán triunfantes de esta guerra porque, a diferencia de Vietnam, sólo hubo pocas víctimas (1). Es verdad, “sólo” unos cientos de muertos en los combates. Pero cuando la guerra termine, entonces las víctimas de las consecuencias de ella –enfermedades, traumas– no dejarán de aumentar. Después de la guerra de Vietnam, muchos veteranos denunciaron malformaciones congénitas en sus hijos, causadas por el agente naranja, un poderoso herbicida muy tóxico pulverizado sobre las poblaciones vietnamitas.

En la primera guerra del Golfo, en 1991, sólo se registraron unos centenares de bajas, pero la Asociación de Veteranos denunció recientemente que en estos últimos diez años murieron 8.000 ex combatientes. Doscientos mil veteranos, de los seiscientos mil que participaron en la primera guerra del Golfo, se quejan de dolencias y patologías diversas causadas por las armas y municiones utilizadas durante esta guerra. Quedan por verse los efectos del uranio empobrecido en nuestros jóvenes enviados a Irak.

¿Cuál es nuestro deber? Denunciar todo eso. Estamos convencidos de que los soldados enviados a Irak sólo soportan el terror y la violencia porque los han engañado. Y cuando sepan la verdad –tal como sucedió en la guerra de Vietnam– se volverán contra su gobierno.

El resto del mundo nos apoya. La administración de Estados Unidos no puede ignorar indefinidamente a los diez millones de personas que protestaron en el mundo entero contra la invasión el 15-2-03 y que cada día son más. El poder de un gobierno, cualesquiera sean las armas que posea o la moneda que tenga, es frágil. Cuando pierde su legitimidad a los ojos de su pueblo, sus días están contados.

Debemos comprometernos en todas las acciones cuyo objetivo sea detener esta guerra. Nunca se hará lo suficiente. La historia de los cambios sociales está hecha de millones de acciones, pequeñas o grandes, que se acumulan en un determinado momento de la historia. Hasta constituir una potencia que ningún gobierno puede reprimir. ■

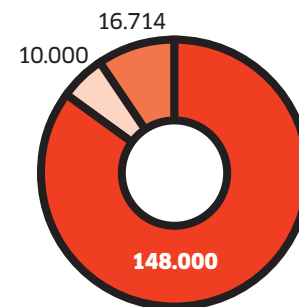
1. El 20-6-05, el número de militares estadounidenses muertos en Irak ascendía a 1.724 y el número total de heridos a 12.896 (fuente: www.antiwar.com/casualties/).

*Historiador (Nueva York, 1922–Santa Mónica, California, 2010). Fue profesor emérito de la Universidad de Boston y autor, entre otras obras, de *La otra historia de los Estados Unidos (desde 1492 hasta hoy)*, editorial Siglo XXI, México, 1999.

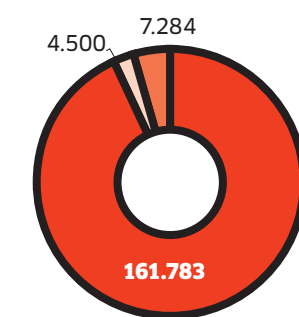
Traducción: Gustavo Recalde

Guerra de Irak

Fuerza multinacional - ONU
(cantidad de soldados, 2004)



Fuerza multinacional - ONU
(cantidad de soldados, 2007)



Estados Unidos
Reino Unido
Otros países



Memorial. Cementerio de soldados caídos en la guerra de Irak.

© Rafael Franceschini / Shutterstock



Katrina. Nueva Orleans bajo las aguas, el 30 de agosto de 2005, a causa de la rotura de los diques protectores por el huracán Katrina.

2

ESTADOS UNIDOS HACIA ADENTRO

LAS HERIDAS DEL GIGANTE

Profundas heridas surcaron la piel de Estados Unidos desde el comienzo del siglo XXI. Si los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 pusieron en cuestión su invulnerabilidad y la eficacia de sus servicios de inteligencia, la crisis económica que se desató en 2007/2008 desnudó las falacias del neoliberalismo reinante y el descontrol deletéreo del capitalismo financiero. Las reformas prometidas por Barack Obama apenas quedaron en buenas intenciones, y crecen movimientos confusos y reaccionarios como el Tea Party.



La ilusión de que el Presidente es todopoderoso

¿Es reformable Estados Unidos?

por Serge Halimi*

A un año de la asunción de Barack Obama a la Presidencia de Estados Unidos, las expectativas desmesuradas cifradas en él por los sectores progresistas se truecan en decepción. Por otro lado, la derecha republicana lo estigmatiza como a una especie de demonio subversivo. ¿El error? Creer que una voluntad individual puede cambiar por sí sola las férreas estructuras del país.

La lucha política favorece a veces las oposiciones personalizadas y los rechazos obsesivos. Las necesidades de la lucha frontal originan entonces agrupamientos heteróclitos, motivados por el único deseo de destruir el mismo objetivo. Así, en cuanto el enemigo cae, comienzan los problemas, y con ellos la pregunta: ¿qué hacer ahora? A medida que se toman decisiones políticas, deben eliminarse los equívocos que favorecían al antiguo conglomerado de oponentes; el desencanto se instala. Antes de que pase mucho tiempo, el adversario detestado vuelve al poder. Su paso por la oposición no lo ha hecho más amable.

Un esquema de este tipo se aplicó ya en la Italia de Silvio Berlusconi. Vencido en 1995 por una izquierda a la vez paliducha, heteróclita y sin proyecto, volvió a triunfar seis años más tarde. En estos tiempos, también en la Francia de Nicolas Sarkozy se multiplican las alianzas circunstanciales, tanto entre partidos (ecologistas, centristas, socialistas) como entre personalidades (Dominique de Villepin se unió por un tiempo al llamado antigubernamental de Olivier Besancenot, del cual casi todo lo separa). Con un único objetivo, el jefe de Estado. De acuerdo, pero, ¿y después?

El tríptico coalición transitoria, política incierta y decepción programada remite también a la actualidad estadounidense. Hace un año, la derrota de los republicanos y el fin de la presidencia de George W. Bush provocaron un momento de alborozo. Aun cuando una parte del electorado, cuya suerte no ha mejorado, sigue dándole crédito a Obama, ese entu-

siasmo parece haber acabado. La intensificación de la guerra en Afganistán disgusta a los pacifistas, y a la reforma del sistema de salud se la ubica por debajo de una esperanza razonable, así como también a la política medioambiental. La opinión “menos que bien, pero mejor que nada” se propaga, y genera un clima pesimista. La pasión política cambia otra vez de bando. Semejante espiral de hundimiento fortalece el peso de los *lobbies*, al mismo tiempo que obliga a interrogarse sobre el poder real del Presidente de Estados Unidos.

Ciertamente, Obama no es Bush; Romano Prodi tampoco fue Berlusconi. Pero eso no es suficiente para saber hacia dónde va Obama y para que den ganas de seguirlo. Pero el país sufre: la tasa de desempleo se ha disparado, barrios enteros yuxtaponen casas embargadas por sus acreedores. El Presidente no deja de hablar, de explicar, de tratar de convencer; sus discursos se suceden, a veces elocuentes. Pero, ¿qué queda de ello? En El Cairo, condena a las colonias israelíes; pero nuevas colonias se implantan y él se resigna. Promete una reforma ambiciosa del sistema de salud; los parlamentarios la edulcoran, y él queda satisfecho. Un día anuncia a los cadetes de West Point que va a enviar nuevos refuerzos a Afganistán; poco después recibe el Premio Nobel de la Paz. El ejercicio podría volverse esquizofrénico. Pero la cacofonía de las situaciones encuentra un remedio aparente en un nuevo raudal de palabras que equilibra cada enunciado con una sugerencia contraria. Al final, casi siempre prevalece la cantinela “mis amigos progred-

UN POLITÓLOGO ALARMADO

El reto hispano

por Samuel Huntington*

La división cultural entre hispanos y anglos podría reemplazar la división racial entre blancos y negros como la fractura más seria en la sociedad de Estados Unidos.

En esta nueva era, el desafío más grave e inmediato al que se enfrenta la identidad tradicional de Estados Unidos es el que suponen la inmensa y constante inmigración de Latinoamérica, sobre todo de México, y los índices de natalidad de estos inmigrantes en comparación con los nativos, tanto blancos como negros. A los estadounidenses les gusta presumir de cómo, en el pasado, han asimilado a millones de inmigrantes en su sociedad, su cultura y su política. Sin embargo, cuando hablan de inmigrantes, suelen generalizar: no diferencian entre ellos y se centran en los costos y beneficios económicos de la inmigración, pero ignoran sus consecuencias sociales y culturales, pasando por alto las características y los problemas peculiares que plantea la inmigración actual de hispanos. La inmigración de hoy tiene una dimensión y una naturaleza muy distintas a las anteriores, y no parece probable que la asimilación lograda en el pasado se repita con los inmigrantes de Latinoamérica. Esto suscita un interrogante clave: ¿seguirá siendo Estados Unidos un país con una sola lengua y una base cultural angloprotestante? Al ignorar esta pregunta, los estadounidenses están aceptando que se convertirán en dos pueblos, con dos culturas (anglo e hispana) y dos lenguas (inglés y español).

[...]

Estados Unidos está viviendo la llegada masiva de personas desde un país pobre y contiguo, cuya población es más de un tercio de la suya. Entran a través de una frontera de 3.500 kilómetros. [...] Ningún otro país del Primer Mundo comparte una frontera terrestre tan extensa con otro del Tercer Mundo.

[...]

En alguna ocasión, los especialistas han sugerido que el sudoeste podría convertirse en el Quebec de Estados Unidos. Ambas regiones están habitadas por católicos y fueron conquistadas por angloprotestantes, pero, por lo demás, tienen poco en común. Quebec está a 4.500 kilómetros de Francia, y no hay cientos de miles de franceses que intenten entrar cada año en la región, ni legal ni ilegalmente. La historia demuestra que, cuando la gente de un país empieza a referirse al territorio de un país vecino en términos posesivos y a reivindicar derechos especiales sobre él, hay serias posibilidades de conflicto.

*Politólogo estadounidense (1927-2008). Autor, entre otros libros, de *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Paidós, Barcelona, 1996). Esta columna reproduce extractos de su artículo "El reto hispano", *Foreign Policy*, edición española, marzo-abril de 2004.

→ sistas proclaman esto, mis amigos republicanos replican esto otro; los primeros exigen demasiado, los segundos no lo bastante. Yo elijo el camino intermedio".

Así, Obama alentó a los cadetes de West Point a "dar pruebas de discreción en el uso de las Fuerzas Armadas"; y llamó a los jurados de Oslo a medir "la necesidad de la fuerza a causa de las imperfecciones del hombre y de los límites de la razón". Estos últimos deberían repensar también el ejemplo del presidente Richard Nixon, quien, a pesar de los "horrores de la Revolución Cultural", aceptó encontrarse con Mao en Pekín en 1972. Puntilloso sobre el tema de los derechos humanos, como lo era el ex jefe de Estado republicano, ese encuentro le resultó tan costoso que poco después hubo de consolarse ordenando el bombardeo a las grandes ciudades vietnamitas y favoreciendo en Chile el golpe de Estado del general Augusto Pinochet... Sin embargo, Obama no les dice nada de esto a los jurados de Oslo. Impecablemente "centrista", prefirió saludar tanto a Martin Luther King como a Ronald Reagan.

Esperanzas iniciales

No obstante, todo había comenzado bien. En noviembre de 2008, casi dos estadounidenses de cada tres en edad de votar (y el 89,7% de los electores inscritos) decidieron la elección presidencial. Llevaron a la Casa Blanca a un candidato atípico cuyos antecedentes sugieren la amplitud del cambio que vendría: "No tengo el pedigrí habitual y no hice mi carrera en los pasillos de Washington". Precisamente por esa razón pudo movilizar a los jóvenes, los negros y los hispanos, así como a una fracción inesperada (43%) del electorado blanco. Al recibir un porcentaje de votos superior al que obtuvo Reagan en su elección de 1980 (52,9% contra 50,7%), Obama puede hacer prevalecer un "mandato". Por otra parte, nadie se lo discute. La derrota de los republicanos es completa. Su filosofía liberal, que fue resumida con concisión y pedagogía por el nuevo Presidente – "dar más a quienes tienen más, y dar por supuesto que su prosperidad se derramará sobre todos" – no es más que un montón de ropa vieja. Y los demócratas tienen una amplia mayoría en ambas Cámaras del Congreso. Tres meses antes de su elección, Obama había prevenido: "El riesgo mayor que podríamos correr sería recurrir a las mismas técnicas políticas con los mismos jugadores y esperar un resultado diferente. En momentos así, la historia nos enseña que el cambio no viene de Washington; llega a Washington porque el pueblo estadounidense se levanta y lo exige".

Entonces la militancia en el terreno debe permitir sacudir la pesadez conservadora de la Capital Federal, residencia oficial de todos los lobbies del país. Pero un año más tarde, cuando no se percibe ninguna huella de un movimiento popular, ya no se cuentan los proyectos de ley bloqueados, edulcorados, amputados por "las mismas técnicas políticas y los mismos



Demostración. Vehículos de un cuerpo de la marina de guerra desfilan en Miramar, California. La guerra de Irak generó disconformidad en numerosos sectores de la sociedad norteamericana y particularmente en Europa.

jugadores”. En lo que hace al pedigrí, el del actual Presidente desentonaba con el de sus predecesores. Por la razón visible que conocemos, y también porque no es habitual que el inquilino de la Casa Blanca haya sacrificado en su juventud la posibilidad de ganar grandes sumas de dinero practicando el derecho en Nueva York por el deseo de ayudar a los habitantes de los barrios pobres de Chicago.

Realidades posteriores

De todas maneras, cuando se examina la elección que hizo Obama de los miembros de su gabinete, enseguida la novedad parece menos sorprendente. Al lado de una secretaria de Trabajo cercana a los sindicatos, Hilda Solís, que promete una ruptura con las políticas anteriores, se encuentra una secretaria de Estado, Hillary Clinton, cuyas orientaciones diplomáticas difieren muy poco de las del pasado, y un secretario de Defensa, Robert Gates, decididamente heredado de la administración Bush. E incluso un secretario de Finanzas, Timothy Geithner, demasiado ligado a Wall Street para poder o querer reformarlo; y un consejero económico, Lawrence Summers, que fue el arquitecto de las políticas de desregulación financiera que le valieron al país quedar al borde de la apoplejía. En cuanto a la “diversidad” del equipo, no es de orden sociológico. Veintidós de las treinta y cinco designaciones efectuadas por Obama recayeron en titulares de un diploma de una universidad estadounidense de elite o de un colegio británico de alto rango. Desde el comienzo del siglo XX, los demócratas vienen cediendo, particularmente seducidos por la ilusión tecnocrática de la competencia, del pragmatismo, del gobierno de los mejores (“*the best and*

the brightest”), de la excelencia y de la pericia que debe imponer su voluntad a un mundo político sospechado de demagogia permanente.

Una filosofía de este tipo –a la cual, paradójicamente, teniendo en cuenta su recorrido, se une el Presidente de Estados Unidos (¿para no ser confundido con un militante afroamericano?)– mira con desconfianza a las movilizaciones masivas, al “populismo”. De entrada, Obama esperó que la fracción más razonable de los republicanos estuviera de acuerdo con él para sacar al país de la encrucijada. Y les tendió la mano. Pero en vano. Hace poco comentó ese desaire: “Tuvimos que tomar una serie de decisiones difíciles sin recibir ayuda del partido de oposición que, desgraciadamente, después de haber presidido las políticas que condujeron a la crisis, decidió descargar ese peso en otros”. Extraña formulación, pero reveladora, porque se saltea la elección presidencial de 2008, al término de la cual los republicanos no “decidieron” abandonar las riendas del país a otros sino que fueron echados del poder por los electores.

Conservadores sobreexcitados

Es algo que no soportan. Por eso su violencia. En junio de 1951 un demócrata, Harry Truman, ocupaba la Casa Blanca. Sin rechinar, se dedicó a la lucha contra el comunismo y la Unión Soviética, a la defensa del imperio y de las ganancias de General Electric. Sin embargo, ante los ojos de una fracción importante del electorado republicano no había nada que hacer, era un traidor. El senador Joseph McCarthy se expresó así: “No se comprende nada de la situación actual si no se capta el hecho de que los hombres colocados en los más altos escalones del Estado se →

CRISIS

2005

Katrina

En agosto, el huracán Katrina causa una ola de devastación y muertes, sobre todo en Nueva Orleans, donde falló su sistema de diques.

2008

Pánico financiero

La crisis de las hipotecas *subprime* manifestada el año anterior desemboca en un cataclismo financiero global. En septiembre quiebra el banco Lehman Brothers.

2009

Obama

Barack Obama es investido Presidente de Estados Unidos, el primero de raza negra. Promete reformas de contenido social.

2011

Retiro de tropas

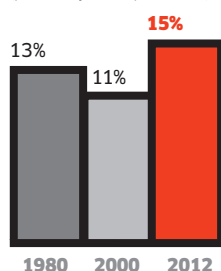
Se completa la retirada total de las tropas estadounidenses que ocupaban Irak, con la partida de los últimos 500 soldados que quedaban.

2013

Obama otra vez

Pese a las dificultades para concretar sus tímidas reformas, Obama asume, el 20 de enero, su segundo mandato presidencial.

Índice de pobreza (porcentaje de la población)



© Gary Paul Lewis / Shutterstock



Devastación. Un año después, la destrucción provocada por el huracán Katrina seguía vigente en la zona afectada.

El negocio de las cárceles

Las prisiones privadas constituyen un negocio floreciente en Estados Unidos, que mantiene entre rejas al porcentaje más alto del mundo en relación con su población: casi dos millones y medio de personas. Se calcula que cada preso le deja a las empresas carceleras 120 dólares diarios de ganancia.

→ ponen de acuerdo para conducirnos al desastre. Es una conspiración tan inmensa que relega a la condición de polvo a todo lo que la ha precedido en la historia. Una conspiración tan infame que, cuando se la haya develado, su responsable merecerá ser maldecido por siempre por todos los hombres honestos". Durante cuatro años, el senador de Wisconsin aterrizó en todo el país a los progresistas, artistas o sindicalistas, y también a los principales responsables del Estado, incluyendo a los militares. No estamos ahora en esa situación. Sin embargo, el aire está viciado otra vez por la paranoia de los militantes de derecha, llevada hasta la incandescencia por los *talk shows* en la radio, la "información" continua de Fox News, los editoriales de *The Wall Street Journal*, las iglesias fundamentalistas y los rumores delirantes que distribuye internet. Semejante batahola invade los espíritus e impide pensar en otra cosa.

Así, millones de estadounidenses apasionados por la política están siendo convencidos de que su Presidente mintió sobre su estado civil, sobre su ciudadanía, y que por haber nacido en el extranjero no podía ser elegido como Presidente. Juran que su victoria, a pesar de haber sido obtenida con 8.500.000 votos de ventaja, es el producto de un fraude, de una "conspiración tan inmensa...". La idea de tener como dirigente a un hombre que pasó dos años en Indonesia en una escuela musulmana, un ex militante de izquierda, un cosmopolita, un intelectual, los conmueva (1). Creen firmemente que la reforma del sistema de salud servirá de preludio a la creación de "tribunales de la muerte" encargados de designar a los enfermos que podrán ser atendidos. Estos batallones

sobreexcitados constituyen el núcleo duro del Partido Republicano. Mantienen bajo su férula a los representantes electos con los cuales el buen centrista Obama contaba negociar su política de reactivación, su reforma del seguro de salud y la regulación de las finanzas. La futilidad de tal esperanza quedó confirmada sin demora. Menos de un mes después de la llegada del nuevo Presidente a la Casa Blanca, su plan de aumento de los gastos públicos no obtuvo el apoyo de ninguno de los 177 parlamentarios republicanos de la Cámara de Representantes.

En noviembre fue el turno de la reforma del sistema de salud: esta vez, un único legislador de la oposición se unió a la mayoría demócrata. Finalmente, en diciembre, la legislación destinada a proteger a los consumidores contra las prácticas abusivas de los organismos de crédito también fue aprobada por la Cámara de Representantes sin ningún voto republicano. Sin embargo, en todos los casos los textos presentados fueron corregidos con la esperanza de que el Presidente pudiera hacer gala de su espíritu de apertura... En el caso de las finanzas, nadie sabe todavía a qué se parece la ley a cuyo pie Obama colocará su firma. En efecto, basta con que cuarenta de los cien senadores se opongan a votarla para que la discusión se prolongue indefinidamente. Como los republicanos son cuarenta, cada uno de ellos y cada demócrata felón puede tasar su apoyo a buen precio. Uno de estos últimos, Joseph Lieberman, que ya antes había llamado a votar por John McCain en 2008, pudo así obstruir la creación de una "opción pública" destinada a los estadounidenses que no tienen ninguna cobertura médica. Las compañías de seguros privadas están entre los principales aportantes de fondos del senador Lieberman...

El 28 de septiembre de 2008, cuando un plan de salvataje a los bancos aprobado por el candidato Obama iba a brindarles una ayuda de urgencia de 700.000 millones de dólares, un parlamentario de izquierda, Dennis Kucinich, interpelló a sus colegas: "¿Nosotros somos el Congreso de Estados Unidos o el Consejo de Administración de Goldman Sachs?". La pregunta sigue siendo bastante pertinente como para que el Presidente estadounidense recientemente haya juzgado útil precisar: "Yo no hice campaña para ayudar a los grandes bonetes de Wall Street". Sin embargo, en 2008, Goldman Sachs, Citigroup, JPMorgan, UBS y Morgan Stanley figuraban en la lista de los veinte principales aportantes de fondos para su campaña (2). Una frase del periodista William Greider resume la situación: "Los demócratas están ante un dilema: ¿pueden servir al interés público sin disgustar a los banqueros que financian sus campañas?" (3).

El imperio del dólar

¿Es reformable Estados Unidos? Se pretende que su sistema está caracterizado por el "equilibrio de poderes". En realidad, el sistema consiste en una multiplicación de escalones en todos los cuales reina el dólar. En 2008, millones de jóvenes se lanzaron

a la batalla política dando por descontado que con este Presidente ya nada sería como antes. Pero he aquí que él también se comporta como un traficante, compra un voto que, de no hacerlo, podría faltarle, corteja a un representante electo que desprecia. ¿Podría actuar de otra manera? La personalidad de un hombre no pesa demasiado ante la tiranía de las estructuras, sobre todo cuando la oposición se muestra histérica y el “movimiento popular” se resume en sindicatos que se están desarmando, militantes negros cooptados por el Ejecutivo y *blogueros* engreídos que creen que la militancia se hace detrás de un teclado.

Ahora bien, en Estados Unidos un cambio progresivo del curso de las cosas exige un alineamiento casi perfecto de los planetas. En cambio, para reducir los impuestos de los ricos Reagan ni siquiera necesitó una mayoría de parlamentarios republicanos... La biografía de Obama hizo nacer un malentendido. Por un lado, porque concentró sobre él todas las luces y todas las expectativas. Y por otro, porque este Presidente de Estados Unidos ya no se parece, desde hace mucho, al adolescente radical que describe en sus *Memorias*. El que asistía a conferencias socialistas y trabajaba en Harlem para una asociación cercana a Ralph Nader. Tampoco tiene nada que ver con el militante afroamericano

bre próximo, que podrían llevarse a cabo en un clima económico moroso, van a aclarar las filas de los representantes demócratas.

La personalización del poder

En definitiva, se habla demasiado de Obama. El hombre ha adquirido los rasgos de un demiurgo al que se considera capaz de domar a las fuerzas sociales, las instituciones, los intereses. Esta personalización inmadura del poder caracteriza también a Francia e Italia, pero allí el diablo anida del otro lado; si se cae, la izquierda estará salvada... Hace alrededor de medio siglo, el historiador estadounidense Richard Hofstadter popularizó la expresión “estilo paranoico” para representar un humor político de este tipo [véase “El estilo paranoico en la política”, págs. 12-15]. En ese momento, pensaba sobre todo en la derecha maccartista y en sus sucedáneos inmediatos, pero también pretendía que, con el correr de los años, su tipo ideal encontraría otras aplicaciones. Henos aquí. El auge del individualismo, la pereza intelectual, la deriva histérica de los debates, el papel deletéreo de los medios y también la declinación del marxismo han generalizado la ilusión según la cual, como lo explicaba Hofstadter en 1963, “el enemigo no está, contrariamente a todos nosotros, sometido a la gran mecánica de la historia, víctima de su pasado, de sus

Crecimiento hispano

Hacia el año 2050 habrá 133 millones de hispanos en Estados Unidos y serán el 30% de la población total, de acuerdo con las proyecciones de la Oficina del Censo. Actualmente representan el 16,3% de los habitantes.

Para los republicanos, su pasado prueba que el hombre es peligroso, extraño a la cultura individualista del país.

que “con el fin de evitar ser considerado un traidor, seleccionaba sus amigos con cuidado. A los estudiantes negros más activistas. A los estudiantes extranjeros. A los chicanos. A los profesores marxistas, los estructuralistas-feministas y los poetas del punk y del rock. Fumábamos cigarrillos y nos poníamos campearas de cuero. A la noche, en los dormitorios, discutíamos sobre el neocolonialismo, sobre Franz Fanon, el etnocentrismo europeo y el patriarcado” (4).

Para los republicanos, ese pasado prueba que el hombre es peligroso, extraño a la cultura individualista del país, complaciente hacia “los enemigos de la libertad” y, para comenzar, dispuesto a “socializar el sistema de salud estadounidense”. Por su parte, numerosos militantes demócratas esperan que su Presidente, que por el momento los decepciona, no dude en implementar, tan pronto como pueda, una política más progresista; y que ésta es su voluntad. La aprensión de los unos atiza la esperanza de los otros. Sin embargo, parafraseando la expresión del periodista Alexander Cockburn, la izquierda que inspecciona las entrañas de los textos presentados al Congreso para encontrar en ellos la más mínima huella de victoria, sabe que el tiempo apremia, porque las elecciones legislativas de noviem-

deseos, de sus límites. Es un agente libre, activo, diabólico. [...] Fabrica las crisis, desencadena las quiebras bancarias, provoca la depresión, produce desastres, enseguida se deleita y luego aprovecha la miseria que ha provocado” (5). Un animador de radio ultraconservador, Rush Limbaugh, replica que algunos partidarios de Obama lo toman por el Mesías. Y no está equivocado. Pero ¿por qué persiste en denunciar cada día al Anticristo? En el fondo, el “milagro” de la elección de noviembre de 2008 podría habernos hecho recordar que los milagros no existen. Y que el destino de Estados Unidos no se confunde con la personalidad de un hombre ni con la voluntad de un Presidente. ■

1. Véase Serge Halimi, “El pueblo contra los intelectuales”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, mayo de 2006.
2. Según el Center for Responsive Politics, véase “Top contributors to Barack Obama”, www.opensecrets.org
3. William Greider, “The Money Man’s Best Friend”, *The Nation*, Nueva York, 30-11-09.
4. Barack Obama, *Dreams from My Father*, Crown Books, Nueva York, 2004, p. 100.
5. Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics*, Alfred Knopf, Nueva York, 1966, p. 32.

*Director de *Le Monde diplomatique*.

Traducción: Lucía Vera



© Stuart Monk / Shutterstock

Unión. Wall Street y banderas de Estados Unidos: un sólido vínculo.





Tres años después del crack

Como si nada hubiera pasado

por Ibrahim Warde*

El acto de contrición de banqueros y financistas tras la catástrofe económica de 2008 fue breve y rápidamente olvidado. Los que desencadenaron la gran crisis y fueron premiados con sus jugosos *bonus* siguen reinando e imponiendo sus criterios a los Estados, obligados a jugar una loca carrera de recortes incesantes de gastos que no hará más que agravar la recesión.

Hace tres años se vivió uno de esos momentos de incertidumbre en que todo tiembla, todo se mueve y nadie duda de que todo se va a pique. El 7 de septiembre de 2008 el gobierno estadounidense intervino a Fannie Mae y Freddie Mac, dos mastodontes del crédito hipotecario. El día 15, el venerable banco de inversiones Lehman Brothers anunció su quiebra. El 16, después del pedido de ayuda hecho por *The Wall Street Journal*, Washington compró la primera aseguradora del país, American International Group (AIG). La estupefacción gana espacio; las Bolsas se hunden. El poder público estadounidense nacionaliza una buena parte de la industria automotriz e inyecta cientos de miles de millones de dólares en la economía. Keynes, el New Deal y el Estado estrategia recuperan el primer lugar.

En un acto de contrición universal, la burguesía de los negocios juró entonces que “nada será nunca más como antes”. El primer ministro francés François Fillon describió “un mundo al borde del abismo”; la tapa de *Newsweek* anunciaba, casi con terror, “Ahora somos todos socialistas”; *Time Magazine* llamó a “repensar a Marx” para “encontrar los medios de salvar al capitalismo”, una salida (feliz) que le pareció tan poco posible a *The Washington Post* que se interroga en forma de editorial, más macabro que alegre: “¿Está muerto el capitalismo?” (1).

Y luego, todo volvió a su lugar

Es cierto que hubo un breve intermedio durante el cual las elites políticas y financieras, antes cubiertas

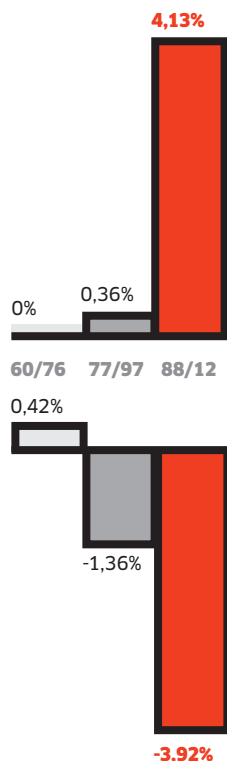
de gloria y que habían llevado la economía mundial al borde del abismo, sufrieron una travesía del desierto (que más tarde les permitió considerarse perseguidas); pero recuperaron su ventaja. Hubo declaraciones, reuniones espectaculares ricas en promesas, sin consecuencias posteriores. Finalmente, se votaron leyes, pero su aplicación concreta –ya se tratara de nuevas arquitecturas de supervisión, del refuerzo de las normas prudenciales, del encuadramiento de las bonificaciones o de protección al consumidor– demostró ser más que modesta (2).

El resultado fue que la economía mundial se vuelve a encontrar al borde del precipicio. El verano boreal de 2011 recuerda en muchos aspectos al otoño boreal de 2008. Comenzó con algunas buenas noticias, para los mercados, se entiende. La Autoridad Bancaria Europea, encargada de evaluar la solidez del sector financiero en caso de crisis, dio un veredicto tranquilizador: 82 establecimientos europeos sobre 90, sometidos a pruebas de resistencia, las aprobaron con la mano en alto. Algunos días más tarde, Grecia fue salvada de la quiebra mediante un plan que combinaba sacrificios por parte de su población y un rescate por parte de los contribuyentes europeos. El acuerdo no desencadenó la cancelación de los contratos de cobertura contra la falta de pago, los famosos credit default swaps (CDS), lo que habría sido desastroso para los bancos. Y, para el futuro, hubo una nueva promesa de austeridad, una “regla de oro” de rigor presupuestario para los 17 países de la zona euro. En Estados Unidos, un →

Saldo de la balanza comercial

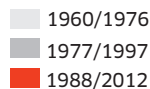
(porcentaje del PIB, promedios anuales, por períodos)

China



Estados Unidos

Años



Cadena de quiebras

Un centenar y medio de bancos estadounidenses –el más importante de ellos, Lehman Brothers– quebraron entre 2008 y 2009 como consecuencia de la catástrofe financiera que comenzó en agosto de 2007 con el estallido de las hipotecas subprime o de alto riesgo.



Sismo. La crisis comenzada en 2007/2008 produjo una enorme inestabilidad en las bolsas del mundo.

→ compromiso sobre el techo de la deuda, firmado *in extremis*, antes del vencimiento del 2 de agosto, por el presidente Barack Obama y la oposición republicana, prevé recortar los gastos, sin aumentar los impuestos.

Pero todo fue en vano. La agencia de calificación de riesgos Standard and Poor's decidió degradar la nota de la deuda estadounidense, que pasó de AAA a AA+. Aun cuando la decisión está basada en cifras fantásticas (al déficit presupuestario de diez años, la agencia agregó por error 2 billones de dólares), la decisión provocó un nuevo enloquecimiento de los mercados. Que tuvo como punto de mira –es para no entender nada– los principales bancos europeos, considerados sanos un mes antes...

Dogmas indestructibles

El peso de la financiarización es tal que una inversión de la tendencia parece imposible. Por un lado, la relación de fuerzas entre Estados y mercados es más que nunca desfavorable para los primeros; por otro, los dogmas establecidos después de tres décadas de desregulación financiera parecen indestructibles. Casi todas las intervenciones públicas tratan, en primer lugar, de tranquilizar a los mercados y proteger al sector financiero, el mismo que maltrata a los Estados y sus deudas. La falta de éxito de estas estrategias no impide su eterno recommienzo. Porque en vez de desaparecer para dar lugar a otras, más pertinentes, estas ideas, que hubieran debido ser puestas fuera de la posibilidad de dañar, no dejan de resurgir como los zombis en las películas de

horror, guiados por sus celadores, para perpetrar nuevos estragos (3).

Los que estaban al mando en 2008 siguen controlando el sistema, armados del mismo arsenal ideológico. Los gigantes de las finanzas, salvados porque eran “demasiado grandes para caer” (*“too big to fail”*) son ahora más gigantescos que nunca, y siempre frágiles. El economista Paul Krugman lo señala así: “Las lecciones de la crisis financiera de 2008 fueron olvidadas a una velocidad vertiginosa, y las mismas ideas que estuvieron en el origen de la crisis –toda regulación es nociva, lo que es bueno para los bancos es bueno para Estados Unidos, las rebajas de impuestos son la panacea– hoy dominan de nuevo el debate” (4).

En este sentido, el recorrido que hicieron los héroes de antes de la crisis es revelador. Alan Greenspan, Robert Rubin y Larry Summers, respectivamente presidente de la Reserva Federal, secretario y secretario adjunto del Tesoro en febrero de 1999, cuando el semanario *Time*, en una tapa que se hizo célebre, consagró al trío como “Comité para salvar al mundo”, se eclipsaron muy brevemente. El primero era republicano, los otros dos, demócratas; los tres simbolizaban la supremacía incontestable de la esfera financiera sobre el mundo político.

Poco después de su elección (en 1992) William Clinton eligió plegarse a los dictados del mercado de obligaciones. El boom sin precedentes que siguió parecía confirmar las virtudes de la financiarización, lo que incitó a ambos partidos a librar una puja desenfrenada sobre quién recogería más contribuciones electorales de parte de las grandes instituciones financieras, y a quién le harían más regalos. Fue bajo una administración demócrata cuando se aprobaron, en 1999 y 2000, las grandes reformas que abrieron la vía para la creación de los productos “tóxicos”, que fueron el origen del derrumbe financiero (5). La administración republicana de George W. Bush, más cercana todavía a Wall Street, se apuró a destruir los controles que quedaban, nombrando en puestos clave a “desreguladores” celosos. La obediencia de los gobiernos a las decisiones de las agencias de calificación de riesgos se operó en este marco (6).

Perversión del liberalismo

Después del pánico del otoño boreal de 2008, las elites financieras fueron sin duda señaladas con el dedo, pero su poder efectivo no resultó afectado por eso. En octubre de 2008, con aspecto agobiado, Greenspan, el héroe indiscutido del boom económico, declaró ante una Comisión del Senado que acababa de darse cuenta de que sus creencias económicas estaban basadas en un “error”. La contrición fue breve y sin consecuencias: dos años más tarde volvió a encontrarlas soberbias, y le hizo una guerra sin cuartel a la legislación “Dodd-Frank” que trataba –aunque muy tímidamente– de volver a traer un poco de orden al sistema (7). En cuanto a Rubin, mantuvo sus

estrechos y lucrativos vínculos con el *establishment* financiero, lo que no le impidió dar consejos económicos a sus compatriotas mediante *The Financial Times* (8). Summers, por su parte, nunca salió verdaderamente de la escena. En ocasión de la elección presidencial de 2008, fue uno de los principales consejeros del candidato Obama y, una vez que éste entró en funciones, presidió el Consejo Económico de la Casa Blanca. Desde su renuncia, a fines de 2010, volvió a su cátedra de profesor de Economía en Harvard. Incluso después del derrumbe financiero, explica el periodista Michael Hirsh, “el régimen anterior y las construcciones intelectuales –una mezcla de friedmanismo, greenspanismo y rubinismo– dominaron siempre, a falta de algo mejor” (9).

Así, a pesar de que en el mundo (como recientemente en Grecia, o en Estados Unidos en la industria automotriz) gobiernos y empresas rescindían sin ningún problema de conciencia el contrato social que los vinculaba a sus poblaciones o a sus trabajadores, Summers, entonces consejero de Obama, explicaba que las asombrosas bonificaciones de la compañía de seguros AIG (sacada a flote por el Estado) eran intocables: “Somos un país de leyes. Estos son contratos. El gobierno no está en condiciones de abrogar contratos” (10).

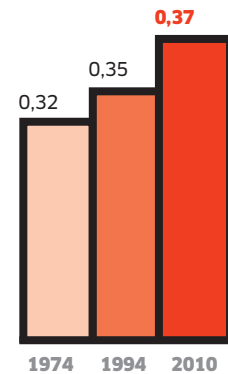
En una obra que explica “por qué el mercado fracasó”, John Cassidy, periodista económico del *New Yorker*, ve en esta ideología no la realización del liberalismo económico clásico, sino su perversión. Recuerda que “el concepto de mercados financieros racionales y autocorregibles es una invención de los cuarenta últimos años” (11). Si la profesión financiera trata de ubicarse en la línea de Adam Smith, un autor que tenemos tendencia a venerar sin haberlo leído, está violando alegremente los principios que Smith enunció en materia de regulación financiera.

Algunos años antes de la publicación de su célebre *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), el padre de la economía clásica había asistido al estallido de una burbuja financiera que destruyó a 27 de los 30 bancos de Edimburgo. Smith sabía desde entonces que, libradas sólo a las fuerzas del mercado, las finanzas hacían correr grandes peligros a la sociedad. Por más favorable que fuera al principio de “la mano invisible”, estipuló expresamente que la lógica de un mercado libre y competitivo no debía extenderse a la esfera financiera. Por eso la excepción bancaria al principio de la libertad de emprender y de comerciar, y la necesidad de un marco regulatorio estricto: “Estas regulaciones pueden parecer, en cierto sentido, una violación a la libertad natural de algunos individuos, pero esta libertad de algunos podría comprometer la seguridad de toda la sociedad. Como en el caso de la obligación de construir paredes para impedir la propagación de los incendios, los gobiernos, tanto en los países libres como en los despóticos, están obligados a regular el comercio de los servicios bancarios” (12).

Alan Greenspan, discípulo de la publicista y novelista ruso-estadounidense Ayn Rand (13), ya en 1963 rechazaba como un “mito colectivista” la idea según la cual, librados a sí mismos, los hombres de negocios venderían alimentos o medicamentos peligrosos, títulos fraudulentos o edificios de mala calidad. “Al contrario, es el interés de cada hombre de negocios tener una reputación de honestidad y no vender más que productos de calidad. [...] La intervención del Estado socava un sistema altamente moral. Porque bajo una pila de formularios para rellenar se halla siempre el temor a la fuerza.” En mayo de 2005, poco antes del final de su mandato en la Reserva Federal, no había cambiado de opinión: “La regulación prudencial está mucho mejor garantizada por el sector privado, a través de la evaluación y el control de las contrapartes, que por el Estado” (14). El razonamiento circular que se desprende es siempre exitoso: si el mercado no funciona correctamente, es porque no hay suficiente mercado.

Los discursos ardientes que se oyen actualmente contra los “excesos” de las finanzas ofrecen a los políticos un medio de alinearse fácilmente con la cólera de los ciudadanos, pero suenan como constataciones de impotencia. ■

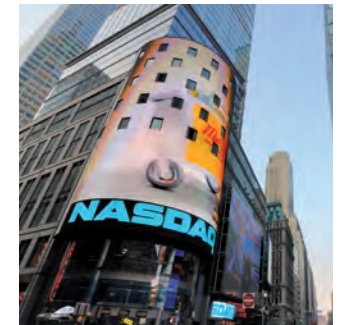
Desigualdad de ingresos (coeficiente de Gini)



1. Respectivamente *Newsweek*, Nueva York, 16-2-09; *Time*, 2-2-09; *The Washington Post*, National Weekly Edition, 27-10-08.
2. “A Year Later, Dodd-Frank Delays Are Piling Up” y “Wall Street Continues to Spend Big on Lobbying”, *The New York Times*, 22-7 y 1-8-11.
3. Véase Serge Halimi, “Cuatro años después...”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, mayo de 2011. Véase también John Quiggin, *Zombie Economics: How Dead Ideas Still Walk Among Us*, Princeton Economic Press, 2010.
4. Paul Krugman, “Corporate Cash Con”, *The New York Times*, 3-7-11.
5. En particular la abolición de la ley Glass-Steagall en 1999, que establecía barreras entre bancos comerciales y bancos de inversión, y la aprobación en 2000 del Commodity Futures Modernization Act, que les permitía a los productos derivados más arriesgados escapar a toda regulación.
6. Véase “Ces puissantes officines qui notent les Etats”, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 1997.
7. Alan Greenspan, “Dodd-Frank fails to meet test of our times”, *The Financial Times*, Londres, 30-3-11.
8. Robert Rubin, “America’s dangerous budget track”, *The Financial Times*, Londres, 29-7-11.
9. Michael Hirsh, *How Washington’s wise men turned America’s future over to Wall Street*, Wiley, Nueva York, 2010.
10. “Summers ‘outrage’ at AIG bonuses”, *The Financial Times*, Londres, 15-3-09.
11. John Cassidy, *How Markets Fail: The Logic of Economic Calamities*, Farrar, Straus y Giroux, Nueva York, 2010.
12. Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Libro 2, Capítulo 2, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
13. Véase en esta misma publicación: François Flahault, “Ayn Rand. El egoísmo es la virtud suprema”, págs. 70-75.
14. David Corn, “Alan shrugged”, *Mother Jones*, San Francisco, 24-10-08.

*Profesor asociado en la Fletcher School of Law and Diplomacy (Medford, Massachusetts). Autor de *Propaganda imperial y guerra financiera contra el terrorismo*, Agone-Le Monde diplomatique, Marsella-París, 2007.

Traducción: Lucía Vera



Punto com. La informática es la base del nuevo capitalismo.

© Sean Pavone / Shutterstock





Miedos y delirios de la derecha

La demagogia del Tea Party

por **Walter Benn Michaels***

Dos años de gestión timorata y de discursos conciliadores por parte del presidente demócrata Barack Obama, más una recuperación económica insuficiente, terminaron por desanimar a una parte del electorado, que esperaba un gobierno verdaderamente reformista. Y la poca audacia de la Casa Blanca fortalece a los movimientos de derecha extrema, como el Tea Party.

¿Cuál es el enemigo más peligroso de Estados Unidos? El verano boreal de 2010, esta pregunta suscitó una viva controversia entre dos *vedettes* de la derecha estadounidense. Bill O'Reilly, conductor de uno de los programas más vistos de Fox News, se atiene a la respuesta esperada: Al Qaeda. En tiempos de la administración Bush, el choque de civilizaciones estructuraba la visión del mundo de los conservadores estadounidenses. Cuando trataban un tema como el de la inmigración clandestina, lo hacían con el temor de que los seguidores de Ben Laden se infiltraran entre los botones de los hoteles de Chicago o entre los fraccionadores de carne de Iowa. Pero el colega y rival de O'Reilly en Fox News, Glenn Beck (1), defiende un punto de vista más insólito: no son los yihadistas los que “tratan de destruir nuestro país”, sino “los comunistas”. Para Beck, tanto como para los activistas de derecha del Tea Party al que es afín, el terrorismo representa una amenaza menos preocupante que el socialismo.

Ahora bien, la tesis del peligro rojo evoca más la Guerra Fría que los años post 11 S. Que sea un periodista perteneciente a la generación de los *baby-boomers* quien la haya puesto otra vez en circulación es sorprendente. Beck no había nacido todavía en 1953, cuando el secretario de Agricultura de Eisenhower, Ezra Taft Benson, comentando la promesa de Krushchev de fomentar el socialismo en Estados Unidos, aseguraba que un día (es decir hoy, según Beck, que cita frecuentemente este discurso) el país se despertaría bajo el yugo del Kremlin. El bloque soviético se

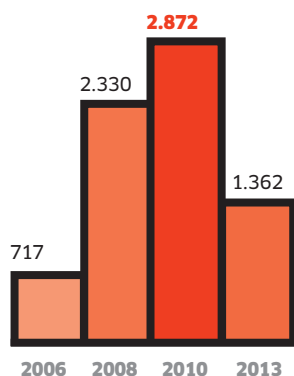
derrumbó, pero los adeptos del Tea Party no cesaron de querer desenmascarar a los topes comunistas infiltrados en el seno del Partido Demócrata. En la lista de los *best-sellers* de Amazon, el ensayo político más pedido, por cierto, es *Camino de servidumbre*, del economista austríaco ultraconservador Friedrich von Hayek. Hasta se puede oír a un famoso animador de radio, Rush Limbaugh, alertar contra los espías “comunistas” que “trabajan para Vladimir Putin” (2).

Una amenaza anacrónica

¿Por qué el comunismo? ¿Y por qué ahora? A diferencia de la islamofobia, que esgrime el pretexto de los miles de estadounidenses muertos por los yihadistas, el anticomunismo de hoy no descansa sobre ningún elemento factual. No solamente no había bolcheviques a bordo de los aviones que se estrellaron contra el World Trade Center sino que, además, no hay prácticamente ni un solo comunista en todo el territorio estadounidense (incluso en la ex URSS no son más que un puñado). En realidad, si existe un punto de convergencia entre Vladimir Putin y Barack Obama, es su entusiasmo compartido por lo que el Primer Ministro ruso ha llamado (¡en Davos!) “el espíritu de libre empresa”. Sin embargo, al modo del antisemitismo sin judíos, el anticomunismo sin comunistas juega hoy un papel político crucial dentro de la derecha, y especialmente dentro de lo que se podría llamar la derecha anti-neoliberal.

La propia trayectoria de Beck sugiere en parte el cómo y el porqué de este anacronismo. Sus pa-→

Propiedades con ejecuciones hipotecarias (en miles, 2006-2013)



Beneficios de la crisis

Desde el inicio de la crisis económica de 2008, la fortuna de los multimillonarios estadounidenses, que son en este momento unos 2.200, más que se duplicó. Pasó de 3,1 billones de dólares a 6,5 billones.

→ dres, afirman los biógrafos, se divorciaron a causa del estrés producido por la recesión de fines de los años setenta. Beck entra en la radio, donde saca provecho de la carrera por el índice de audiencia emprendida por las emisoras en el marco de la desregulación iniciada en 1982. Sus éxitos, como sus fracasos, coinciden con la fragmentación creciente de una industria audiovisual cada vez más sometida a las exigencias del mercado. Antes de lanzarse a sus primeras cruzadas políticas, Beck se hace conocer sobre todo por su sentido refinado del marketing (3). Para sus detractores, además, las opiniones conservadoras que él mantiene en la actualidad carecerían particularmente de sustancia, como si manifestaran menos una convicción profunda que un banal espíritu de lucro.

Pero si algo nos enseñaron las tres décadas pasadas, es que el marketing constituye una política en sí misma. Beck es un hijo dilecto del neoliberalismo, que llegó a la madurez con el derrumbe del comunismo y que, confrontado hoy con la Gran Recesión, crece haciendo revivir ese fantasma. Para él, como para millones de simpatizantes, no es al triunfo del capitalismo al que hay que imputar nuestros problemas actuales, sino al retorno del comunismo. Son, sin duda, “los inmigrantes y los socialistas” –no los sauditas en avión, sino los mexicanos a pie– los que precipitaron ese retorno. En la práctica se puede ver este razonamiento en las *Tea Parties*, durante las cuales los ánimos se caldean contra la “Obamacare” (la reforma de la cobertura de salud obtenida con dificultad por el presidente de Estados Unidos) y su pretendida “socialización” de la medicina, a la par que exigen el mantenimiento de Medicare, la protección médica de los jubilados garantizada por el Estado. “Tuve que explicarles educadamente que era el Estado el que los proveía de su cobertura médica –afirma el senador republicano Inglis–. Pero no querían saber nada” (4).

Este engeñucamiento se explica fácilmente: por un lado, los adeptos de las *Tea Parties* constatan que Medicare y la *social security* (el sistema público de jubilación) están en peligro; por el otro, no ven que la privatización en aumento y la ausencia de recursos condujeron a estos organismos al borde de la quiebra. Lo que ellos quieren, en otras palabras, es que se los proteja a la vez del neoliberalismo (no perder Medicare) y del socialismo (suprimir Obamacare). Por supuesto que no hay un gramo de comunismo en la cobertura médica dispuesta por la administración Obama, y menos todavía en la legislación sobre la inmigración. De hecho, los economistas de la Escuela de Chicago –en contra de los militantes del Tea Party que a menudo les cantan loas– asimilan las fronteras abiertas al libre intercambio. Y consideran que no es la inmigración sino el “control de la inmigración” lo que se asemeja a una “forma de planificación socialista”. Los liberales hacen valer además que, desde un punto de vista estrictamente económico, la inmigración ilegal es tanto menos sospechosa de comunismo cuanto que “responde a las fuerzas del mercado

de una manera más satisfactoria que la inmigración legal” y “beneficia a la vez a los trabajadores sin papeles que desean trabajar en Estados Unidos y a los empleadores que buscan una mano de obra flexible y barata” (5).

En ese sentido, cuando Beck celebra uno de los eslóganes favoritos del Tea Party –“Sí a la inmigración, no a la inmigración ilegal”–, se opone más al neoliberalismo más puro que al comunismo. En suma, lo que el Tea Party considera la mayor amenaza que acecha al capitalismo no es otra cosa que... el capitalismo. Nadie por supuesto concibe la idea de sostener la inmigración ilegal. Tal reivindicación sería por otra parte contradictoria; la coherencia en la materia consistiría más bien en reclamar la apertura legal de las fronteras. Pero una posición absurda en su principio puede, perfectamente, cobrar sentido en política. Es así que tanto la administración de George W. Bush como la de Barack Obama llevaron una política de inmigración tendiente a proveer a los empleadores de una mano de obra barata, condenando al mismo tiempo a esta mano de obra a la ilegalidad –lo que a su vez condiciona su bajo costo–. La concentración masiva de riquezas en manos de los más afortunados no es ajena a la manera estadounidense de administrar la inmigración ilegal: hablar como un guardia fronterizo y actuar como una oficina de contratación. Allí donde el cierre de fronteras limitaba la profundización de las desigualdades, la nueva movilidad del capital y del trabajo acarreó el efecto inverso. Asalariados cada vez más nómades, capitales cada vez más viajeros y una desregulación que acelera su movimiento caracterizan a este neoliberalismo que, para retomar la fórmula de David Harvey (6), erigió la “desigualdad social creciente” en “piedra angular” de su “proyecto”.

Creciente brecha entre ricos y pobres

No resulta muy sorprendente que las reacciones ansiosas se multipliquen en Estados Unidos, por lo menos entre las categorías de trabajadores cuyo acceso a las riquezas nacionales no cesa de declinar. Al principio de la Administración Reagan, las clases pobres y medias que componen el 80% de la población cobraban el 48% del ingreso nacional; en la actualidad no perciben más que el 39%. La indignación que exhiben Glenn Beck y el Tea Party no deja de ser una curiosidad. Pertenecen a menudo a la categoría del 20% de estadounidenses más acomodados, para quienes el neoliberalismo no fue un mal negocio (7).

Ahora bien, la inmigración ilegal constituye uno de los resortes de su prosperidad. Estamos habituados a la idea de que los pobres se peleen entre ellos, en cambio, no solemos ver protestar a los ricos (¡y en la calle!) contra los políticos a los que les deben su prosperidad. Un fenómeno así sólo es incongruente en apariencia. Por cierto, la porción de la riqueza nacional atribuible al 20% más acomodado no dejó de crecer durante estas tres últimas décadas, lo que consti-

tuye más bien una buena noticia para una fuerza política que santifica las desigualdades en nombre de la recompensa de la competencia y del rechazo del socialismo rampante. La mala, sin embargo, es que este aumento benefició sobre todo a la franja más alta. En 1982, el 1% de los estadounidenses más ricos acaparaba el 12,8% de las riquezas nacionales: en 2006, absorbía el 21,3%, o sea casi el doble. En el mismo tiempo, la parte de la torta reservada al 20% más rico no pasó “más que” del 39,1% al 40,1%.

Cuando el Tea Party considera la inmigración como una amenaza, no está del todo errado: sus simpatizantes constatan confusamente que las desigualdades estructurales que fundan su modo de vida han alcanzado un nivel situado más allá de sus intereses. El capitalismo que los convirtió en ganadores ahora amenaza con hacerlos perdedores. Esta situación originó un simulacro de anti-elitismo aun más desconcertante que aquel al que la política estadounidense nos había acostumbrado. Por regla general, los millonarios del Partido Republicano, calzando botas de cowboy, atacando el aborto y hablando de Jesús sin parar (8), se las arreglan para parecer más cerca del pueblo que los millonarios del Partido Demócrata. Pero este año, como lo mostraron las primarias que tuvieron lugar en Nueva York, en Delaware y en Alaska, no bastó con Jesús. Así, no fue solamente gracias a la intensidad de su fe cristiana que la candidata del Tea Party, Christine O'Donnell, se colocó por encima de su rival republicano en el estado de Delaware, aun cuando gozaba efectivamente de algunas ventajas en la materia (O'Donnell fue directora de la Alianza del Salvador para el Advenimiento del Verdadero Ministerio, una secta evangélica que preconiza la abstinencia sexual y combate la masturbación). Lo que le permitió ganar es su discurso apasionado contra la “clase dirigente”. “Las elites no nos comprenden, nos toman por locos. ¡Pero nosotros somos el pueblo!”, proclamó ella recientemente en un mitín, bajo un diluvio de aplausos. Después, tras atacar a los ricos republicanos, la emprendió contra los demócratas ricos; ella misma se comparó con el ex candidato presidencial John Kerry, acusado de haber querido escamotear los impuestos adeudados por su flamante yate de 7 millones de dólares: “Nunca tuve un empleo tan bien pagado ni vehículo por cargo. Jamás me pregunté dónde esconder mi yate para escapar al fisco. Y estoy segura de que la mayoría de ustedes tampoco”.

En verdad, el hecho de que Christine O'Donnell atraiga la atención de los electores burlándose de los políticos adinerados no significa en absoluto que, en su lugar (en la improbable hipótesis de que fuera elegida), ella lo haría mejor. El Tea Party ya es financiado por millonarios como David Koch, cuya más reciente contribución a los intereses de “Nosotros, el pueblo” consistió en despedir a 118 asalariados en Carolina del Norte. Sin embargo, aunque se pueden considerar descabelladas sus declaraciones anti-ri-



© Brooks Kraft/Corbis/Latinstock

Ultraderecha. Un partidario del Tea Party ante el Lincoln Memorial, en Washington.

cos y uno no comparta su aversión hacia la inmigración, esto no impide que el resentimiento sobre el cual se desarrolla el Tea Party sea más interesante políticamente que el latiguillo de los aparatos republicano y demócrata. La Oficina Federal de Censos acaba de anunciar que 44 millones de estadounidenses viven bajo el umbral de la pobreza, mientras que el 1% posee la mitad de las riquezas producidas por el país. Un partido que discutiera sus privilegios a los ricos sin por ello culpar a los pobres por su pobreza abriría una nueva página en la historia política de Estados Unidos. ■

China, al frente

En 2013 China desplazó a Estados Unidos del primer puesto en el comercio internacional (suma de exportaciones más importaciones), al alcanzar una cifra de 4,16 billones de dólares.

1. El veterano O'Reilly reunió tres millones de espectadores; el novato Beck, dos millones.
2. <http://mediamatters.org/mmtv/201007080038>
3. Glenn Beck edita una revista, vende productos con su imagen, recomienda libros. Puso en marcha una “universidad” que enseña sus ideas y participa en reuniones públicas pagas (el precio de la entrada alcanzaba los 147 dólares en julio de 2009). En Fox News, su salario anual, que no representa más que una parte modesta de sus ganancias, es de 2,5 millones de dólares (fuente: *The New York Times Magazine*, Nueva York, 29-9-10).
4. www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/story/2009/07/27
5. Richard N. Haass, presidente del Consejo en Relaciones Internacionales (Council on Foreign Relations), prefacio de *The Economic Logic of Illegal Immigration*, de Gordon H. Hanson Council on Foreign Relations Press, Nueva York, 2007.
6. David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007.
7. Solamente el 35% de los miembros del Tea Party declara cobrar una ganancia anual inferior al nivel medio de 50.000 dólares. El 20% afirma ganar más de 100.000 dólares por año.
8. Véase Tom Frank, “Aquellos estadounidenses que votarán por George W. Bush”, y Serge Halimi, “El pueblo humilde que vota a Bush”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, febrero de 2004 y octubre de 2004, respectivamente.

*Profesor de Literatura en la Universidad de Illinois en Chicago. Autor de *La diversité contre l'égalité*, Raisons d'agir, París, 2009.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola



¿Solución energética o nefasta quimera?

La nueva fiebre del esquisto

por Nafeez Mosaddegh Ahmed*

De creer en los grandes titulares de la prensa estadounidense que predicen un boom económico gracias a la “revolución” del gas y del petróleo de esquisto, en poco tiempo el país se va a estar bañando en oro negro. El esquisto es un tipo de rocas cuyo interior contiene gas, que sólo puede ser extraído mediante un costoso y peligroso procedimiento, el *fracking*, la fracturación hidráulica de la piedra.

El informe 2012 “Perspectivas energéticas mundiales” de la Agencia Internacional de la Energía (AIE) anuncia que para el año 2017 Estados Unidos le va a arrebatarse a Arabia Saudita el puesto de primer productor mundial de petróleo y va a acceder a una “cuasi autosuficiencia” en materia energética. Según la AIE, el alza programada de la producción de hidrocarburos, que pasaría de 84 millones de barriles/día en 2011 a 97 millones en 2035, provendría “completamente de gases naturales líquidos y de recursos no convencionales” –esencialmente gas y aceite de esquisto–, mientras que la producción convencional empezaría a caer a partir de... 2013.

Extraídos mediante fracturación hidráulica (inyección a presión de una mezcla de agua, arena y detergentes destinados a fisurar la piedra para expulsar el gas), gracias a la técnica de perforación horizontal (que permite hacer los pozos en la capa geológica deseada), estos recursos no se obtienen sino al precio de una contaminación masiva del medioambiente. Pero su explotación en Estados Unidos acarrió la creación de varios cientos de miles de puestos de trabajo y ofrece la ventaja de una energía abundante y barata. Según el informe 2013 “Las perspectivas energéticas: una mirada hacia 2040”, publicado por el grupo ExxonMobil, los estadounidenses llegarían a ser exportadores netos de hidrocarburos a partir de 2025 gracias a los gases de esquisto, en un contexto de fuerte crecimiento de la demanda gasífera mundial.

¿Y si la “revolución de los gases de esquisto”, lejos de fortalecer una economía mundial convaleciente, inflase una burbuja especulativa a punto de estallar? La fragilidad del repunte y las experiencias recientes deberían incitar a la prudencia frente a tales entusiasmos. La clase política sacó pocas enseñanzas de la crisis de 2008; acá la tenemos a punto de repetir los mismos errores en el sector de las energías fósiles.

Voces de alarma

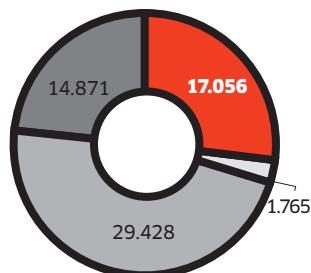
En junio de 2011, una investigación de *The New York Times* ya revelaba algunas fisuras en la construcción mediático-industrial del “boom” de los gases de esquisto, divulgando los reparos expresados por diversos observadores –geólogos, abogados, analistas de mercados– en cuanto a los efectos del anuncio de las compañías petroleras, sospechadas de “sobrestimar deliberadamente, e incluso ilegalmente, el rendimiento de sus explotaciones y el volumen de sus yacimientos” (1). “La extracción de gas de los esquistos del subsuelo –decía el diario– podría revelarse menos fácil y más costosa que lo que pretenden las empresas, como lo indican centenares de correos electrónicos y documentos intercambiados por los industriales sobre este tema, así como los análisis de datos recabados en varios miles de perforaciones”.

Principios de 2012: dos consultores estadounidenses aprietan el botón de alarma en la *Petroleum Review*, la principal revista de la industria petrolera británica. Preguntándose por “la fiabilidad y la ➔

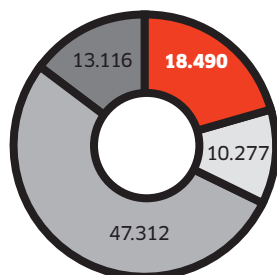
Consumo total de petróleo

(miles de barriles diarios)

1980



2012



Estados Unidos
China
Resto del mundo
Unión Europea

Gracias al esquisto

Según su Departamento de Energía, Estados Unidos alcanzó en 2013 el rango de primer productor mundial de petróleo y gas natural, y en 2025 podría convertirse en exportador neto de ambos combustibles, dejando atrás a los países de Medio Oriente.

37 millones de dólares diarios

Es lo que ganó el magnate Warren Buffett, de 83 años, durante 2013 con sus inversiones en multitud de empresas.



Renacimiento. Una planta petroquímica. El esquisto ha inaugurado una nueva era de la producción petrolífera.

→ durabilidad de los yacimientos de gas de esquisto estadounidenses”, informan que las previsiones de los industriales coinciden con las nuevas reglas de la Comisión de Seguridad e Intercambio (SEC), el organismo federal de control de los mercados financieros. Adoptadas en 2009, estas reglas autorizan en efecto a las empresas a calcular el volumen de sus reservas como les parezca, sin verificación de una autoridad independiente (2).

Para los industriales, la sobrestimación de los yacimientos de gas de esquisto permite dejar en segundo plano los riesgos relacionados con su explotación. La fracturación hidráulica tiene no sólo efectos deletéreos en el medioambiente: plantea también un problema económico, ya que genera una producción con una vida útil muy corta. En la revista *Nature*, un ex asesor científico del gobierno británico, David King, destaca que el rendimiento de un pozo de gas de esquisto cae entre 60 y 90% al cabo de su primer año de explotación (3).

Una caída tan brutal vuelve evidentemente ilusorio todo objetivo de rentabilidad. A partir del momento en que una perforación se agota, los operadores tienen que cavar otras a toda velocidad para mantener su nivel de producción y rembolsar sus deudas. Cuando la coyuntura se presta, semejante huida hacia adelante puede ilusionar durante algunos años. Es así como, combinada con una pobre actividad económica, la producción de los pozos de gas de esquisto –ineficaz en el tiempo, pero fulgurante a corto plazo– provocó una baja espectacular de los precios del gas natural en Estados Unidos, que cayeron de 7 u 8 dólares por millón de BTU (British Thermal Unit) a menos de 3 dólares en 2012.

Loca huida hacia adelante

Los especialistas en colocaciones financieras no son ingenuos. “La economía de la fracturación es una economía destructiva –advierte el periodista Wolf Richter en el *Business Insider* (4)–. La extracción devora el capital a una velocidad sorprendente, dejando a los explotadores sobre una montaña de deudas mientras la producción cae en picada. Para evitar que esta caída no arrastre a las ganancias, las empresas tienen que bombear más y más, compensando los pozos agotados con otros que lo estarán al poco tiempo. Lamentablemente, tarde o temprano, un esquema semejante se choca contra una pared, la pared de la realidad.”

Un geólogo que trabajó primero para Amoco y después para British Petroleum, Arthur Berman, confiesa que está sorprendido por el ritmo “increíblemente alto” al que se agotan los yacimientos. Evocando el emplazamiento de Eagle Ford, en Texas –“la madre de todos los terrenos de aceite de esquisto”–, señala que “la caída anual de la producción sobrepasa el 42%”. Para asegurarse los resultados estables, los explotadores tienen que perforar “casi mil pozos nuevos por año en el mismo emplazamiento. Es decir, un gasto de 10.000 a 12.000 millones de dólares por año... Si sumamos todo eso, llegamos a la cifra de las sumas invertidas en el salvataje de la industria bancaria en 2008. ¿De dónde van a sacar todo ese dinero?” (5)

La burbuja del gas ya tuvo sus primeros efectos en algunas de las más poderosas empresas petroleras del planeta. En junio pasado, el presidente-director general de Exxon, Rex Tillerson, se quejaba de que la caída del precio del gas natural en Estados Unidos era por supuesto una oportunidad para los consumidores, pero una maldición para su sociedad, víctima de una reducción drástica de sus ganancias. Mientras que, ante sus accionistas, Exxon decía no haber perdido ni un solo centavo por el tema del gas, Tillerson sostuvo un discurso casi lacrimoso ante el Council on Foreign Relations (CFR), uno de los *think tanks* más influyentes del país: “Todos estamos dejando la camisa. Ya no se gana dinero. Está todo en rojo” (6).

Más o menos en el mismo momento, la empresa gasífera británica BG Group se veía arrastrada a una “depreciación de sus activos en el gas natural estadounidense que asciende a 1.300 millones de dólares”, sinónimo de “baja sensible de sus beneficios intermedios” (7). El 1 de noviembre de 2012, después de que la compañía petrolera Royal Dutch Shell acusara tres trimestres consecutivos de resultados mediocres, con una baja acumulada de 24% en un año, el servicio de información del Dow Jones anunció esta funesta noticia alarmándose por el “perjuicio” causado por el entusiasmo por el gas de esquisto en el conjunto del sector bursátil.

Chesapeake Energy, pionera en la carrera por el gas de esquisto, tampoco se salva de la burbuja. Aplastada bajo el peso de sus deudas, la empresa es-

tadounidense tuvo que poner en venta parte de sus activos –campos gasíferos y oleoductos por un total de 6.900 millones de dólares– para poder liquidar los vencimientos con sus acreedores. “La empresa repliega un poco más sus velas, a pesar de que su máximo directivo había sido uno de los líderes de la revolución de los gases de esquisto”, deplora *The Washington Post* (8).

Falsas ilusiones

¿Cómo pudieron caer tan bajo los héroes de esta “revolución”? El analista John Dizard observaba en *The Financial Times* del 6 de mayo de 2012 que los productores de gas de esquisto habían gastado sumas “dos, tres, cuatro, incluso cinco veces superiores a sus propios fondos, con el objetivo de adquirir tierras, perforar pozos y concretar sus planes”. Para financiar la fiebre del oro, hubo que pedir prestadas sumas astronómicas “con condiciones complejas y exigentes”, sin que Wall Street transgrediera sus habituales reglas de conducta. Según Dizard, la burbuja del gas debería sin embargo seguir creciendo, a causa de la dependencia de Estados Unidos de este recurso económicamente explosivo. “Habida cuenta del rendimiento efímero de los pozos de gas de esquisto, se tiene que seguir perforando. Los precios van a terminar ajustándose a un nivel elevado, e incluso muy elevado, para cubrir no sólo las deudas anteriores sino también costos de producción realistas”.

Lo que no excluye que varias grandes empresas petroleras se tengan que enfrentar simultáneamente a una misma debacle financiera. Si esta hipótesis se confirmara, dice Berman, “nos encontraríamos frente a dos o tres resonantes quiebras u operaciones de recompra, en virtud de las cuales cada uno agarraría sus cosas y los capitales se evaporarían. Ese sería el peor de los escenarios”.

En otras palabras, el argumento según el cual los gases de esquisto protegerían a Estados Unidos o a la humanidad entera contra el “pico petrolero” –nivel a partir del cual la combinación de impedimentos geológicos y económicos va a volver la extracción de bruto insoportablemente difícil y onerosa– tendría su origen en un cuento de hadas. Varios informes científicos independientes que aparecieron recientemente confirman que la “revolución” gasífera no va a demorar los plazos en este terreno.

En un estudio publicado por la revista *Energy Policy*, el equipo de King llega a la conclusión de que la industria petrolera sobrestimó en un tercio las reservas mundiales de energías fósiles. Los yacimientos disponibles no excederían los 850.000 millones de barriles, mientras que las estimaciones oficiales hablan de algo así como 1.300.000 millones. Según los autores, “si bien todavía hay inmensas cantidades de recursos fósiles en las profundidades de la tierra, el volumen de petróleo explotable a las tarifas que la economía mundial está acostumbrada a soportar es limitado y está destinado a declinar a corto plazo” (9).

A pesar de los tesoros de gas arrebatados a los subsuelos por fracturación hidráulica, las reservas existentes disminuyen a un ritmo que se estima entre 4,5 y 6,7% anual. King y sus colegas rechazan categóricamente, pues, la idea según la cual el *boom* de los gases de esquisto podría resolver la crisis energética. Por su parte, el analista financiero Gail Tverberg recuerda que la producción mundial de energías fósiles convencionales dejó de progresar en 2005. Este estancamiento, en el que el analista percibe una de las mayores causas de las crisis de 2008 y 2009, estaría anunciando una caída capaz de agravar todavía más la recesión actual, con o sin gas de esquisto (10). Y eso no es todo: en una investigación publicada en la estela del informe de la AIE, la New Economics Foundation (NEW) pronostica la emergencia del pico petrolero para 2014 o 2015, cuando los costos de extracción y abastecimiento “sobrepasen el costo que las economías mundiales pueden asumir sin dañar irreparablemente sus actividades” (11).

Tapados por la retórica publicitaria de los lobistas de la energía, estos reportes no llamaron la atención ni de los medios de comunicación, ni de los medios políticos. Es lamentable, porque la conclusión a la que llegan es fácil de entender: lejos de restaurar una determinada prosperidad, los gases de esquisto inflan una burbuja artificial que camufla temporalmente una profunda inestabilidad estructural. Cuando la burbuja estalle, va a ocasionar una crisis de abastecimiento y se van a disparar los precios, amenazando con afectar dolorosamente a la economía mundial. ■

1. “Insiders Sound an Alarm Amid a Natural Gas Rush”, *The New York Times*, 25-6-2011.
2. Ruud Weijermars y Crispian McCredie, “Inflating US Shale Gas Reserves”, *Petroleum Review*, Londres, enero de 2012.
3. David King y James Murray, “Climate Policy: Oil’s Tipping Point Has Passed”, *Nature*, Londres, N° 481, 26-1-2012.
4. Wolf Richter, “Dirt Cheap Natural Gas Is Tearing Up the Very Industry That’s Producing It”, *Business Insider*, Portland, 5-6-2012.
5. “Shale Gas Will Be the Next Bubble to Pop. An Interview with Arthur Berman”, 12-11-2012, www.oilprice.com
6. “Exxon: ‘Losing Our Shirts’ on Natural Gas”, *The Wall Street Journal*, Nueva York, 27-6-2012.
7. “US Shale Gas Glut Cuts BG Group Profits”, *The Financial Times*, Londres, 26-7-2012.
8. “Debt-plagued Chesapeake Energy to Sell \$6,9 Billion Worth of its Holdings”, *The Washington Post*, 13-9-2012.
9. Nick A. Owen, Oliver R. Inderwildi y David A. King, “The Status of Conventional World Oil Reserves – Hype or Cause for Concern?”, *Energy Policy*, Guildford, Vol. 38, N° 8, agosto de 2010.
10. Gail E. Tverberg, “Oil Supply Limits and the Continuing Financial Crisis”, *Energy*, Stamford, Vol. 35, N° 1, enero de 2012.
11. “The Economics of Oil Dependence: A Glass Ceiling to Recovery”, New Economics Foundation, Londres, 2012.

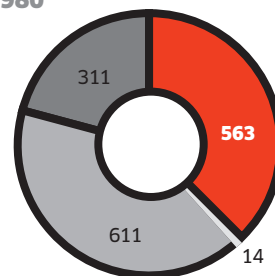
*Político, director del Institute for Policy Research and Development de Brighton, Reino Unido.

Traducción: Aldo Giacometti

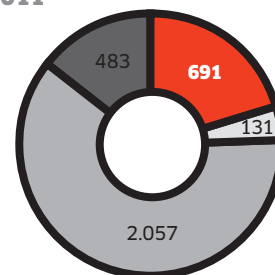
Consumo de gas natural

(miles de millones de metros cúbicos)

1980



2011



■ Estados Unidos
■ China
■ Resto del mundo
■ Unión Europea



Daños. El *fracking* conlleva grandes peligros ecológicos.

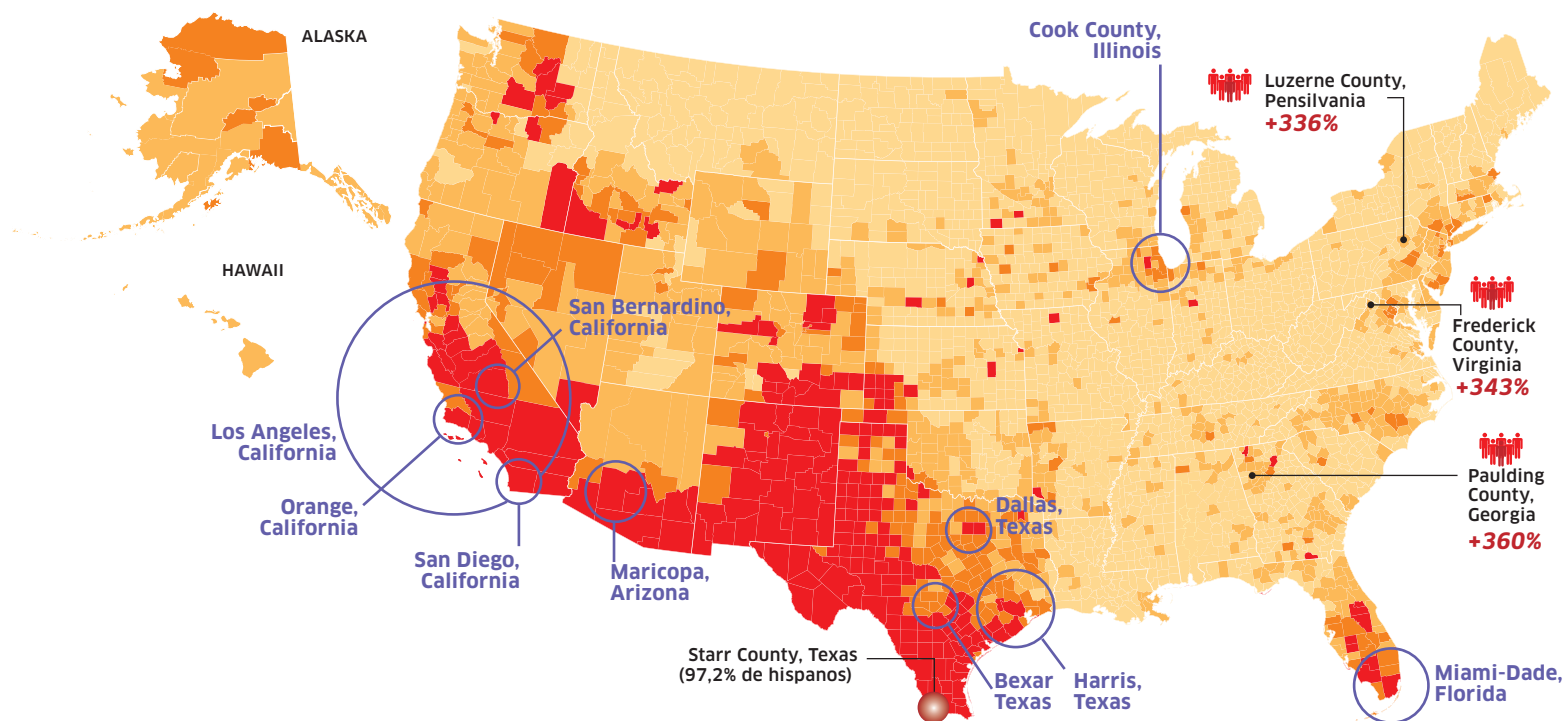
© Calin Tatu / Shutterstock

Un país con enorme diversidad social y étnica

Avance notable de los hispanos y la pobreza

La composición étnica de la población de Estados Unidos experimenta grandes cambios. Un ejemplo: desde marzo de 2014 California tiene más habitantes de origen hispano (39%) que blancos no latinos (38,8%). Y también aumentan los pobres.

Distribución de la población latina



Porcentaje de población hispana por condado (año 2009)

más de 25% entre 15 y 25% entre 5 y 15% menos de 5%



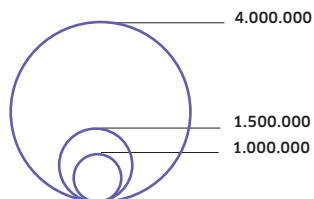
Mayor porcentaje de concentración de hispanos



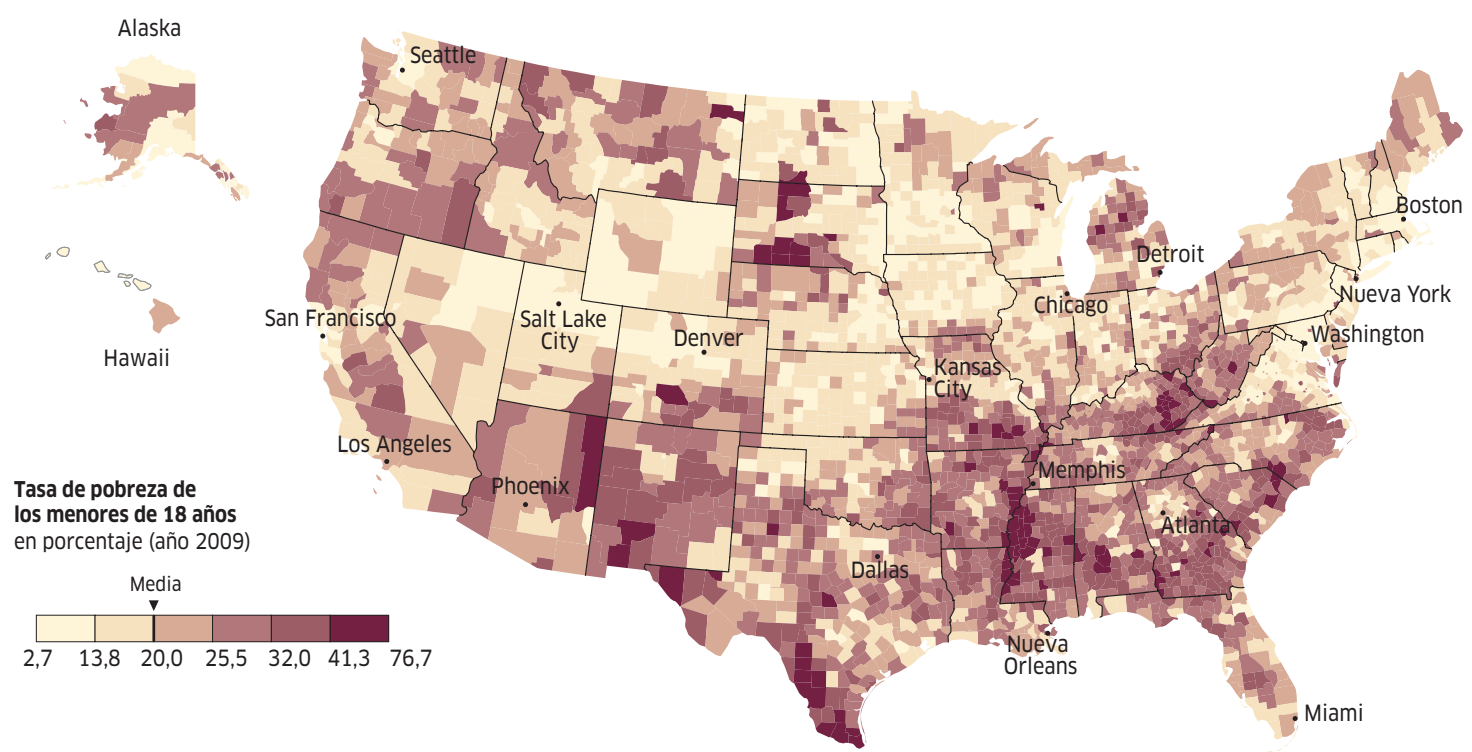
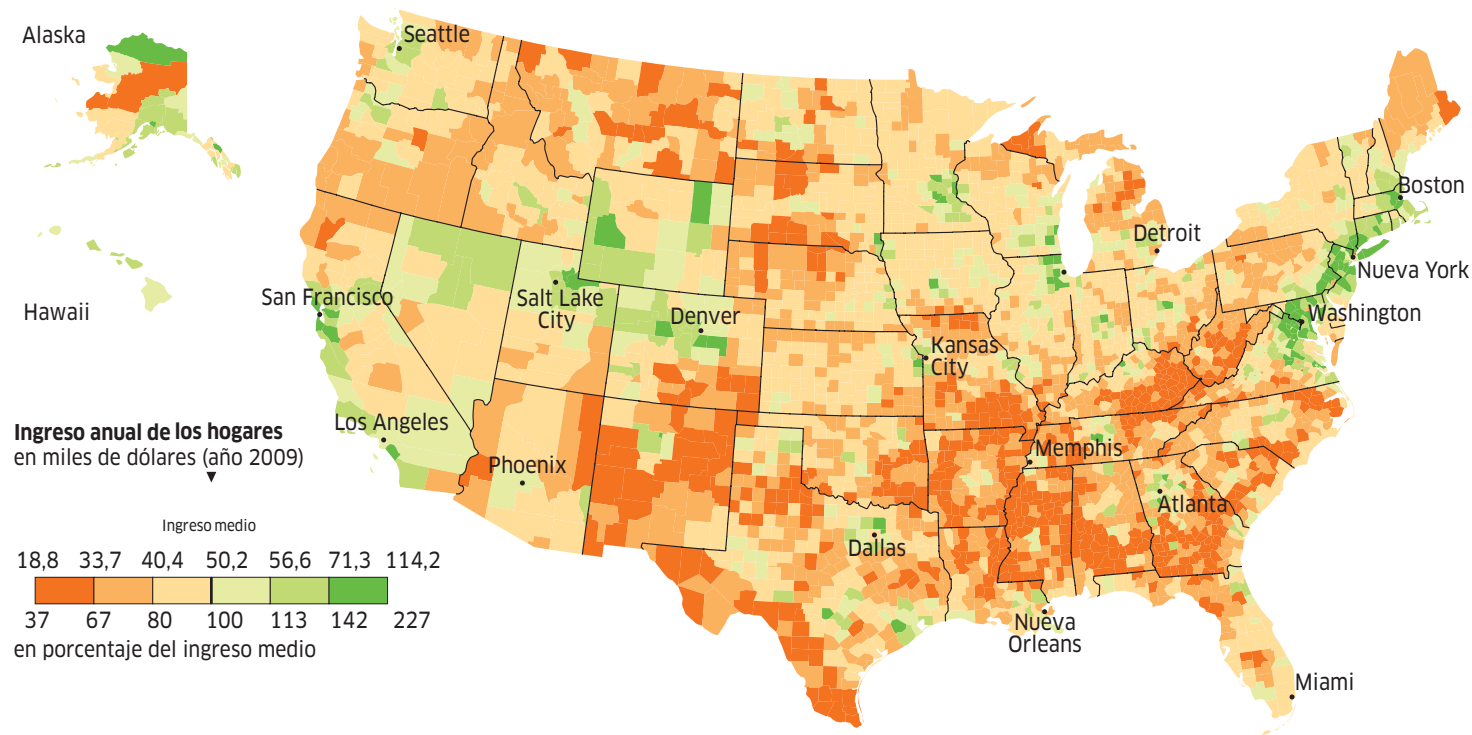
Las tres mayores tasas de crecimiento (entre 2000 y 2009)

+343%

Las diez ciudades hispanas más grandes



Condiciones de vida de los hogares y los niños



Fuente: US Census Bureau, programa "Small area income and poverty estimates" (SAIPE).



3

ESTADOS UNIDOS HACIA AFUERA

CÓMO MANTENER LA HEGEMONÍA

La supremacía mundial de Estados Unidos se enfrenta a nuevos y complejos problemas. Su potencia militar sigue siendo inigualable e insumiendo exorbitantes cantidades de dinero, pero las guerras de Irak y Afganistán no alcanzaron los resultados previstos. Nuevos actores internacionales han surgido, China en primer lugar, y ante ellos Washington diseña una nueva estrategia. El mapa geopolítico actual no es el que muchos imaginaron tras la implosión de la Unión Soviética, que prometía colocar en lo más alto el poder norteamericano.



Richard Baker/In Pictures/Corbis/Latinstock



Se multiplican las bases en el exterior

El militarismo estadounidense

por William Pfaff*

El secretario de Defensa estadounidense, Robert Gates, anunció el 6 de enero de 2011 que la “oscura situación financiera de la nación” repercutirá sobre los efectivos y el equipamiento del ejército. No obstante, con 553 mil millones de dólares previstos para 2012, el presupuesto militar seguirá aumentando, lo que lleva implícito el paralelo incremento de las tensiones internacionales.

El principio que consiste en desplegar bases militares por todo el planeta se topa con objeciones a la vez políticas y prácticas. Este sistema incrementa la hostilidad de numerosas poblaciones hacia Estados Unidos, alimenta guerras inútiles y pérdidas de antemano en Afganistán e Irak, y podría, en un futuro cercano, facilitar otras incursiones estadounidenses en Pakistán, Yemen, el Cuerno de África y el Magreb. Osama Ben Laden justificó los atentados del 11 de Septiembre en nombre de la “blasfemia” que constituye a los ojos de algunos musulmanes la presencia de bases estadounidenses en el territorio sagrado de Arabia Saudita. Claramente, estas bases agravan la inseguridad en vez de hacer que disminuya.

Una imagen poderosa

Desde luego, el despliegue actual de las fuerzas estadounidenses no es fruto de la inconsciencia, pero tampoco es el resultado de un esquema estratégico pensado con detenimiento. La responsabilidad incumbe primero a una burocracia mal controlada. A fines de la Segunda Guerra Mundial, la opinión pública estadounidense exigía la rápida repatriación de los contingentes establecidos en el extranjero y el desmantelamiento de un ejército cuyo número de efectivos correspondía a un período de guerra. Este proceso se vio interrumpido por las incipientes tensiones de lo que se convertiría en la Guerra Fría.

Poco más de una década más tarde, la intervención en Vietnam se tradujo en la expansión de las ba-

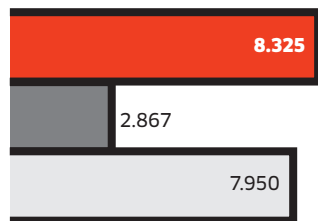
ses militares en el Sudeste Asiático, pero, tras su fracaso, las tropas estadounidenses abandonaron esa parte del mundo para concentrarse en lo que consideraban entonces su misión principal: garantizar la seguridad de Europa ante una eventual invasión soviética. Una nueva doctrina militar se planteó entonces: una Blitzkrieg basada en medios militares aplastantes, objetivos precisos y una rápida retirada que supuestamente aseguraría el apoyo popular que faltó en Vietnam. El ejército estadounidense se opuso a la idea de un despliegue en la ex Yugoslavia hasta que la incapacidad de Europa para reaccionar ante las atrocidades cometidas en Bosnia y Kosovo lo obligara a ponerse a la cabeza de una intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Tal como lo muestra Dana Priest en su libro *The Mission* (1), la multiplicación de bases estadounidenses en el extranjero que comenzó en esa época se desarrolló prácticamente a espaldas de la prensa y la población. Refleja la creciente influencia ejercida sobre la Casa Blanca por un ejército con un presupuesto colosal, en detrimento de la diplomacia y la CIA, menos favorecidas y desprovistas de ideas para hacer frente a las crisis internacionales. Los militares presentan la ventaja de ofrecer soluciones simples y rápidas, cuya implementación no requiere de largos conciliábulos. Transmiten por añadidura la imagen –útil, tanto en el interior como en el exterior– de un Estados Unidos poderoso y bien plantado en su liderazgo.

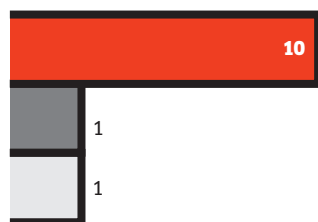
El sistema inaugurado por el ejército estadounidense de comandos regionales diseminados a →

Fuerza militar (año 2012)

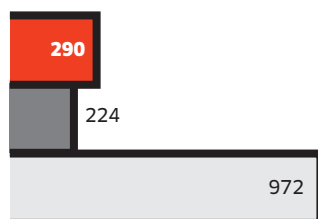
Tanques



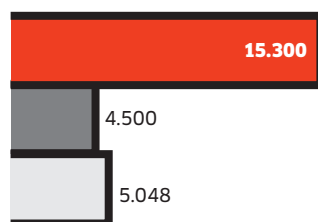
Portaaviones



Barcos



Aviones



■ Estados Unidos
■ Rusia
■ China

→ través del mundo, dotados cada uno de un comandante, una organización autónoma y medios operativos considerables permitió a las Fuerzas Armadas desempeñar un papel cada vez más influyente en la dirección de la política exterior estadounidense. La influencia de estos comandantes en jefe regionales (“CinCs”), que disponen de medios considerables y tratan directamente con las autoridades políticas y militares de los países agrupados en su zona de comando, superó rápidamente a la de los embajadores.

Con la llegada al poder de George W. Bush, el nuevo secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, quiso restablecer el “control civil de los militares” y poner en vereda a la burocracia del Pentágono, que consideraba demasiado pesada e ineficaz. La invasión estadounidense a Afganistán en 2001 le daría la ocasión de concretar la idea que se hacía de las guerras del futuro: envío de unidades especiales sobreequipadas con alta tecnología, ataques aéreos y búsqueda de apoyos locales, encarnados en este caso por la Alianza del Norte, dirigida –hasta su muerte– por el comandante Ahmed Shah Masud.

Bajo la batuta del secretario de Defensa, los militares ganaron mayor poder. Inspirada en la doctrina “conmoción y espanto”, la operación militar de 2003 en Irak permitió al Pentágono tener bajo su control la administración del país, lo que trajo como consecuencia –imprevista en esa época– precipitarla al caos. Hubo que esperar hasta marzo de 2010 para que la estrategia de contrainsurgencia del general David Petraeus, sumada a la distribución de subsidios a las tribus “aliadas” –en su mayoría sunnitas– condujera a la celebración de elecciones legislativas. Sin embargo, los iraquíes no recuperaron la estabilidad, lejos de ello. El programa del general Petraeus se aplica actualmente en Afganistán, con el moderado éxito que se conoce.

Postulados erróneos

La multiplicación de bases en el extranjero apunta a defender los intereses de Estados Unidos en el mundo y facilitar sus futuras intervenciones militares. Refleja la ideología de la “promoción de la democracia” que domina la política exterior estadounidense desde las presidencias de Woodrow Wilson [de 1913 a 1921]. Este sistema resultó en los hechos una poderosa incitación a que las tropas norteamericanas combatieran lejos de sus fronteras.

En 1993, Samuel Huntington llamaba la atención afirmando en la revista *Foreign Affairs* que la “próxima guerra mundial” tendría la forma no de un enfrentamiento entre Estados sino de un “choque de civilizaciones” (2). Para demostrar su teoría, se valió del escenario de una guerra entre Occidente y los países musulmanes por el control del mundo. Conjeturaba además que China –la “civilización de Confucio”– se pondría del lado del bloque árabe-musulmán.

La profecía resultó falsa, tan falsa como la teoría enarbolada en 2001 por Bush según la cual el islamis-

mo se explicaría por el odio de los musulmanes a las libertades occidentales. De hecho, el crecimiento del fundamentalismo musulmán proviene de una crisis interna del Islam. El objetivo de los islamistas consiste en purificar las prácticas religiosas de los musulmanes y rechazar la influencia de Occidente, no en invadirlo.

El surgimiento de Al Qaeda se explica por varios factores convergentes: el potente retorno del fundamentalismo religioso, el fracaso de los países árabes en reemplazar el Imperio Otomano –cuya caída fue provocada por la Primera Guerra Mundial– por una nación árabe unida, la división colonial de Medio Oriente entre Francia y Gran Bretaña, y finalmente la partición de Palestina y la creación de Israel.

La política estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial consistió en sellar alianzas con Arabia Saudita y el Sha de Irán. En Washington, pocos eran los que dudaban de que el Islam era una práctica anticuada tendiente a desaparecer para ceder progresivamente el lugar a la modernidad occidental. Esta visión se basaba en el postulado erróneo según el cual todas las civilizaciones evolucionan necesariamente hacia un mismo destino y que Estados Unidos y sus aliados disponen al respecto de una comfortable ventaja. La ciencia, la tecnología, la cultura y los sistemas políticos ¿acaso no tomaron ese camino radiante? Pero significa olvidar que Roma impuso su hegemonía en detrimento de Atenas, que a su vez fue precedida por las civilizaciones egipcia, mesopotámica y persa. Fue la Biblia la que inventó la noción de historia en tanto proceso rectilíneo que conduce a un fin redentor, que le da sentido a todo lo precedente. Y fue con este telón de fondo que prosperó el milenarismo de la Ilustración, incluso en sus versiones modernas y totalitarias, el marxismo-leninismo y el nacionalsocialismo. La utopía que impregna la política exterior estadounidense abrevia en las mismas fuentes, sobre todo desde las presidencias de Woodrow Wilson: constituye la herencia secular de la visión de los Padres Peregrinos de la colonia de la Bahía de Massachusetts, del Nuevo Mundo como materialización de un territorio bañado por la gracia de un dios todopoderoso. Una visión aún arraigada en la cultura política estadounidense.

Para el historiador Andrew Bacevich, el nuevo militarismo estadounidense no es más que una derivación de su milenarismo político: la idea de que las buenas intenciones y los ideales democráticos de Washington terminarían siendo evidentes para el mundo entero.

Al iniciarse la guerra de Vietnam, señala Bacevich, los estadounidenses “estaban persuadidos de que su seguridad y su salvación se ganarían con las armas” (3). Convencidos de que “el mundo en el cual vivían era más peligroso que nunca y que era necesario pues redoblar los esfuerzos”. El escenario de una extensión del poder militar en varias partes del globo se convertía en consecuencia en “una práctica es-

tándar, una condición normal que no parecía admitir ninguna alternativa plausible”.

¿Nuevo rumbo?

Estados Unidos presenta hoy las características de una sociedad militarista, donde la demanda de seguridad interna y externa se impone sobre cualquier otra consideración, y cuyo imaginario político está obsesionado por hipotéticas amenazas. Con un optimismo incongruente, Washington asegura que Irak se encuentra en el camino de la democracia. La administración Obama parece tentada también a retirar las tropas estadounidenses de Afganistán, una opción sin embargo rechazada por el Pentágono, que está construyendo allí un complejo militar “duradero” destinado a servir de centro de comando estratégico para toda la región. Ahora bien, los talibanes descartan toda negociación de paz mientras las fuerzas aliadas no hayan abandonado el país. Barack Obama deberá pues tomar una decisión difícil. Si se decide en favor de la retirada, la opción que plantea un informe sobre la estrategia estadounidense en Afganistán publicado en diciembre de 2010, corre el riesgo de ganarse la ira de la oposición republicana pero también, probablemente, del Pentágono (que vería en esa retirada una derrota humillante). El sistema de las bases militares constituye de hecho un obstáculo fundamental para cualquier solución en la región.

Estados Unidos, que actualmente dispone de una potencia de fuego superior a la de todos sus rivales y aliados juntos, no siempre veneró la fuerza militar. La Declaración de Derechos (Bill of Rights), incorporada en 1787 a la Constitución, establece en su Segunda Enmienda que “es necesaria para la seguridad de un Estado libre una milicia bien organizada”. Pero la existencia de un ejército federal sólo se menciona en la sección 8 del artículo 1 de la Constitución. La cláusula que se refiere a ello otorga facultades al Congreso “para reclutar y mantener ejércitos; bajo reserva de que ninguna asignación de fondos para este fin podrá extenderse por más de dos años”. El artículo 2 de la Constitución, dedicado al Poder Ejecutivo, precisa simplemente que “el Presidente será Comandante en Jefe del Ejército y de la Marina de Estados Unidos, y de la Milicia de los distintos Estados cuando ésta sea llamada al servicio activo de Estados Unidos”.

Hasta mediados del siglo XX, la opinión pública estadounidense se mantuvo hostil al ejército. Al desatarse la Segunda Guerra Mundial, las tropas de Estados Unidos sólo contaban con 175.000 hombres. La rápida desmovilización iniciada en 1945 sólo se suspendió debido a la Guerra Fría, y el principio de un ejército de conscripción recién fue abandonado después de la intervención en Vietnam. Así, hasta la década de 1970, el ejército de Estados Unidos era un ejército “ciudadano”, cuyo cuerpo de oficiales provenía de la reserva o de la conscripción.

Al reemplazarlo por un ejército profesional, el poder político se adjudicó un instrumento de poder so-



© TsuneoMP / Shutterstock

Gastos. El equipamiento del ejército estadounidense demanda crecientes inversiones.

bre el cual la población ya no tiene incidencia. Al mismo tiempo, la influencia del complejo militar-industrial creció considerablemente. La industria de la defensa y la seguridad constituye actualmente el sector más importante de la economía manufacturera estadounidense. Sus intereses son tan colosales que se imponen tanto al Congreso como al Gobierno. Hace dos siglos y medio, Mirabeau escribía a propósito del país por entonces más poderoso de Europa: “Prusia no es un Estado que posee un ejército, es un ejército que conquistó una nación”. Esta sentencia podría muy bien aplicarse al Estados Unidos de hoy.

Entre el inicio de la Guerra Fría y la actual guerra en Afganistán, a Estados Unidos no le faltaron ocasiones para hacer tronar los cañones: guerra de Corea, guerra de Vietnam, invasión a Camboya, operaciones militares en El Líbano, Granada, Panamá, República Dominicana, El Salvador (indirectamente), Somalia (primero, bajo el mandato de la ONU, luego a través de Etiopía), dos invasiones a Irak y una a Afganistán. A excepción de la primera guerra del Golfo Pérsico, ninguna de estas expediciones merece el título de victoria.

Dentro de sus propias fronteras, Estados Unidos sigue siendo invulnerable a cualquier ataque convencional. No podría decirse lo mismo de sus tropas desplegadas por los cuatro puntos cardinales. La seguridad del país estaría sin duda mejor garantizada si su política exterior diera finalmente una vuelta de página a cincuenta años de intervencionismo, si negociara la retirada de Afganistán e Irak sin dejar allí bases militares y dejara de inmiscuirse agresivamente en los asuntos ajenos. ■

1. *The Mission*, Norton, Nueva York, 2004.

2. “The Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs*, Tampa, verano boreal de 1993.

3. *The New American Militarism*, Oxford, Nueva York, 2005.

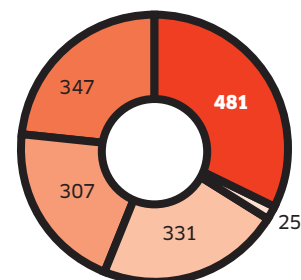
*Colaborador de *The New York Review of Books* y autor de *The Irony of Manifest Destiny. The Tragedy of America's Foreign Policy*, Walker Books, Nueva York, 2010.

Traducción: Gustavo Recalde

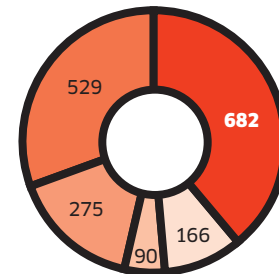
Participación en el gasto militar

(en miles de millones de dólares de 2012)

1990



2012



■ Estados Unidos
■ China
■ Fed. Rusa
■ Unión Europea
■ Resto del mundo





Nueva estrategia militar norteamericana

China es el enemigo

por Michael Klare*

“Nuestra nación vive un momento de transición”, anunciaba el 5 de enero de 2012 el presidente Barack Obama, antes de develar la futura estrategia de defensa de su país: reducir el tamaño del ejército, destacar la ciberguerra y las operaciones especiales, poner fin a algunas misiones de combate y centrar su atención en el Pacífico. China es la sombra que planea sobre los nuevos planes.

Las reducciones que contempla la reforma militar de Estados Unidos comprenden especialmente los combates por tierra mecanizados en Europa y las operaciones contrainsurreccionales en Afganistán y en Pakistán. El fin es concentrarse mejor en otras regiones –en particular en Asia y el Pacífico– y otros objetivos: la ciberguerra, las operaciones especiales y el control de los mares. “La fuerza interaliada estadounidense será aligerada –precisaba el secretario de Defensa, Leon Panetta–, pero será más ágil y flexible, lista para desplegarse rápidamente, innovadora y tecnológicamente perfeccionada” (1).

Según Barack Obama y Panetta, esta nueva orientación es el reflejo de una situación interna y externa sombría. En Estados Unidos, debilitado por la crisis económica, la deuda pública explotó; en virtud del Acta de Control Presupuestario adoptada en 2011, el presupuesto del Departamento de Defensa será recortado en 487.000 millones de dólares en el transcurso de los próximos diez años. Es posible que haya recortes más importantes aun, si republicanos y demócratas no llegan a ponerse de acuerdo sobre otras medidas económicas. En el plano internacional, la retirada de Irak no hizo disminuir la presión militar. Washington enfrenta nuevos conflictos potenciales, por ejemplo con Irán o Corea del Norte, como también el afianzamiento de China.

A primera vista, esta política que apunta a constituir una fuerza militar más restringida, pero mejor adaptada a los futuros peligros potenciales, puede

pues ser percibida como una respuesta pragmática a un contexto económico y geopolítico en transformación. Sin embargo, si se la considera más atentamente, se descubren objetivos más amplios. Confrontado con el surgimiento de rivales ambiciosos y con el inevitable desgaste de su estatus de superpotencia, Estados Unidos quiere perpetuar su supremacía mundial manteniendo su superioridad en los conflictos decisivos y en las zonas clave del planeta, es decir, en la periferia marítima de Asia, según un arco que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el Océano Índico, el Mar de China y el noroeste del Pacífico. Para eso, el Pentágono va a dedicarse a conservar su superioridad tanto en el aire y en el mar como en el dominio de la ciberguerra y de la tecnología espacial. El contraterrorismo, que es un aspecto central de la política de defensa estadounidense, será delegado en gran parte a fuerzas de élite, equipadas con drones de combate y con material ultramoderno.

Nunca es fácil para un imperio administrar la contracción de su presencia en el extranjero o, para decirlo de otra manera, administrar su declinación. Varios países confrontados a este desafío, especialmente el Reino Unido y Francia después de la Segunda Guerra Mundial, o Rusia después de la caída de la Unión Soviética, lo han constatado en carne propia. Con frecuencia se precipitaron en aventuras militares temerarias, como la invasión franco-británica de Egipto en 1956, o la de Afganistán por la URSS en 1979; iniciativas que han acelerado la decadencia en lugar de retardarla. Cuando atacó Irak en 2003, →

¿ALIADOS O VASALLOS?

La guerra preventiva

por Ignacio Ramonet*

Un imperio no tiene aliados, sólo vasallos. La mayor parte de los Estados miembros de la Unión Europea parecen haber olvidado esta realidad histórica. Ante nuestros ojos y bajo las presiones de Washington, que los obliga a enrolarse en la guerra contra Irak, países en principio soberanos se dejan reducir a la triste condición de satélites.

Se ha reiterado la pregunta sobre qué cambió en la política internacional como consecuencia de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Sabemos la respuesta desde que la administración estadounidense publicó el último 20 de septiembre un documento que define la nueva “estrategia internacional de seguridad de Estados Unidos”. La arquitectura geopolítica mundial tiene ahora en su cúspide una superpotencia única, Estados Unidos, que “goza de una fuerza militar sin igual” y que no vacila en “actuar sola, si hace falta, para ejercer su derecho de autodefensa actuando a título preventivo”. Una vez identificada “una amenaza inminente”, “Estados Unidos intervendrá aun antes de que la amenaza se concrete”.

Esta doctrina restablece el derecho a la “guerra preventiva” que Hitler aplicó en 1941 contra la Unión Soviética, y Japón el mismo año en Pearl Harbor contra Estados Unidos... También borra de un plumazo un principio fundamental del derecho internacional, adoptado al fin de la Guerra de los Treinta Años en ocasión del Tratado de Westfalia en 1648, que establece que un Estado no interviene, y menos militarmente, en los asuntos internos de otro Estado soberano (principio pisoteado en 1999, cuando la OTAN intervino en Kosovo...).

Todo esto significa que el orden internacional fundado en 1945, a fines de la Segunda Guerra Mundial y regido por las Naciones Unidas (ONU), ha concluido. A diferencia de la situación que conoció el mundo durante una década, después de la caída del muro de Berlín en 1989 y la desaparición de la Unión Soviética en 1991, Washington asume de ahora en más sin complejos su posición de “líder global”. Y por añadidura lo hace con desprecio y arrogancia. La condición de imperio, hasta hace poco considerada como una acusación típica de un “antiamericanismo primario”, es abiertamente reivindicada por los halcones que pululan en el seno de la actual administración del presidente Bush.

→ Estados Unidos se encontraba en la cima de su poder. Pero la insurrección que siguió duró tanto tiempo y costó tan cara –alrededor de tres billones de dólares– que erosionó la propensión y, en parte, la capacidad de Estados Unidos de comprometerse en un conflicto de largo aliento en Asia. Parece ahora muy poco probable que Obama o cualquier otro presidente, demócrata o republicano, se lance próximamente a una campaña militar comparable a las guerras de Irak y de Afganistán (2).

Seleccionar objetivos

Como buenos conocedores de la historia, el presidente Obama y sus principales consejeros comprendieron que sería ineficaz –y desastroso– aferrarse a la totalidad de los compromisos militares estadounidenses en el extranjero, pero no por ello tienen la intención de abandonarlos todos. Su nueva política de defensa elige una vía intermedia: reducir su implicación en algunas regiones, en particular Europa, y reforzar su presencia en otras. “En el transcurso de las próximas décadas, el Pacífico se convertirá en la parte del mundo más dinámica y más importante para los intereses estadounidenses –comunicaba el secretario de Estado adjunto William J. Burns durante un discurso en Washington en noviembre de 2011–. Esta zona reúne ya a más de la mitad de la población mundial, a varios aliados clave, a potencias emergentes y a algunos de los principales mercados económicos.” Con el fin de seguir siendo prósperos, y no padecer el crecimiento chino, Estados Unidos debe concentrar sus esfuerzos en esta zona, explica Burns: “Para responder a los profundos cambios que se dan en Asia, debemos desarrollar una arquitectura diplomática, económica y securitaria que pueda estar a la altura de estos cambios” (3).

Esta “nueva arquitectura” comporta varias dimensiones, a la vez militares y no militares. Washington reforzó recientemente sus lazos diplomáticos con Indonesia, Filipinas y Vietnam (4), y restableció relaciones oficiales con Birmania. Paralelamente, la Casa Blanca se dedica a estimular el comercio estadounidense en Asia y milita fervientemente a favor de la adopción de un tratado multilateral de libre comercio: el Acuerdo Estratégico Trans-Pacífico de Asociación Económica (TPP). Esta estrategia tiene un objetivo implícito: contrarrestar el ascenso de China y su influencia en el Sudeste Asiático. Restableciendo relaciones diplomáticas con Birmania, por ejemplo, Estados Unidos espera penetrar en un país donde Pekín tenía, hasta el presente, pocos competidores.

En cuanto al TPP, excluye, simplemente, a China, supuestamente por razones técnicas.

La voluntad de coronarle el peón al rival chino necesita también de una nueva orientación militar. Según las estrategias del Pentágono, la prosperidad de los aliados estadounidenses en Asia depende de su libertad de acceso al Pacífico y al Océano Índico, condición indispensable para importar materias primas

*Director de *Le Monde diplomatique*, edición española. Este texto es un fragmento de su artículo “Vasallaje”, publicado en *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, en octubre de 2002.

(en particular petróleo) y exportar productos manufacturados con toda tranquilidad. “El ascenso de China no sólo remodeló las ciudades y las economías asiáticas: rediseñó asimismo el mapa geoestratégico –analizaba Burns–. Para no citar sino un solo ejemplo, la mitad del tonelaje mercante pasa en la actualidad por el Mar de China meridional” (5).

Privilegiar la Marina

Al dominar las aguas chinas, Estados Unidos podría ejercer un poder coercitivo latente sobre Pekín y los otros Estados de la región, como lo hacía antes la Marina británica. Los asesores del Pentágono defendieron mucho tiempo esta política, proclamando que la ventaja singular de Estados Unidos residía en su capacidad de controlar las principales vías marítimas mundiales, una ventaja de la que no goza ninguna otra potencia. Parece que la administración Obama ha adoptado también este punto de vista (6). El presidente estadounidense así lo prometió durante un discurso en Canberra, Australia, en noviembre de 2011: a pesar de los recortes presupuestarios, aseguró que “asignaremos los recursos necesarios al mantenimiento de nuestra presencia militar en esta región mejorando al mismo tiempo nuestra presencia en el Sudeste Asiático”. Hay que esperar entonces que los ejercicios militares y el desplazamiento de buques de guerra estadounidenses en la zona se multipliquen. Obama anunció también la creación de una nueva base en Darwin, sobre la costa norte de Australia, y el aumento de la ayuda militar a Indonesia (7).

La puesta en práctica de este vasto proyecto geopolítico generará finalmente una transformación del ejército estadounidense. Éste va a “aumentar su peso institucional y concentrar su presencia, su poder de proyección y su fuerza de disuasión en Asia-Pacífico”, anuncia un documento del Pentágono (8). Aunque el texto no precise qué componentes del ejército serán favorecidos, está claro que el acento recaerá sobre las fuerzas navales –en particular los portaaviones y sus flotillas– y sobre los aviones y misiles de última generación. En efecto, mientras que la fuerza total del ejército estadounidense pasará, en diez años, de 570.000 a 490.000 efectivos, Obama rechazó la idea de reducir la flota. Estados Unidos prevé además invertir sumas considerables en armas destinadas a contrarrestar la estrategia llamada de “anti-acceso” y de “prohibición de zona” de sus enemigos potenciales (9). “Con el fin de disuadir de manera creíble a sus eventuales adversarios y evitar que éstos alcancen sus objetivos –explica el nuevo plan del Pentágono–, Estados Unidos debe conservar su poder de proyección en las zonas donde nuestra libertad de circulación y de acción es cuestionada”: una referencia casi explícita al Mar de China meridional y oriental, así como a Irán y a Corea del Norte. En estas regiones, indica el texto, es posible que los adversarios potenciales de Estados Unidos “como China”, utilicen “medios asimétricos” –submarinos,



© hxdyl / Shutterstock

Contenedores. China ha desplazado a Estados Unidos como líder del comercio mundial.

misiles antibuques, ciberguerra, etc. – para vencer o inmovilizar a las tropas estadounidenses. En consecuencia, “el ejército estadounidense invertirá cuanto sea necesario para garantizar su capacidad de acción en el entorno A2/AD” (10). Es decir, la prioridad actual de Estados Unidos es dominar la periferia marítima de Asia. Poco importa si China y otras potencias emergentes se oponen. ■

1. Leon E. Panetta, “Statement on Defense Strategic Guidance”, Pentágono, Washington, 5 de enero de 2012.
2. Stephen M. Walt, “The End of the American Era”, *The National Interest*, noviembre-diciembre de 2011.
3. William J. Burns, “Asia, the Americas and U. S. strategy for a new century”, World Affairs Councils of America National Conference, Washington, 4 de noviembre de 2011. Véase también Hillary Clinton, “America’s Pacific Century”, *Foreign Policy*, noviembre de 2011.
4. Xavier Montheard, “Una alianza insólita, Vietnam y Estados Unidos”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, junio de 2011.
5. Olivier Zajec, “Pekín reafirma sus ambiciones”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, septiembre de 2008.
6. Ronald O’Rourke, “Special – U. S. Grand Strategy and Maritime Power”, *U. S. Naval Institute Proceedings*, enero de 2012.
7. “Remarks by President Obama to the Australian Parliament”, Parliament House, Canberra, Australia, 17 de noviembre de 2011.
8. U. S. Department of Defense, “Defense Strategic Guidance Briefing from the Pentagon”, 5 de enero de 2012.
9. *Anti-access/area denial*, o A2/AD, designa especialmente la estrategia china que apunta a mantener a las fuerzas estadounidenses fuera de las zonas de la primera y la segunda cadenas de islas. (La primera, llamada línea verde, cubre el Mar de China oriental y meridional, incluyendo Taiwán y las Paracels; la segunda, llamada línea blanca, se extiende mucho más allá de las Filipinas). Véase Zajec, *ob. cit.*
10. U. S. Department of Defense (DoD), *Sustaining U. S. Global Leadership: Priorities for 21st Century Defense*, Washington, enero de 2012.

*Profesor en el New Hampshire College, Amherst (Massachusetts). Autor de *The Race for What’s Left: The Global Scramble for the World’s Last Resources*, Metropolitan Books, Nueva York, 2012.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola

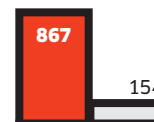
Exportaciones Estados Unidos y China

(en miles de millones de dólares de 2012)

1970



1990



2012



■ Estados Unidos ■ China



Controlando. Empleados del Comando de Operaciones Especiales de la Agencia Nacional de Seguridad norteamericana.



El “Gran Hermano” estadounidense

¡Todos fichados!

por Ignacio Ramonet*

Las revelaciones de Edward Snowden, joven ex asistente técnico de la CIA y luego empleado de una empresa subcontratada por la Agencia de Seguridad Nacional, acerca de los programas secretos de ciberespionaje de Estados Unidos develan los entretelones del aparato securitario de la potencia norteamericana, que no duda en cometer flagrantes violaciones a la privacidad de los ciudadanos.

Nos lo temíamos (1). Y tanto la literatura (1984, de George Orwell) como el cine de anticipación (*Minority Report*, de Steven Spielberg) nos lo habían avisado: con los progresos de las técnicas de comunicación todos acabaríamos siendo vigilados. Claro, intuíamos que esa violación de nuestra privacidad la ejercería un Estado neotalitario. Ahí nos equivocamos. Porque las inauditas revelaciones efectuadas por el valeroso Edward Snowden sobre la vigilancia orwelliana de nuestras comunicaciones acusan directamente a Estados Unidos, país antaño considerado como “la patria de la libertad”. Al parecer, desde la promulgación en 2001 de la ley “Patriot Act” (2), eso se terminó. El propio presidente Barack Obama lo acaba de admitir: “No se puede tener un 100% de seguridad y un 100% de privacidad”. Bienvenidos a la era del “Gran Hermano”...

¿Qué revelaciones ha hecho Snowden? Este ex asistente técnico de la CIA, de 29 años, y que últimamente trabajaba para una empresa privada –la Booz Allen Hamilton (3)– subcontratada por la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense (NSA), reveló mediante filtraciones a los diarios *The Guardian* y *The Washington Post* la existencia de programas secretos que permitían la vigilancia de las comunicaciones de millones de ciudadanos por parte del gobierno de Estados Unidos.

Un primer programa entró en vigor en 2006. Consiste en espiar todas las llamadas telefónicas que se efectúan, a través de la compañía Verizon, dentro de Estados Unidos, y las que se hacen desde allí hacia el extranjero. Otro programa, llamado PRISM, fue puesto en marcha en 2008. Supone la recolección de

todos los datos enviados por Internet –correos electrónicos, fotos, videos, chats, redes sociales, tarjetas de crédito– únicamente (en principio) por extranjeros que residen fuera del territorio estadounidense. Ambos programas han sido aprobados en secreto por el Congreso de Estados Unidos, al que se habría mantenido, según Barack Obama, “consistentemente informado” sobre su desarrollo.

Sobre la dimensión de la increíble violación de nuestros derechos civiles y de nuestras comunicaciones, la prensa ha aportado detalles espeluznantes. El 5 de junio de 2013, por ejemplo, *The Guardian* publicó la orden emitida por el Tribunal de Supervisión de Inteligencia Extranjera, que exigía a la compañía telefónica Verizon la entrega a la NSA del registro de decenas de millones de llamadas de sus clientes. El mandato no autoriza, al parecer, a conocer el contenido de las comunicaciones ni los titulares de los números de teléfono, pero sí permite el control de la duración y el destino de esas llamadas. El día siguiente *The Guardian* y *The Washington Post* revelaron la realidad del programa secreto de vigilancia PRISM, que autoriza a la NSA y al FBI a acceder a los servidores de las nueve principales empresas de Internet (con la notable excepción de Twitter): Microsoft, Yahoo, Google, Facebook (4), PalTalk, AOL, Skype, YouTube y Apple. Mediante esta violación de las comunicaciones, el gobierno estadounidense puede acceder a archivos, audios, videos, correos electrónicos o fotografías de sus usuarios. PRISM se ha convertido de ese modo en la herramienta más útil de la NSA a la hora de elaborar los informes que diariamente entrega al presidente Obama. El 7 de junio de 2013, →

Drones para todos

Más de 30.000 drones (aviones no tripulados) surcarán los cielos de Estados Unidos en el próximo decenio. Desde hace años se utilizan para vigilar la frontera con México, pero su uso se convertirá en masivo para distintas misiones, como climáticas, topográficas y policiales.

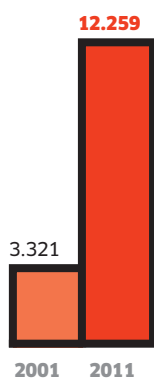


© Rena Schild / Shutterstock

Con Snowden. Manifestantes contra el espionaje masivo llevado a cabo por los servicios de inteligencia estadounidenses.

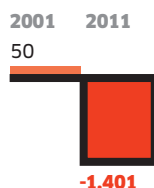
Deuda pública

(en miles de millones de dólares corrientes, 2001 y 2011)



Déficit fiscal

(en miles de millones de dólares corrientes, 2001 y 2011)



→ los mismos diarios publicaron una directiva de la Casa Blanca en la que el Presidente ordena a sus agencias de inteligencia (NSA, CIA, FBI) establecer una lista de posibles países susceptibles de ser “ciberatacados” por Washington. Y el 8 de junio, *The Guardian* filtró la existencia de otro programa que permite a la NSA clasificar los datos que recopila en función del origen de la información. Esta práctica, orientada al ciberespionaje en el exterior, permitió recopilar –sólo en marzo de ese año– unos 3.000 millones de datos de computadoras en Estados Unidos...

Durante estas últimas semanas, ambos periódicos han ido revelando, gracias a filtraciones hechas por Edward Snowden, nuevos programas de ciberespionaje y vigilancia de las comunicaciones en países del resto del mundo. “La NSA –explicó Edward Snowden– ha construido una infraestructura que le permite interceptar prácticamente cualquier tipo de comunicación. Con estas técnicas, la mayoría de las comunicaciones humanas se almacenan para servir en algún momento para un objetivo determinado.”

Espiar a los espías

La Agencia de Seguridad Nacional (NSA), cuyo cuartel general se halla en Fort Meade (Maryland), es la más importante y la más desconocida agencia de inteligencia estadounidense. Es tan secreta que la mayoría de sus ciudadanos ignoran su existencia. Controla la mayor parte del presupuesto destinado a los servicios de inteligencia, y produce más de cincuenta toneladas de material clasificado al día... Ella –y no la CIA– es quien posee y opera el grueso de los sistemas estadounidenses de recolección secreta de material de inteligencia: desde una red mundial de satélites hasta las decenas de puestos de escucha, miles de computadoras y los masivos bosques de antenas situados en las colinas de Virginia Occidental. Una de

sus especialidades es espiar a los espías, o sea a los servicios de inteligencia de todas las potencias, amigas o enemigas. Durante la Guerra de Malvinas (1982), por ejemplo, la NSA descifró el código secreto de los servicios de inteligencia argentinos, haciendo así posible la transmisión de información crucial a los británicos sobre las fuerzas argentinas...

Todo el sistema de interceptación de la NSA puede captar discretamente cualquier mail, cualquier consulta de Internet o conversación telefónica internacional. El conjunto total de comunicaciones interceptadas y descifradas por la NSA constituye la principal fuente de información clandestina del gobierno estadounidense.

La NSA colabora estrechamente con el misterioso sistema Echelon, creado en secreto, después de la Segunda Guerra Mundial, por cinco potencias (los “cinco ojos”) anglosajonas: Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Echelon es un sistema orwelliano de vigilancia global que se extiende por todo el mundo y está orientado hacia los satélites que se utilizan para transmitir la mayor parte de las llamadas telefónicas, comunicaciones por Internet, correo electrónico y redes sociales. Echelon puede captar hasta dos millones de conversaciones por minuto. Su misión clandestina es el espionaje de gobiernos, partidos políticos, organizaciones y empresas. Seis bases a través del mundo recopilan las informaciones e interceptan de forma indiscriminada enormes cantidades de comunicaciones que las supercomputadoras de la NSA posteriormente criban mediante la introducción de palabras clave en varios idiomas.

En el marco de Echelon, los servicios de inteligencia estadounidense y británico han establecido una larga colaboración secreta. Y ahora se sabe, gracias a nuevas revelaciones de Edward Snowden, que el espionaje británico también pincha clandestinamente cables de fibra óptica, lo que le permitió espiar las co-

municaciones de las delegaciones que acudieron a la Cumbre del G20 de Londres en abril de 2009. Sin distinguir entre amigos y enemigos (5).

Mediante el programa Tempora, los servicios británicos no dudan en almacenar colosales cantidades de información obtenida ilegalmente. Por ejemplo, en 2012, manejaron unos 600 millones de “eventos telefónicos” al día y pincharon, en perfecta ilegalidad, más de 200 cables... Cada cable transporta 10 gigabytes (6) por segundo. En teoría, podrían procesar 21 petabytes (7) al día; lo que equivale a enviar toda la información que contiene la Biblioteca Británica 192 veces al día...

Los servicios de inteligencia constatan que ya hay más de 2.000 millones de usuarios de Internet en el mundo y que más de 1.000 millones utilizan Facebook de forma habitual. Por eso se han fijado por objetivo, transgrediendo leyes y principios éticos, controlar todo lo que circula por Internet. Y lo están consiguiendo: “Estamos empezando a dominar Internet”, confesó un espía inglés, “y nuestra capacidad actual es bastante impresionante”. Para mejorar aun más ese conocimiento de Internet, la Government Communications Headquarters (GCHQ, Agencia de inteligencia británica) lanzó recientemente dos nuevos programas: Mastering The Internet (MTI) sobre cómo dominar “la red de redes”, e Interception Modernisation Programme para una explotación orwelliana de las telecomunicaciones globales. Según Edward Snowden, Londres y Washington acumulan una cantidad astronómica de datos interceptados clandestinamente a través de las redes mundiales de fibra óptica. Ambos países destinan 550 especialistas a analizar esa gigantesca información.

Con la ayuda de la NSA, la GCHQ se aprovecha de que gran parte de los cables de fibra óptica que conducen las telecomunicaciones planetarias pasan por el Reino Unido, y los ha interceptado con sofisticados programas informáticos. En síntesis, miles de millones de llamadas telefónicas, mensajes electrónicos, datos sobre visitas a Internet son acumulados sin que los ciudadanos lo sepan bajo pretexto de reforzar la seguridad y combatir el terrorismo y el crimen organizado.

Violación de la privacidad

Washington y Londres han puesto en marcha un orwelliano plan “Gran Hermano” con capacidad de saber todo lo que hacemos y decimos en nuestras comunicaciones. Y cuando el presidente Obama apela a la “legitimidad” de tales prácticas de violación de la privacidad, está justificando lo injustificable. Además, hay que recordar que por haber realizado labores de información sobre peligrosos grupos terroristas con base en Florida –o sea una misión que el presidente Obama considera hoy como “perfectamente legítima”– cinco cubanos fueron detenidos en 1998 y condenados por la justicia estadounidense a largas e inmerecidas penas de prisión (8). Un escándalo judicial que es hora de reparar liberando a esos cinco héroes (9).

El presidente Barack Obama está abusando de

su poder y restando libertad a todos los ciudadanos del mundo. “Yo no quiero vivir en una sociedad que permite este tipo de actuaciones”, protestó Edward Snowden cuando decidió hacer sus impactantes revelaciones. Las hizo, y no es casualidad, justo cuando empezaba el juicio contra el soldado Bradley Manning, acusado de filtrar secretos a WikiLeaks, la organización internacional que publica informaciones secretas de fuentes anónimas. Y cuando el cibermilitante Julian Assange lleva un año refugiado en la embajada de Ecuador en Londres... Snowden, Manning, Assange, son paladines de la libertad de expresión, luchadores en beneficio de la salud de la democracia y de los intereses de todos los ciudadanos del planeta. Hoy acosados y perseguidos por el “Gran Hermano” estadounidense (10).

¿Por qué estos tres héroes de nuestro tiempo aceptaron semejante riesgo que les puede hasta costar la vida? Edward Snowden contesta: “Cuando te das cuenta de que el mundo que ayudaste a crear va a ser peor para la próxima generación y para las siguientes, y que se extienden las capacidades de esta arquitectura de opresión, comprendes que es necesario aceptar cualquier riesgo. Sin que te importen las consecuencias”. ■

1. Véase Ignacio Ramonet, “Vigilancia total”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, agosto de 2003, y “Control social total”, *Le Monde diplomatique*, Madrid, mayo de 2009.

2. Propuesta por el presidente George W. Bush y adoptada en el contexto emocional que sucedió a los atentados del 11 de septiembre de 2001, la ley “Patriot Act” autoriza controles que interfieren en la vida privada, suprimen la privacidad de la correspondencia y la libertad de información. Ya no se exige una autorización judicial para las escuchas telefónicas. Y los investigadores pueden acceder a las informaciones personales de los ciudadanos sin orden de registro.

3. En 2012, esta empresa le facturó a la Administración estadounidense 1.300 millones de dólares por “asistencia en misiones de inteligencia”.

4. Se supo recientemente que Max Kelly, el responsable principal de seguridad de Facebook, responsable de proteger la información personal de los usuarios de esta red social contra ataques externos, dejó esta empresa en 2010 y fue reclutado... por la NSA.

5. Espiar a diplomáticos extranjeros es legal en el Reino Unido: lo ampara una ley aprobada por los conservadores británicos en 1994 que pone el interés económico nacional por encima de la cortesía diplomática.

6. El byte es la unidad de información en informática. Un gigabyte es una unidad de almacenamiento de información cuyo símbolo es GB, y equivale a 10^{10} bytes, o sea diez mil millones de bytes, equivalente, en texto escrito, a una furgoneta llena de páginas con texto.

7. Un petabyte (PT) equivale a 10^{15} bytes.

8. La misión de los cinco –Antonio Guerrero, Fernando González, Gerardo Hernández, Ramón Labañino y René González– consistía en infiltrar y observar las actuaciones de grupos de exiliados cubanos para prevenir actos de terrorismo contra Cuba. A propósito del juicio que condenó a varios de ellos a penas de cadena perpetua, Amnesty International declaró en un comunicado que “durante el juicio no se presentó ninguna prueba que demostrase que los acusados realmente hubieran manejado o transmitido información clasificada”.

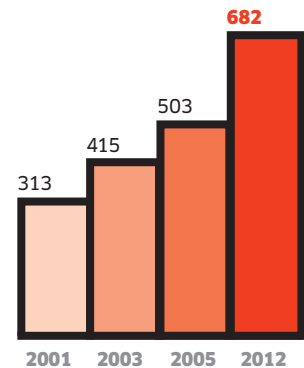
9. Véase Fernando Morais, *Los últimos soldados de la Guerra Fría*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2013.

10. Edward Snowden corre el riesgo de ser condenado a 30 años de prisión después de haber sido acusado oficialmente por la Administración de Estados Unidos de “espionaje”, “robo” y “utilización ilegal de bienes gubernamentales”.

*Director de *Le Monde diplomatique*, edición española.

Incremento del gasto militar

(en miles de millones de dólares corrientes, 2001 - 2012)



© Rena Schila / Shutterstock

Conmoción. Las revelaciones de Snowden impactaron en el mundo.



El jardín de atrás

por Leandro Morgenfeld*

La historia de las relaciones interamericanas está jalonada por el recurrente intervencionismo estadounidense. Washington buscó asentar su hegemonía regional alejando a las potencias extracontinentales (la doctrina Monroe, de 1823, se sintetizaba en la frase “América para los americanos”) y horadando los procesos de integración latinoamericana más autónomos.

A pesar de haber compartido el pasado colonial con sus vecinos del Sur, los gobiernos de Estados Unidos, a principios del siglo XIX, se mostraron reacios a apoyar las independencias hispanoamericanas. Recién hacia 1823, luego de una década de cruentas revoluciones y guerras, se planteó la doctrina Monroe: América para los (norte)americanos. La Casa Blanca no aceptaría nuevas intervenciones colonialistas por parte de las potencias europeas, e iniciaría un largo recorrido para consolidar su hegemonía, primero en el Caribe, considerado un “mar interior”, y luego en su extenso “patio trasero”, que en América del Sur todavía estaba en esa época bajo el dominio europeo.

Desde 1898, el intervencionismo militar pasó a ser la norma. Durante las primeras décadas del siglo XX los *marines* estadounidenses desembarcaron recurrentemente en América Central y el Caribe. La resistencia a estas acciones obligó a reformular la política interamericana de Estados Unidos. La Casa Blanca impulsó la política del “buen vecino”, que implicó reducir el intervencionismo directo.

Dos décadas más tarde, con la excusa del *peligro rojo* en América, volvieron las acciones más directas, como el apoyo al golpe de Estado en Guatemala, la invasión a Cuba en Bahía de Cochinos, el auxilio para el golpe en Brasil o el desembarco de *marines* en la República Dominicana. En la convulsionada década de 1970, la alianza con las dictaduras latinoamericanas fue una constante, que se

prolongó en la década siguiente a través de la intervención contrainsurgente en Centroamérica. Tras el fin de la Guerra Fría, se retomó la estrategia de profundizar la asociación económica: el proyecto del ALCA, en el marco del Consenso de Washington, fue la punta de lanza. Con la excusa de la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico, se reavivó también un intervencionismo de nuevo tipo.

En el análisis de la historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina priman dos interpretaciones. Los que enfatizan las diferencias (unilateralismo e intervencionismo durante los gobiernos republicanos; multilateralismo y cooperación diplomática durante las administraciones demócratas) y los que sostienen que, más allá de los matices, desde la posguerra se consolidó un consenso bipartidista en la política exterior estadounidense, por el cual, con la excusa de la preservación de la seguridad nacional, se fortalecen políticas guerreristas y acciones unilaterales por parte del gendarme planetario.

Existen claras continuidades en la política interamericana de Estados Unidos, fundamentalmente desde fines del siglo XIX, en tanto responde a una lógica imperialista y a los intereses de la gran burguesía. Sin embargo, las intervenciones, en cada etapa histórica, revisten distintas modalidades, que es preciso analizar para entender la lógica y el devenir del vínculo entre nuestra América y la cabeza del imperio.

Las revoluciones de independencia

Los gobiernos revolucionarios, durante las luchas anticoloniales, procuraron la ayuda financiera, militar y diplomática estadounidense. Sin embargo, la Casa Blanca permaneció relativamente al margen de estas contiendas y sólo se involucró cuando la derrota de España parecía irreversible.

El presidente James Monroe negoció con España la compra de la Florida por una suma irrisoria y acordó anexarse esa región estratégica por la insignificante suma de cinco millones de dólares. Tras asegurarse esta operación (1822), informó al Capitolio que reconocería las independencias de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Perú, Chile, Gran Colombia y México.

Había llegado la hora de horadar la vieja hegemonía europea en América. El 2 de diciembre de 1823, Monroe planteó en el Congreso la doctrina que llevaría su nombre. No permitirían avances de potencias extracontinentales en el Hemisferio Occidental. Esta doctrina era una de las manifestaciones del nuevo expansionismo que Estados Unidos desplegaría en América en las décadas siguientes, construyendo un área bajo su estricto control.

Una vez terminadas las luchas por la independencia, y hasta la consolidación de los Estados nacionales en América, transcurrieron décadas de crisis, inestabilidad y guerras. Desde 1823 y hasta 1880, la doctrina Monroe sólo se aplicó según las necesi- ➔

ALGUNAS INTERVENCIONES

1831 Malvinas

La corbeta estadounidense Lexington desembarca en Puerto Soledad, ataca el asentamiento y toma prisioneros.

1846-1848 México

Estados Unidos fuerza la cesión de la mitad del territorio mexicano, correspondiente a los actuales estados de, entre otros, Texas, Arizona y California.

1854 Nicaragua

Se destruye la ciudad portuaria de San Juan del Norte. Luego se produce la invasión del filibustero William Walker.

1898 Cuba

Cuando Cuba está luchando por su independencia, Estados Unidos interviene y obliga a España a ceder Puerto Rico, Filipinas, Guam y Hawái.

1903 Colombia

Se fuerza a Colombia a firmar un tratado para construir el canal de Panamá; luego se fomenta la secesión de esta región.

1905-1912 Cuba

Nuevas intervenciones militares en la isla caribeña.



Contra la Unidad Popular. Santiago de Chile, 11 de septiembre de 1973. El golpe militar contra el gobierno de Salvador Allende contó con el pleno apoyo de Washington, como revelaron documentos secretos desclasificados.

→ dades estadounidenses –para disputar a Europa la hegemonía regional–, y no para evitar invasiones colonialistas europeas en América Latina.

El Gran Garrote

A fines del siglo XIX el capitalismo ingresaba en su fase imperialista. Ávidos de nuevos mercados, los representantes de la burguesía estadounidense más concentrada fueron imponiendo la idea de que había que abandonar el aislacionismo. Surgió la necesidad de crear una organización continental nueva, para disputarle a Europa (y en particular a Gran Bretaña), su hegemonía en América del Sur. El secretario de Estado James Blaine impulsó la Primera Conferencia Panamericana, que se reunió en Washington en 1889. El proyecto más ambicioso era la puesta en marcha de una Unión Aduanera. Pero también se pretendía crear una moneda común, un vapor y ferrocarril continentales, un sistema para resolver las controversias entre los países y un banco interamericano. Más allá de las dificultades para imponer este ambicioso proyecto, se sentaron las bases para edificar un sistema interamericano.

Desde la intromisión de Estados Unidos en la guerra de independencia de Cuba (1898), el país del norte desplegó una política agresiva. Theodore Roosevelt (1901-1909), con la política del Gran Garrote, fomentó recurrentemente el desembarco de *marines* en América Central y el Caribe. En el primer cuarto del siglo, Cuba, República Dominicana, Haití, Puerto Rico, Nicaragua y México sufrieron la avanzada imperialista. La defensa del principio de no intervención y la condena del derecho de conquista comenzaron

a ser una reivindicación creciente en América Latina. Sin embargo, el Departamento de Estado no estaba dispuesto a ceder en lo que consideraba un atributo de la política exterior estadounidense: proteger los intereses y las inversiones de sus capitalistas, inclusive si éstas estuvieran radicadas en otros países del continente.

¿Buenos vecinos?

El gobierno de Franklin D. Roosevelt (1933-45) relanzó la relación con sus vecinos del Sur, a través de la puesta en práctica de la política del “buen vecino”. La revolución anti-machadista en Cuba (1933) y las resistencias en diversos lugares de América Latina habían convencido al presidente demócrata de que los desembarcos de *marines* y la injerencia directa causaban creciente rechazo, un recrudescimiento de la lucha de los sectores anti-imperialistas y revolucionarios, y un reforzamiento de los nacionalismos. Había que buscar una nueva relación diplomática más distendida. La abolición de la Enmienda Platt, un símbolo de la dominación semi-colonial sobre Cuba, fue una manifestación de esta nueva orientación. La condena al intervencionismo fue uno de los temas centrales de la Séptima Conferencia Panamericana (Montevideo, 1933). Allí se votó por primera vez el “principio de no intervención”, aunque Estados Unidos lo hizo con reservas, relativizándolo. De todas formas, más allá del supuesto giro que implicó esta nueva política de la Casa Blanca hacia América Latina, las alianzas con dictadores como Somoza (Nicaragua) y Trujillo (República Dominicana) siguieron a la orden del día.

En el plano económico, el Departamento de Estado planteó la necesidad de una “anticipación de la

reciprocidad”, o sea que debían comprarles más a los países latinoamericanos, para que estos obtuvieran los dólares necesarios para importar bienes estadounidenses. La única vía para fomentar las exportaciones estadounidenses hacia América Latina, razonaban, era abrir el mercado del Norte a las exportaciones provenientes del Sur. Esto generó renovadas ilusiones en la región y la esperanza de acceder al inmenso mercado interno estadounidense.

La Guerra Fría en América

La Casa Blanca prometió, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, una nueva etapa panamericana, en la que apoyaría a las naciones latinoamericanas para su desarrollo y su industrialización. Esa esperanza se desvaneció rápidamente. A medida que Estados Unidos focalizaba su atención en la “contención” del comunismo, los préstamos fluyeron a través del Plan Marshall, pero no hacia América Latina. Las bases de la nueva organización continental se habían sentado en la Conferencia de Chapultepec (1945) y se afianzaron en las cumbres de Río de Janeiro (1947), en la que se estableció el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), y Bogotá (1948), en la que se erigió la Organización de los Estados Americanos (OEA). El flamante esquema regional implicaba una consolidación militar y política de la hegemonía de Washington.

La Revolución Cubana marcó un quiebre en la relación entre Estados Unidos y América Latina. Si hasta ese momento la Guerra Fría parecía lejana (aunque sirvió como excusa para derrocar al gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954), ahora el enfrentamiento bipolar se instalaba de lleno en el Hemisferio Occidental. Estados Unidos desplegó una nueva política hacia la región, con las dos caras habituales. Por un lado, lanzó la Alianza para el Progreso, un relativamente ambicioso plan de financiamiento para América Latina, que supuestamente venía a solucionar décadas de pobreza y atraso. Por el otro, la CIA organizó en secreto la invasión militar a Cuba, concretada en abril de 1961, y luego todo tipo de acciones terroristas para desestabilizar al gobierno revolucionario. A nivel continental, implementó la Doctrina de Seguridad Nacional. En la Escuela de las Américas entrenaron a muchos de los militares golpistas. Las fuerzas armadas latinoamericanas fueron una herramienta fundamental del Pentágono para combatir a los movimientos populares que se expandían a lo largo de todo el continente. La Casa Blanca dio cobertura a la mayoría de las dictaduras latinoamericanas a lo largo de las dos décadas siguientes e impulsó el Plan Cóndor.

Del Consenso de Washington a la declinación

La década de 1980, desde el punto de vista económico, fue una “década perdida” en América Latina. Las crisis hiperinflacionarias y las abultadas deudas externas generaron mejores condiciones a la Casa Blanca para imponer sus políticas de ajuste. Tras la caída

del Muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, Washington avanzó como nunca antes. La entonces indiscutida hegemonía estadounidense a nivel mundial posibilitó el establecimiento del Consenso de Washington, que impuso una serie de políticas económicas y reformas estructurales a los países endeudados. El embate neoliberal arrasó con históricas conquistas obreras, desmanteló buena parte de los aparatos estatales a través de las privatizaciones, y permitió a los capitales de Estados Unidos (aunque también a los de Europa) desplegar-se ampliamente en la región. Washington impuso el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), y preparó su proyecto más ambicioso: el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

El ALCA implicaba una ofensiva del capital sobre el trabajo, pretendía consolidar el dominio económico de Estados Unidos en el continente, dar mejores condiciones a los capitales de ese país para avanzar en la apropiación de empresas y bienes que todavía estaban en manos de los Estados latinoamericanos y competir en mejores condiciones con los capitales europeos y asiáticos.

En América Latina, por esos años, se sucedieron levantamientos populares contra las políticas neoliberales. En la IV Cumbre de las Américas (Mar del Plata, 2005), los miembros del Mercosur y Venezuela rechazaron el ALCA, abriendo una nueva oportunidad en la región. La OEA perdió influencia y florecieron otros proyectos de integración alternativa, como el ALBA, la UNASUR y la CELAC, por fuera de la órbita de Washington. Además, aparecieron nuevas potencias en ascenso, como China, que se erigió en socio comercial y prestamista privilegiado de los países latinoamericanos. El cambio de época hizo que Estados Unidos ya no tuviera una fuerza incontestable en el continente.

El coloso del Norte está ingresando en un proceso de declinación hegemónica, pero su accionar imperialista en América Latina no desapareció, sino que adquirió novedosas formas. Si hace un siglo era una constante el desembarco de *marines* en América Central y el Caribe y hace 40 años lo era el apoyo a los militares golpistas, hoy el intervencionismo reviste otras modalidades: multiplicación de bases militares de nuevo tipo, ONG para promover “la democracia y la libertad”, espionaje con la excusa de la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, y campañas de desestabilización de gobiernos adversos, entre otras. Washington no se resigna fácilmente a perder la influencia en una región que, desde hace dos siglos, considera como propia. ■

*Docente de la UBA, investigador del CONICET. Autor, entre otros libros, de *Relaciones peligrosas. Argentina y Estados Unidos*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012. Su blog es: www.vecinosenconflicto.blogspot.com

OTRAS INJERENCIAS

1914 México

La armada estadounidense invade el puerto de Veracruz y reprime a la población civil.

1915-1916 Haití y República Dominicana

Invasión y ocupación de ambos países. En Haití las tropas permanecerán casi veinte años.

1926 Nicaragua

Tropas de ocupación de EE.UU. (hasta 1933). La resistencia es encabezada por Augusto Sandino.

1954 Guatemala

Apoyo militar, económico y diplomático al golpe de Estado contra el gobierno democrático de Jacobo Arbenz.

1965 República Dominicana

Desembarco de miles de *marines* para sofocar una rebelión popular a favor del depuesto presidente Juan Bosch.

1973 Chile

Apoyo al golpe de Pinochet contra Allende. Esto se repetirá en otros golpes de Estado en la región. Implementación del Plan Cóndor.



4

LO VIVIDO, LO PENSADO,
LO IMAGINADO

INDIVIDUALISMO Y CREATIVIDAD

El individualismo a ultranza, la defensa ilimitada de la propiedad privada, cierta paranoia y el anhelo axial de acumulación de riquezas y triunfos son rasgos dominantes de la cultura de Estados Unidos. Pero también lo es una excepcional capacidad creativa, tanto en el orden científico-técnico como en los del pensamiento y el arte. En estos encontramos, a la vez, la exaltación de los valores que ordenan el sistema social y la más aguda y despiadada crítica al llamado “sueño americano”.



ELLEN TRACY

DOUBLE TREE GUEST SUITES

CHANCE

GREEN SMOKE GREEN FIRE
A GREAT NIGHT
Sally's
4TH SMASH YEARS
415 PM
SALLY'S
SALLY'S
SALLY'S



Ayn Rand, novelista fetiche de la derecha ultraliberal

El egoísmo es la virtud suprema

por François Flahault*

Venerada por Ronald Reagan y Alan Greenspan, la ensayista y novelista Ayn Rand (1905-1982) da vida en sus libros de ficción a héroes solitarios que chocan con la mediocridad de sus semejantes. Su obra exalta una forma de capitalismo absolutamente individualista y salvaje.

No demasiada gente ha oído hablar de Ayn Rand en Europa y en el resto del mundo, aun cuando es autora de dos inmensos best-sellers en Estados Unidos, *The Fountainhead* (*El manantial*) (1943) y *Atlas Shrugged* (*La rebelión de Atlas*) (1957). Este último es una saga donde se mezclan grandes empresarios estadounidenses, investigación y utopía. Individuos excepcionales desaparecen misteriosamente, uno después de otro. El resultado es el derrumbe de la civilización estadounidense. La investigación gira en torno a un ingeniero, John Galt, que también ha desaparecido. Una desaparición particularmente intrigante porque deja tras ella, inacabada e inexplorada, una invención revolucionaria, un motor que se alimenta de una fuente inagotable, omnipresente y gratuita: la electricidad estática contenida en la atmósfera. Luego nos enteramos de que John Galt se ha retirado voluntariamente de la sociedad. En efecto, considera que sus miembros improductivos chupan la sangre de los individuos que crean y producen, ejerciendo un poder abusivo cuya posta toma el Estado.

Las otras desapariciones también se explican, porque John Galt había incitado a un cierto número de espíritus superiores a seguirlo, llevándolos así a la huelga más desastrosa de la historia de Estados Unidos. Galt y sus compañeros fundan la ciudad de Galt-Gulch en una región aislada y montañosa del país, donde esos al margen de la ley económicos (*economic outlaws*) pudieran expresar con toda libertad sus capacidades de crear, de inventar y de emprender. [N.

de la R.: *La rebelión de Atlas* fue llevada al cine en tres partes: la primera película se estrenó en 2011, dirigida por Paul Johansson; la segunda, realizada por John Putsch, en 2012. Ambas resultaron un fracaso artístico y comercial.]

Como la popularidad de Ayn Rand es comparable a la de Ron Hubbard, el fundador de la Iglesia de la Cienciología, no resulta sorprendente que un grupo de discípulos haya querido realizar la utopía. En 1995, trece años después de la muerte de Ayn Rand, apareció en *The Economist* y *Time Magazine* una página doble de publicidad: la gran idea del “genio profético” ya no era sólo un sueño, era una entidad viva y legal, Laissez Faire City; voluntarios del mundo entero fueron llamados a unirse a ella. En 1998, los miembros de Laissez Faire City proyectaban comprar tierras en Costa Rica. Luego, ante las dificultades encontradas, se orientaron hacia la idea de un territorio virtual en Internet. Finalmente, como en el fondo de lo que se trata es de no pagar impuestos (una exacción inmoral, según Ayn Rand, mediante la cual el Estado se apropia del dinero de los particulares), los promotores de la utopía terminaron por comprender que ya había sido realizada, bajo una forma ciertamente menos apasionante, pero cada vez más floreciente: los paraísos fiscales.

Filosofía “objetivista”

El itinerario de Ayn Rand explica sin duda su ideología. Nacida en Rusia a comienzos del siglo XX, con el nombre de Alice Rosenbaum, huyó de la Unión →

UNA VOZ TRÁGICA

Poema final

por Sylvia Plath*

FILO

La mujer alcanzó la perfección.
Su cuerpo

muerto muestra la sonrisa de realización;
la apariencia de una necesidad griega

fluye por los pergaminos de su toga;
sus pies

desnudos parecen decir:
hasta aquí hemos llegado, se acabó.

Los niños muertos, ovillados, blancas serpientes,
uno a cada pequeña

jarra de leche, ahora vacía.
Ella los ha plegado

de nuevo hacia su cuerpo; así los pétalos
de una rosa cerrada, cuando el jardín

se envara y los olores sangran
de las dulces gargantas profundas de la flor de la noche.

La luna no tiene por qué entristecerse,
mirando con fijeza desde su capucha de hueso.

Está acostumbrada a este tipo de cosas.
Sus negros crepitan y se arrastran.

*Sylvia Plath (Boston, 1932-Londres, 1963) es una de las grandes poetas norteamericanas. "Filo" es el último poema que escribió, seis días antes de suicidarse por inhalación de gas y tras aislar la habitación de sus dos pequeños hijos para salvarlos. Este poema pertenece a su libro *Ariel*, ediciones Hiperión, Madrid, 1989.

Traducción: Ramón Buenaventura

→ Soviética en 1926 para ir a Estados Unidos. Ahora bien, tanto la ideología comunista como la doctrina que defiende lo contrario, cada una a su manera, son tributarias del mito de Prometeo. Al emigrar, Ayn Rand pasó de un país que desnaturalizaba la ambición prometeica y la utopía, a otro que, según ella, encarna el éxito. Se mantuvo activa hasta el final de la década de 1970 (murió en 1982), y ejerció una influencia considerable en la vida intelectual y política estadounidense, especialmente en la alta administración republicana; Ronald Reagan integraba la lista de sus discípulos más fervientes. Un Ayn Rand Institute (1) se dedica a difundir su filosofía "objetivista", con el fin de promover el libre mercado, el individuo, la libertad y el ejercicio de la razón como antídotos contra el multiculturalismo, las políticas ambientales, las corrientes de pensamiento que le otorgan una importancia exagerada al Estado, y otras manifestaciones de irracionalidad.

Ochocientos mil ejemplares de las obras de Ayn Rand se venden cada año. Pero de allí a compararla, como lo hacen algunos de sus discípulos, con Hannah Arendt... *The Fountainhead* (*El manantial*) es su otro gran best-seller, y su título representa la fuerza creadora que se origina en el corazón del individuo. Es la historia de un arquitecto genial e intransigente, en conflicto con la incomprensión y el conformismo. Hacia el final de la novela, el arquitecto Howard Roark comparece ante un tribunal, acusado de haber dinamitado un conjunto de edificios recién terminados. ¿Por qué destruye su obra? Porque fue desnaturalizada, bastardeada: a pesar de la garantía formal de que sería realizada tal como él la había concebido, el aspecto de los edificios había sido modificado con el fin de adaptarlo al gusto del público.

El genio incomprendido y solo

El lector asiste entonces a una de esas escenas de procesos judiciales, tan frecuentes en las ficciones estadounidenses. Howard Roark hace su propia defensa. E inicia así su alegato: "Hace miles de años, un hombre hizo fuego por primera vez. Probablemente fue quemado vivo sobre la hoguera que había encendido. Fue considerado un malhechor que había robado al demonio un secreto al que la humanidad temía. Pero, gracias a él, los hombres pudieron calentarse, cocinar sus alimentos, iluminar sus cavernas. [...] A ese hombre, el pionero, el precursor, lo volvemos a encontrar en todas las leyendas que el hombre ha imaginado para explicar el comienzo de todas las cosas. Prometeo fue encadenado a una roca y su hígado devorado por buitres porque había robado el fuego de los dioses. Adán fue condenado a sufrir porque había comido del fruto del árbol del conocimiento. [...] Los grandes creadores –los pensadores, los artistas, los sabios, los inventores–, se han levantado siempre, solitarios, contra los hombres de su tiempo" (2). La destrucción de los edificios, aboga Howard Roark, no es un delito, porque el artista, dueño de su obra,



Alta Sociedad. Marisa Berenson, descendiente de aristócratas y modelo relevante en las décadas de 1960 y 1970.

Altos sueldos sin impuestos

Veintiséis de las mayores empresas de Estados Unidos pagaron en 2011 a sus directores generales un promedio de 20,4 millones de dólares, y nada o casi nada de impuestos sobre sus ganancias, gracias a las ilimitadas deducciones que les permiten las normas fiscales.

tiene derecho a destruirla cuando no corresponde a su idea creadora. Es precisamente el rechazo del artista a plegarse a las exigencias de la sociedad lo que le procura las mayores ventajas. Howard Roark, como un nuevo Prometeo, defiende los valores del individuo, y los valores del individuo son los de Estados Unidos. El jurado dio su veredicto: inocente.

En 1949, King Vidor llevó al cine *The Fountainhead*, con Gary Cooper en el papel del arquitecto. La misma Ayn Rand escribió el guión de la película, que fue presentada en Francia con el título *El rebelde*. Cuando uno la descubre –por casualidad, una tarde en la televisión– la mira como a otras películas de Hollywood: Gary Cooper, héroe solitario e indomable en

espectador el derecho a gozar de la ficción en sí misma y por sí misma. La propaganda hollywoodense comprendió que al incluir la prédica de manera sigilosa, la comunicaba mejor que al pregonarla. Roark, como creador, sigue su propio camino. Sólo cuenta su trabajo; nadie lo domina. No tiene ni Dios ni amo. A través de Roark, lo que se reconoce y se pone en foco es el deseo universal de existir libremente. En Europa, el tipo romántico del genio se ilustra con poetas, escritores y músicos. Pero el genio creador, modernizado y a la estadounidense, ya no trata de evadirse del mundo material sino de transformarlo. El arquitecto es un artista, pero también un constructor. Los artistas románticos europeos eran gente de salón. Los

Su ética resulta notable porque no supone ningún deber hacia los otros, sino sólo respecto de sí mismo.

medio del conformismo reinante o ante hombres poderosos y cínicos; cambios de situación desde el éxito al fracaso y a la inversa; una heroína seductora e independiente, pero finalmente conquistada: todo está allí. El espectador europeo no percibe forzosamente la dimensión propagandística que encubre la película. Porque Ayn Rand incluye en ella, como en sordina, el mensaje político que había sido formulado claramente en su novela. No trata de obligar a aceptar sus ideas, sino, más hábilmente, de mostrar la realidad de tal manera que el público, cautivado por el cuadro que se le ofrece, las perciba como una consecuencia natural de ese cuadro. Como ocurre generalmente con las películas estadounidenses de intención patriótica, religiosa o política, *El rebelde* le reconoce al

del Nuevo Mundo no llevan chaleco rojo ni usan puntillas. Roark es un obrero, un hombre de trabajo, un Stajanov estadounidense. El hombre se afirma en su relación con la materia: control, dominio, fuerza brutal, virilidad. Desde la primera página de la novela, Ayn Rand anuncia el tono: Howard Roark se yergue, desnudo, en la cumbre de un acantilado. “Todo lo que es real existe de manera independiente.”

Ayn Rand piensa, como Nietzsche, que la humanidad está justificada por sus grandes hombres... ¡allá ellas las personas comunes! (entre las cuales, con toda seguridad, ella no se incluye). Comparte su crítica de la filantropía, su desdén por la multitud y, sobre todo, su fe en el individuo que existe por sí mismo, que no tiene necesidad de los otros y que saca lo que

No todo es Hollywood

Aunque la industria cinematográfica norteamericana es sin discusión la de mayor difusión e influencia del mundo, no es la que más cantidad de largometrajes produce. Hollywood realiza unas 500 películas por año, mientras India hace más de 1.000 y Nigeria más de 800.

© tonyz20 / Shutterstock



Megayate. Las mansiones con puerto propio, los yates de lujo y los aviones privados integran la panoplia de símbolos más preciados para caracterizar la magnitud de la fortuna de sus poseedores.

© Vacclav / Shutterstock



Glamour. Beverly Hills, ícono del mundo hollywoodense.

→ crea de su propio interior. El prometeísmo de Ayn Rand no hacía presagiar la mojigatería de la que se rodeó la revolución conservadora estadounidense. Se mantiene cerca de la rebeldía romántica y de su neo-paganismo (3). El alegato de Roark es, en realidad, un largo elogio de sí mismo: “El creador no sirve a nadie ni a nada. Sólo vive para sí mismo. Y al vivir únicamente para sí mismo se entiende que sea capaz de realizar las obras que constituyen el honor de la humanidad. El creador ha hecho más de lo que el altruista puede imaginar para suprimir en la Tierra todas las formas de sufrimiento, tanto morales como físicas. El hombre que se esfuerza por vivir para los otros es un hombre dependiente. Él mismo es un parásito y transforma a los otros en parásitos. [...] El objetivo del creador es la conquista de los elementos; el objetivo del parásito es la conquista de los demás hombres. El creador vive para su obra. No tiene necesidad de los otros. El parásito vive por dependencia. Necesita de los otros”.

El panadero, según Adam Smith, no fabrica su pan por filantropía, sino por interés. Al vivir sólo para sí, al realizarse como un puro individuo, cada uno concurre involuntariamente y por añadidura al bien general. Este optimismo se basa, a su vez, en la creencia de que la interdependencia no es un rasgo constitutivo de la condición humana sino sólo una patología, ciertamente difundida, pero que por contraste destaca la verdadera naturaleza del hombre sano. Por eso la única forma de relación que existe entre seres independientes es, según Ayn Rand, el librecambio: “Los intereses racionales de los hombres no se contradicen, y... no puede haber conflictos de intereses entre hombres... que tratan los unos con los otros so-

bre la base de un intercambio libremente consentido” (4). Ayn Rand justifica así una ética que resulta notable por el hecho de que no supone ningún deber hacia los otros, sino únicamente respecto de sí mismo. Así desaparecen, mágicamente, las múltiples formas de interdependencia, las relaciones de fuerza, los abusos de poder, las injusticias y las violencias que envenenan la existencia de la humanidad y contra las cuales, en la vida real, el recurrir a la razón se revela desgraciadamente como ineficaz. La ideología de Ayn Rand está dirigida en primer lugar a los “dominantes”. Los conforta en la ventajosa idea que ellos tienen de sí mismos, y les permite trasladar a un segundo plano lo que en realidad son: personas para las cuales es esencial pertenecer a redes poderosas y que hacen esfuerzos para ocupar en ellas su lugar. Pero se prodiga también –y esto constituye su gran fuerza– entre aquellos que ocupan posiciones más modestas. Éstos están sin duda más aislados, lo que constituye para ellos una fuente de dificultades, pero el modelo que les proponen Howard Roark o John Galt les ofrece, en la medida en que se identifiquen con él, una compensación imaginaria y una fuente de estima de sí mismos. Les permite estar orgullosos de aquello que, en realidad, los debilita. Como la fe en el individuo se apoya en el ejemplo de aquellos que tienen éxito, el capital social de que éstos gozan se mantiene en silencio con el fin de resaltar su valor personal. El fracaso de aquellos que siguen estando en la parte más baja de la escala social es imputado a la falta de cualidades personales. Entre las formas inevitables pero saludables de dependencia, evidentemente hay que considerar, en primer lugar, los vínculos que unen a cada generación con la precedente. En

relación con esto, resulta sintomático que en los dos grandes best-sellers de Ayn Rand, que son muy voluminosos, no haya lugar para el personaje de un niño. Y es que la sola existencia de los niños y, por lo tanto, de la relación entre las generaciones, habría bastado para arruinar el modelo de individuo que Rand exalta. El individualismo radical de Ayn Rand implica, en el fondo, que la sociedad, como decía Margaret Thatcher, no existe. “Todas las ‘economías mixtas’ –escribió Ayn Rand en 1963– están en un estado de transición precaria que hace que, en última instancia, deban dirigirse hacia la libertad o terminar en la dictadura” (5). El papel de un país libre como Estados Unidos es hacer que las cosas vayan en el buen sentido, que es el de una alianza entre democracia y capitalismo radical. “Cualquier nación libre tenía el derecho de invadir a la Alemania nazi, y hoy tiene el derecho de invadir a la Rusia soviética, a Cuba o a cualquier otro enclave de esclavitud” (6).

Desde el momento en que “los conquistadores establecen un sistema social libre, la invasión de un país esclavista está moralmente justificada” (7). ■

1. www.aynrand.org
2. Esta cita y las que siguen están extraídas de la traducción francesa, *La Source vive*, Plon, París, 1997.
3. Paganismo: religión pagana. El neo-paganismo preconiza el culto de la fuerza, del jefe o de la raza.
4. “La ética objetivista”, conferencia dictada en la Universidad de Wisconsin en 1961 y reproducida en *La Vertu d'égoïsme*, Les Belles Lettres, París, págs. 78-79.
5. “Les ‘Droits’ collectivisés”, en *La Vertu d'égoïsme*, pág. 172.
6. *Ibidem*, pág. 170. Puede verse cuál habría sido la posición de Ayn Rand sobre Irak.
7. *Ibidem*, pág. 171. Aquí, Ayn Rand retoma uno de los argumentos más utilizados en el siglo XIX por los partidarios de la expansión colonial.

*Director de Investigación en el Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS). Autor de *Crépuscule de Prométhée* (Mille et une nuits, París, 2008), libro al que pertenece este texto.

Traducción: Lucía Vera

Afortunados

Mark Zuckerberg, fundador y presidente ejecutivo de Facebook, fue el CEO mejor pagado de Estados Unidos en 2013: cobró 2.278 millones de dólares. Lo siguió su par del gigante energético Kinder Morgan, Richard D. Kinder, con 1.116 millones de dólares.

Ayn Rand, piadosa con los empresarios

Ayn Rand despreciaba toda forma de filantropía, de compasión y solidaridad con los grupos más desfavorecidos, así como las políticas que instauraban beneficios sociales. No obstante, hizo una ardiente defensa de la minoría que ella consideraba la más perseguida, la más indefensa y la peor tratada: los hombres de negocios.

“Hoy en día, todo o casi todo el mundo saluda la defensa de los derechos de las minorías como un principio moral superior. Pero este principio, que prohíbe la discriminación, es aplicado por la mayoría de los intelectuales ‘progresistas’ de una manera discriminatoria: vale para las minorías raciales o religiosas, pero no para esa minoría explotada, acusada y sin defensa que son los hombres de negocios. Sin embargo, todas las formas repugnantes y brutales de injusticia, perpetradas contra las minorías raciales o religiosas, también las sufren los hombres de negocios.

[...]

Cualquier movimiento que busque someter a un país, cualquier dictadura o dictadura potencial necesita un grupo minoritario como chivo emisario, al cual endosarle la responsabilidad de los problemas del país, y para justificar que se le otorgue poderes dictatoriales. En la Rusia soviética, el chivo emisario fue la burguesía; en la Alemania nazi, el pueblo judío; en Estados Unidos, son los hombres de negocios.”



© Bettmann/Corbis/Latinstock

Ayn Rand. En 1947, declarando ante un comité anticomunista.

Conferencia de Ayn Rand en el Ford Hall Forum, Boston (17 de diciembre de 1961) y en la Universidad de Columbia (15 de febrero de 1962), reproducida en la recopilación de Ayn Rand, *Capitalism: The Unknown Ideal*, Penguin Books, Nueva York, 1967.

Una subcultura de la supervivencia

Mañana, el Apocalipsis

por Denis Duclos*

En vez de dedicarse a los problemas inmediatos de la sociedad estadounidense, los *preppers* se preparan para lo peor. Un meteorito gigante que se estrella contra la Tierra, una guerra nuclear, una catástrofe ecológica, enfrentamientos sociales devastadores... Cuando llegue el Apocalipsis, a ellos no los tomará por sorpresa: ya están listos para afrontarlo.

Aprender a cultivar frijoles, coliflores o nabos, elaborar el propio pan (o buñuelos de ortiga), criar gallinas o preparar mermeladas, conservar paquetes de semillas, curarse con aloe vera, tejer un suéter, hacer funcionar un motor diesel con aceite de cocina, recuperar el agua de lluvia y de pozos, lograr que la casa tenga autonomía energética, etc. Todo esto puede parecer inocente, o incluso gratificante. Pero, para los *preppers* –o adeptos al *prepping* (“preparación”)–, no se trata de un simple pasatiempo, sino de prepararse para un futuro probable.

Esta “subcultura de estadounidenses que se preparan para el colapso de la civilización” (1) plantea una amplia constelación de preocupaciones. Asocia la idea de “prepararse”, que por lo general se aplica a emergencias como huracanes o terremotos, a todo tipo de crisis, locales o sistémicas.

Cada vez son más numerosos –al menos tres millones– quienes trabajan en planes detallados para sobrevivir al “fin del mundo tal como usted lo conoce” (2). El famoso canal de televisión National Geographic les dedica un *reality show* muy popular. Cada mes, trescientas mil personas visitan la página-emblema Survivalblog.com y se han desarrollado varias redes competidoras, no sólo en Estados Unidos y Canadá (Viking Preparedness, The Survival Mom, Ready Nutrition, Pioneer Living Survival Magazine, Prepper, The Suburban Prepper, The Prepper E-Book READY - Prepare / Plan / Stay Informed, etc.), sino también en América Latina y ahora en Europa y Asia. Se han realizado pocos estudios sobre su sociología, pero parece alcanzar a todos los ámbitos, sobre todo a los jóvenes y a las categorías suburbanas sobreendeudadas. A partir de blogs, libros de tirada masiva y programas radiales, han surgido varias figuras emblemáticas. Por ejemplo, el papa de los *preppers*, James Wesley Rawles, un ex oficial de inteligencia y cristiano conservador, vende sus libros de a varios cientos de miles de ejemplares (3). Se rodea de misterio al no divulgar el “*ranch secret*” adonde trasladó a su familia para sobrevivir al momento fatídico.

Réprobos y elegidos

Prever el fin del mundo es un clásico de las sectas e iglesias que surgen de esta idea. Pero, a diferencia de los milenaristas, los *preppers* no esperan una catástrofe precisa que debería producirse en una fecha determinada. Cualquier cosa puede suceder, en cualquier momento (en esto no son sectarios...): un meteorito gigante que choca contra la Tierra, una



erupción gigantesca, una combinación de desastres ecológicos, una pandemia, una guerra nuclear entre Occidente y China, hiperinflación, colapso del sistema bancario mundial en menos de doce horas (¿su tarjeta de crédito dejará de funcionar mañana!), desórdenes revolucionarios, ley marcial: todo viene bien. Este oportunismo catastrófico permite a la vez evitar la depresión postapocalíptica –una dolencia que afectó a Harold Camping, el director de Family Radio, cuando sus fieles se sintieron decepcionados por no asistir al fin del mundo previsto para octubre de 2011– y convocar a distintos sectores. Así, los *preppers* interpelan tanto a paranoicos teóricos del complot como a burgueses-bohemios urbanos, a populistas aislacionistas como a ecologistas. Despiertan el interés de quienes simplemente querían saber qué hacer en caso de corte de agua o electricidad. En resumen, al apuntar a todos los escenarios posibles, llevan al rebaño de las ovejas “materialistas” hacia el modelo de la predestinación calvinista que separa a los elegidos (o *winners*), reconocibles por su vigilancia activa, de los condenados (o *losers*), víctimas de su culpable frivolidad. Frente a tanta competencia, las diversas iglesias se irritan ante el fenómeno, con el argumento de que el entrenamiento material para sobrevivir en el caos no puede equipararse con el camino espiritual por la salvación del alma.

A diferencia de los *hippies* y los supervivencialistas de los años noventa, los *preppers* no profesan rechazo por un estilo de vida particular, o desconfianza respecto de un gobierno sospechado de traición en favor de las élites del supuesto nuevo orden mundial. Se consideran simples ciudadanos que buscan informarse en un sentido útil. Pero si bien volver a los saberes prácticos y mantener el hogar como Henry David Thoreau son tradiciones que merecerían ser revividas, se observa, entre las contribuciones a los blogs *preppers*, la recurrencia de dos temas que van mucho más allá: la huida hacia el aislamiento y la desconfianza armada respecto de los “no preparados”, sospechosos de ser potenciales saqueadores.

¿Cómo prepararse para el repliegue durante el colapso general?, se pregunta Joel Skousen, ex piloto de combate devenido en politólogo de catástrofes y especialista en “reubicación estratégica” (*strategic relocation*). ¿Y cuándo llegará el momento de abandonar las grandes ciudades (especialmente las más peligrosas, infestadas de “zombies-desocupados”)? ¿Qué llevar en el *bug out bag* (“bolso para el gran apagón”)? ¿Cómo elegir un refugio seguro en el corazón del reducto

estadounidense, rico en vecinos cristianos de supuesta moral segura? ¿Cómo sobrevivir seis meses en una “residencia autónoma sostenible”, o incluso en una cañería de hormigón construida en el fondo del jardín? Una pareja se jacta de que ya tiene para cincuenta años de víveres y veinticinco mil municiones. Otro orador explica cómo alimenta a mil tilapias (pez de agua dulce) en su pileta.

Reconstruir la civilización

Se plantean seriamente que, para la vida “post-apocalipsis”, tal vez haya que convertirse en cazadores recolectores. En todo caso, hay que conservar los conocimientos necesarios para “reconstruir la civilización” (tejer, curar, reciclar, disponer de agua pura, soldar, etc.), siguiendo el modelo de los futuros exploradores espaciales. Se preguntan: ¿cuántos caballos y vacas necesitará cada familia? La fantasía del aislamiento comunitario, tan

El colmo tal vez sea el futuro liofilizado en palets de “nueve meses para cuatro personas”.

bien descrita por Night Shyamalan en su película *El bosque* (*The Village*), en 2004, multiplica los adeptos... que seguramente prefieren las películas de culto 2012, de Roland Emmerich, o *La carretera* (*The Road*, 2009), de John Hillcoat, que tienen la ventaja de que no dan que pensar...

El segundo tema favorito de los *preppers* se deduce del anterior: el miedo al otro. Ofrecen mapas de las “actividades terroristas sospechosas” en el mundo y en Estados Unidos, así como métodos para crear de urgencia nuestra propia urbanización-bunker (*gated community*), con torres de guardias armados, esperando con pie firme a las hordas de miserables que pronto intentarán violar nuestro santuario. El consenso pragmático de tipo “simulacro de emergencia” termina uniéndose a una tradición de anticipaciones pesadillescas, cuyo contagio puede resultar tan nefasto como aquello que pretende combatir.

Pero el delirio de algunos no debe ocultar el hecho de que en su mayoría siguen siendo consumidores tan compulsivos como los que vacían los supermercados en vísperas de Navidad. Al comprar armas para prevenir inva-

siones, productos de “primera necesidad” o medicamentos (las tres B: *bullets, beans, band-aids* –balas, frijoles, curitas), estos clientes afligidos reemplazan un sobreequipamiento por otro. Su ideal de autosuficiencia neopionera se encuentra cargado por el mercado en expansión con un fárrago de objetos. El colmo tal vez sea el futuro liofilizado en palets de “nueve meses para cuatro personas”, que los especialistas del “almacenamiento de emergencia” venden como pan caliente a los más pesimistas.

Por supuesto, la buena voluntad *prepper* deberá arreglárselas por sí misma, como antes el *scout* “siempre listo”: podrá hacer una lámpara con una papa, una toalla con un trapo, una cuchara con cartón, encender una estufa sin fósforos, etc. Pero esto también provoca la aparición del servicio remunerado de telegénicos pedagogos de los bosques, y siempre se trata de un “trabajo de consumidor”: elabore su propio jabón, pero con ingredientes comerciales (borato, carbonato de sodio y rallador de queso, que se venden en el almacén más cercano).

Estar esperando la catástrofe y la salvación evita pensar en lo que nos está sucediendo ahora. En los *preppers* se encuentran pruebas de la codicia financiera, pero su representación individualista de la autonomía y su reflejo de huida brindan pocas perspectivas de acción socializada y política fuera de los marcos actuales del sistema. No más que el capitalista que busca desenfundadamente la ganancia, el *prepper* no contempla que la civilización pueda corregir su trayectoria. Que el endeudamiento insolvente tal vez prepare, a pesar de nosotros mismos y gracias a un ardid de la historia, la transición hacia una sociedad más solidaria le parecería algo impensable. Ahogado en la ideología neodarwiniana de la lucha de todos contra todos, no puede imaginar que una simple redistribución de las riquezas sea más eficaz que la reubicación estratégica para evitar los horrores de la depresión. En pocas palabras, se niega a prepararse... para que el mundo siga después del capitalismo. ■

1. “Subculture of Americans prepares for civilization’s collapse”, Reuters, 21-01-2012.
2. “The End Of The World As We Know It”, o, para los iniciados, “TEOTWAWKI”.
3. Por ejemplo: *Survivors: A Novel of the Coming Collapse*, Nueva York, Simon & Schuster, Atria Books, 2011; *How to Survive the End of the World as We Know It*, Nueva York, Plume, 2009.

*Antropólogo, director de investigaciones del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Es autor de *Éloge de la pluralité. Conversion entre cultures et continuation de l’humanité*, París, Bibliothèque de la Revue du Mauss Permanente, 2012.

Traducción: Gabriela Villalba

Exuberante, inmenso Orson Welles

Un genio absoluto

por Osvaldo Gallone*

Con apenas 25 años de edad, Orson Welles (1915-1985) realizó no sólo una obra maestra sino una película que cambió para siempre la estética del cine: *Citizen Kane* (*El ciudadano*). Director teatral, actor extraordinario atravesado por el hálito trágico de Shakespeare, su arte barroco y oscuro deslumbró en filmes como *La dama de Shanghai*, *Sed de mal*, *El proceso* o *Campanadas a medianoche*.



Otelo. Orson Welles en un fotograma de su film *Otelo* (1952), que protagonizó y dirigió.

Que una ópera prima filmada por un chico de veinticinco años resulte de soberbia factura es infrecuente; que esa obra revolucione genuinamente el arte de la cinematografía es asombroso; que a setenta y tres años de su estreno resulte, inequívocamente, una de las dos o tres mejores películas de la historia del cine y ofrezca renovados perfiles cada vez que se la mira ya es un prodigio que parece situarse en el plano de la inverosimilitud. Sin embargo, tal es el caso de *El ciudadano*, escrita, dirigida y protagonizada por Orson Welles y estrenada el 1º de mayo de 1941. La historia de *El ciudadano* y su realización exhiben aspectos tan fecundos y dignos de nota como el propio filme; de hecho, la vida y la trayectoria artística de su realizador se asimilan a un relato de género fantástico urdido por un demiurgo brillante, caprichoso y contradictorio.

El señor Kane

A mediados de la década de 1930, Welles funda el Mercury Theatre. En 1938, en la cadena radiofónica de la CBS y junto a sus compañeros del Mercury, decide emitir una adaptación de *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells. La voz de Orson Welles, los efectos especiales y los estudiados silencios provocaron un efecto tan devastador entre los oyentes (hoy se puede escuchar la grabación completa en YouTube) que cientos de ellos entraron en pánico y ganaron las calles de Estados Unidos convencidos de que Nueva Jersey comenzaba a ser invadida por alienígenas (una parodia brillante y miniaturizada de la conmoción se puede ver en *Días de radio*, Woody Allen, 1987). El programa alimentó una innumerable cantidad de teorías psicológicas y sociológicas alrededor del comportamiento de las masas y el alcance de los medios de comunicación masiva, y le supuso a Welles un rédito tan abrumador que le cambió de una vez y para siempre su vida y su carrera: la RKO Pictures le ofreció en 1939 un contrato para escribir, dirigir y producir con entera libertad tres películas.

Uno de los proyectos más ambiciosos, y que lamentablemente para la historia del cine quedó en agua de borrajas, fue la adaptación de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. Al cabo, Welles convenció al guionista Herman J. Mankiewicz para que colaborara con él en la realización de una historia inspirada en la vida del magnate del periodismo William Randolph Hearst. El producto final (en cuya factura Mankiewicz tuvo una incidencia mayor que la

que muchos historiadores del cine están dispuestos a admitir) fue *El ciudadano*.

Curiosamente, las extraordinarias innovaciones formales de este filme (juegos de luces y sombras deudores de la estética de Rembrandt y de Vermeer, planos casi imposibles, innumerables tomas de y desde los techos, aperturas excesivas y deformaciones de lentes) guardan relación directa con el escaso conocimiento de Welles, hasta ese momento, de las posibilidades y, especialmente, imposibilidades técnicas a la hora de un rodaje. En el excelente libro de Peter Bogdanovich *Ciudadano Welles* (Grijalbo, 1994; una tan extensa como riquísima char-

Su relación con la industria cinematográfica fue difícil, tormentosa y, por momentos, imposible.

la entre ambos directores), Welles destaca especialmente el trabajo de fotografía de la película, a cargo de Gregg Toland; el director demandaba inéditos efectos de iluminación y Toland se las amañaba para satisfacerlo, hasta que el propio Toland le confesó a Welles: “Ésta es la única forma de aprender algo: de alguien que no sabe nada”. En efecto, en el registro técnico, Welles nada sabía; es desde esta adánica ignorancia que se propone y logra escenas que han quedado plasmadas para siempre en la memoria de cualquier cinéfilo. En el célebre diálogo entre Charles Foster Kane y Leland (Joseph Cotten), luego de que el primero, por un enredo de faldas, pierde ignominiosamente las elecciones para gobernador, la cámara está colocada en un ángulo inusualmente bajo; en su diálogo con Bogdanovich, Welles se extiende sobre el particular: “Tuvi- mos que cavar un agujero y lo hicieron en el suelo de cemento para que pudiéramos bajar tanto la cámara”. El magnate del periodismo Charles Foster Kane muere musitando una palabra cuyo sentido es inaccesible para todos: “Rosebud”. A partir de ese momento (y a la manera de Akutagawa en el cuento “En el bosque” –sustrato argumental de *Rasho-*

mon, de Kurosawa–, Wilkie Collins en su novela *La piedra lunar* o, mucho más cerca en el tiempo, Marco Denevi en *Rosaura a las diez*), todos cuantos conocieron a Kane dan su versión del personaje sin descifrar el enigma de esa última palabra: un *puzzle* soberbio de versiones, reiteraciones y rectificaciones en cuyo marco Welles utiliza como nadie la técnica del *flashback* y ahonda en el carácter elusivo de la verdad.

A la hora del estreno, como suele suceder con algunas obras maestras, pocos advirtieron la impecable estatura del film; hubo, al menos, una excepción, y no fue de las menores. En el número de la revista *Sur* correspondiente al mes de agosto de 1941, bajo el título “*Citizen Kane*: un film abrumador”, Jorge Luis Borges no sólo alcanza a apreciar la obra en su real dimensión sino que le augura un destino de inmortalidad; vale la pena transcribir el párrafo con el que cierra su reseña: “Me atrevo a sospechar, sin embargo, que *Citizen Kane* perdurará como ‘perduran’ ciertos films de Griffith o de Pudovkin, cuyo valor histórico nadie niega, pero que nadie se resigna a rever. Adolece de gigantismo, de pedantería, de tedio. No es inteligente, es genial; en el sentido más nocturno y más alemán de esta palabra”.

Es probable (sólo probable) que William Randolph Hearst hubiera aceptado con una mueca de indisimulable disgusto el retrato más o menos grotesco e impiadoso que Welles ofrecía de su vida. Pero *rosebud* (“botón de rosa”, “pimpollo de rosa”), precisamente la palabra en torno a la cual giraba toda la historia, era el término (inequívocamente poético, hay que admitirlo) con el que Hearst designaba al sexo de su amante. Fue un chiste de Welles, el chiste más caro de la historia del cine. Hearst trabó la distribución de *El ciudadano* en todas las salas de estreno, logró que la película fuera un fracaso económico y dotó a Welles (que poco hizo para neutralizarla) de una fama de director maldito, controvertido y dispendioso que signó para siempre su relación con la industria: difícil, tormentosa y, por momentos, imposible.

El gran impostor

Tiene razón Harold Bloom en su monumental e imprescindible libro sobre Shakespeare (*La invención de lo humano*, Grupo Editorial Norma, 2001) al señalar que hay dos creaciones de Shakespeare más grandes en sí mismas que las obras que las contienen y albergan: Falstaff y Hamlet. No hubo en el escenario del arte contemporáneo nadie más falstaffiano que Welles: desde su exuberancia física hasta su

catadura omnívora, verborrágica, indeclinablemente vitalista. Además de *El ciudadano*, por si fuera un logro menor, desarrolló una filmografía en la que se puede encontrar un puñado de indiscutibles obras maestras que sólo ha podido empalidecer, precisamente, el *capo lavoro* que es *El ciudadano*. Su pasión shakespeariana lo condujo a una memorable adaptación de *Macbeth* (1948; su *Otelo*, de 1952, es una suma de retazos y destellos de genialidad debido a problemas de índole financiera) y a una joya como *Falstaff* o *Campanadas a medianoche* (1965), título inspirado en el diálogo sostenido entre Falstaff y el juez de paz en la segunda parte de *Enrique IV* (acto III, escena II), donde el primero admite la vieja amistad que hay entre ambos diciendo: “Hemos oído las campanadas de medianoche, señor Somero”. Y en su adaptación de *Don Quijote* (1961), el Sancho Panza de Welles puede asimilarse, de modo natural y hasta necesario, a sir John Falstaff. *La dama de Shanghai* (1948, cuya estructura de triángulo amoroso que deriva en crispado *huis clos* toma Polanski para su excelente *ópera prima* de 1962, *El cuchillo en el agua*) es, por un lado, un rendido homenaje a Rita Hayworth, y por otro, una lección de cine. Unidos en matrimonio entre 1943 y 1948, Welles le dedica a Hayworth planos cenitales, primerísimos planos y escenas enteras en las que se destaca una de las bellezas más genuinas que habitó una pantalla de cine. La escena en la que se resuelve la trama (un notable juego de espejos cóncavos y convexos enfrentados en los que se reflejan y superponen los tres protagonistas) es un alarde estilístico y fue debidamente homenajeada por Woody Allen en *Misterioso asesinato en Manhattan* (1993).

El talento del hacedor opacó, sin duda, la versatilidad del intérprete. En *Sed de mal* (1958), Welles le da vida a un personaje que Guillermo Cabrera Infante, en *Un oficio del siglo XX*, define con maestría: “Sucio que casi se huele su mugre, cojo, enorme, racista, antipático, el policía Quinlan es una visión tan poderosa como lo era Kane”. Y su interpretación del abogado en *El proceso* (1963) no es menos excepcional que la adaptación que hace de la novela de Kafka. *F for Fake* (o *F de Falso*, o *Fraude*, 1973) es la última película acabada de Welles, su testamento cinematográfico y, acaso, su más fiel autorretrato; eso es lo que fue: un mago inagotable, un tramposo genial. ■

*Escritor y periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



© Timothy Fades/Corbis/Latinstock

Estación Central. La decadencia de la industria automovilística arrastró a toda la ciudad de Detroit.

5

LO QUE VENDRÁ

EL DIFÍCIL FUTURO

Si Estados Unidos sigue manteniendo –y si lo hará por mucho tiempo más– su carácter de potencia dominante del mundo o si se encuentra en pleno declive es tema de controversia entre los analistas. No obstante, hay datos económicos, políticos, culturales y sociales irrefutables: su poderío ha disminuido notoriamente con respecto a una, dos o tres décadas atrás. Es verdad que sus Fuerzas Armadas continúan siendo las primeras del planeta, pero ¿puede un imperio sustentarse únicamente en su poder militar?

Una decadencia inexorable

por Fabio G. Nigra* y Pablo Pozzi**

Cuando se desplomó la Unión Soviética y con ella los países de Europa del Este que conformaban su zona de influencia, pareció dibujarse un paisaje geopolítico en el que Estados Unidos se configuraba como el poder mundial incontestable, único y duradero. Sin embargo, y a pesar de que su hegemonía le permite seguir rigiendo, en lo esencial, el juego de intereses globales, no fue así. Nuevos elementos se fueron incorporando a ese paisaje, generándole límites, conflictos, situaciones inesperadas. En definitiva, señalándole las peligrosas grietas que se abren en su poderío y que condicionarán el desarrollo de su futuro inmediato.

Hace ya una década y media que venimos planteando que Estados Unidos está en una lenta pero inexorable decadencia. Eso se nota tanto en su situación socioeconómica interna como en la competitividad (o falta de ella) de sus industrias y en las dificultades que tiene para proyectar su poderío a través del mundo. Esto no quiere decir que Estados Unidos no tiene poder, sino que éste es menor que hace un decenio, y que aquél era menor que en 1993. La situación frente al conflicto en Siria es ilustrativa de lo que queremos decir.

Hace más de veinte años, Estados Unidos logró un consenso internacional de un gran concierto de naciones para invadir Irak. Hace tres años su “acción humanitaria” en Libia obtuvo el apoyo de la OTAN. En 2013 no logró invadir Siria y se evidenció que estaba en camino de un posible aislamiento. El Parlamento británico rechazó la propuesta de secundar la invasión. Rusia y China se opusieron abiertamente. Y sólo la Francia del “socialista” François Hollande declaró su apoyo. ¿Qué ha pasado?

Para ello, debemos considerar dos factores. El primero es que la crisis de 2008 aún no ha cesado. El increíble gasto bélico de Estados Unidos en Irak y en Afganistán mantuvo y profundizó muchos aspectos de la crisis. A pesar del masivo gasto deficitario no han logrado revertir la crisis y tener los niveles de crecimiento previos. Para muchos sectores y grupos económicos, en particular para los que no están ligados al complejo militar-industrial, una nueva invasión implica gastos innecesarios para resolver el problema.

El segundo aspecto es que, desde el punto de vista militar, las campañas de Irak y de Afganistán no han sido exitosas, si bien no fueron un rotundo fracaso. Las Fuerzas Armadas norteamericanas se encontraron en una guerra irregular que las desangró y donde se revelaron sus límites para proyectar su poderío. El ejército tecnológicamente más desarrollado del mundo y con un apoyo material y financiero impensado no pudo impedir que la guerra se tornase endémica, y debió afrontar crecientes problemas psicológicos y de disciplina de sus soldados, con un aumento sorprendente de la tasa de suicidios y de muertes “accidentales”.

Esta es la causa de que, en abril de 2013, el general Martin Dempsey, jefe del Estado Mayor Conjunto, haya expresado su oposición a una invasión a Siria. Sostuvo que la intervención podría involucrar a miles de soldados norteamericanos a un costo de mil millones de dólares mensuales, sin gran expectativa de éxito, y recordó que “los rebeldes no respaldan los intereses estadounidenses”. En realidad, Dempsey estaba manifestando que el poderío de su país tiene límites muy concretos, algo evidente para muchas de las potencias mundiales.

El comienzo del declive

El planteamiento es que la crisis no es nueva sino que aparece entre 1971 (ruptura del patrón oro por Richard Nixon) y 1973 (con el *shock* del petróleo). Las medidas neoliberales de Ronald Reagan (1981-1988) fueron exitosas sólo en apariencia, puesto que agudizaron los



Ruinas. Lo que fue la fábrica de la prestigiosa marca de automóviles Packard, en Detroit, es hoy un monumento arqueológico que señala el hundimiento de una buena parte de la otrora potente industria norteamericana.

problemas en el mediano y largo plazo. Bill Clinton (1993-2000) apuntó a mantener la esencia de las medidas *reaganianas*, mientras avanzaba hacia una nueva estructura social de acumulación. Así, el Estado norteamericano impulsó la informatización de su sociedad, desmantelando las conquistas sociales del Estado de Bienestar. Reagan-Clinton significaron más continuidad que ruptura, más allá de sus respectivas filiaciones partidarias. El imperialismo de derechos humanos de Clinton no era muy distinto del intervencionismo de Reagan; ambos defendieron la integración de las Américas; ambos apuntaron a la desestabilización de aliados y contrincantes. Donde hubo una ruptura se debió a que la crisis generó fracturas en la burguesía norteamericana. Los asesores de Clinton entendían que la acumulación basada en el viejo complejo militar-industrial estaba agotada, por lo que apuntaron al emergente sector de las “nuevas tecnologías”. De ahí surgió una fuerte pugna intraburguesa que perdura hasta el día de hoy.

Por debajo de esto, la crisis se ha manifestado, a nivel popular, exacerbando la anomia y empobreciendo a gran parte de la población norteamericana. En una sociedad donde la hegemonía burguesa es fuerte y donde la cultura nacional está sólidamente arraigada en nociones religiosas premodernas, el resultado ha sido un corrimiento a la extrema derecha de todo el espectro político. Las elecciones de 2008 no fueron un avance en cuestiones raciales y democráticas, sino que reflejaron su crisis socio-económica, política y cultural. Las fracturas interburguesas que causaron el fraude de las elecciones del 2000 se habían profundizado, pero ahora complicadas con un cada vez mayor descontento popular.

En Estados Unidos existen tres sociedades claramente diferenciadas, y tan segregadas unas de las otras como si rigiera un *apartheid* socio-económico (1). En un extremo existen los suntuosos suburbios y ricos vecindarios ocupados por los sectores medios y los trabajadores especializados bien pagados. Para estos sectores los *neocon* han preservado la apariencia de tolerancia, movilidad social y libertad cultural a través de un elevado nivel de consumo y del aislamiento de los otros círculos sociales. Fuera de este nivel existen los *ghettos* y barrios obreros, que incluyen a sectores medios pauperizados y gran parte de la clase obrera blanca afectada por los bajos salarios y la inestabilidad laboral. Estos sectores tienen nominalmente derechos “ciudadanos” y por ende algún tipo de protección, si bien mínima, dentro del sistema. Sus esperanzas de movilidad social, mayores niveles de consumo y participación política serán cada vez menores. El tercer nivel puede incluir a un veinte por ciento de la población: grandes cantidades de trabajadores extranjeros que no poseen ningún derecho legal y además se ven sujetos a la discriminación racial, la persecución policial y la miseria económica.

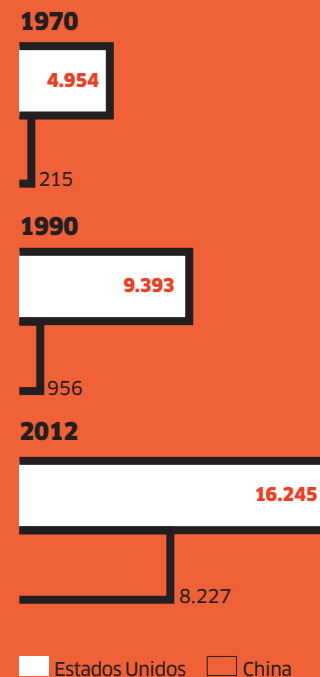
En lo político, no existe ninguna base que lleve a pensar en un futuro desarrollo de Estados Unidos hacia un reformismo capitalista al estilo del New Deal. Mientras perdure la crisis, la Nueva Derecha continuará siendo la fuerza ideológica más poderosa en Estados Unidos. En este sentido, ambos partidos, Republicano y Demócrata, le servirán fielmente a sus intereses. Por ello la falta de representatividad (popular) de los partidos tradicionales que, a futuro, expresarán cada vez más los intereses del gran capital transnacional. Esto implica que se encuentran →

Fiat compra Chrysler

En enero de 2014, la compañía automovilística italiana Fiat completó la adquisición de la totalidad del accionariado de la estadounidense Chrysler, que tradicionalmente integraba con General Motors y Ford el terceto de los grandes fabricantes norteamericanos de vehículos.

Estados Unidos y China

(PIB, en miles de millones de dólares de 2012)



EXEQUIAS DEL LIBERALISMO CLÁSICO

Del centro a la derecha

por Jorge Hernández Martínez*

“En resumen, Estados Unidos continuará afectado, más allá de la coyuntura dada por la contienda presidencial de 2012, por una contradicción que se tornará más aguda entre dos fuerzas políticas dominantes: por un lado, las fuerzas conservadoras, representadas hoy en el mencionado *Tea Party* y otros núcleos afines, al estilo de la llamada “nueva derecha”, la “derecha religiosa” y los “neoconservadores”. Y por otro, las fuerzas liberales que lograron un importante triunfo en las elecciones de 2008, llevando al poder a Obama y al Partido Demócrata con importantes mayorías, cuya reiteración en los comicios de 2012 llevó consigo una disminución de su fuerza, en el contexto de profundización de los problemas económicos en el país, lo que se evidenció tanto en el desgaste de la popularidad de Obama como de las fuerzas demócratas que lo respaldaron.

El enfrentamiento políticamente intenso entre esas dos fuerzas continuará marcando el ritmo del proceso estadounidense en el corto plazo, y eventualmente, en el mediano y hasta en el largo. El liberalismo tradicional ha dejado de ser una alternativa viable en la sociedad estadounidense, moviéndose cada vez más hacia posturas de centro-derecha y alejándose de sus puntos de contacto anteriores con el pensamiento de izquierda. Es previsible un contexto político-ideológico marcado en el corto plazo por la continuidad de las contradicciones en curso, donde los sectores conservadores tienen un terreno fértil para moverse. Esas tendencias se expresarán dentro y fuera de los dos partidos electorales, con espacios mayores a nivel de los movimientos sociales, en una escena contradictoria, donde la izquierda no desaparecerá, pero no tendrá significación política de relieve.

Con todo, la escena que se configurará en Estados Unidos luego de los comicios presidenciales de 2012 confirmará que en ese país, como ya se ha señalado, las elecciones no están concebidas ni diseñadas para cambiar el sistema, sino para mantenerlo y reproducirlo, dando continuidad a un contradictorio camino, plagado de tensiones económicas, políticas y sociales, en el que ni los partidos (Demócrata y Republicano) ni las corrientes ideológicas (liberal y conservadora) estarán en condiciones de ofrecer opciones viables que consigan solucionar las crisis.”

* Sociólogo, politólogo y profesor titular en la Universidad de La Habana. Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos”. Este texto es un fragmento de su artículo “Los árboles y el bosque: Estados Unidos, la crisis y las elecciones de 2012”, que forma parte del libro *Huellas imperiales. De la crisis de 1929 al presidente negro*, Pablo Pozzi y Fabio Nigra (compiladores), Ciccus, Buenos Aires, 2013.



Resurrección. Planta de montaje del Cadillac, de la General Motors, salvada de la quiebra por los aportes del Estado.

→ bloqueadas las posibilidades de alternativas reformistas dentro del sistema, ya que entran inmediatamente en contradicción con el “absolutismo capitalista” (2), generando mayor inestabilidad política.

Si bien la lucha por la igualdad social de los trabajadores negros y de los hispanos no es más que una parte incompleta de la “revolución burguesa” norteamericana, en esta coyuntura histórica es inaceptable para el capitalismo *neoon*. Una real integración económica de los trabajadores es imposible en un contexto de crisis de acumulación, puesto que implica reducir la tasa de ganancia de las grandes corporaciones, ya que habría que redistribuir el ingreso hacia abajo, con un nivel de transformación tan grande que se acercarían peligrosamente al socialismo.

En lo internacional, mientras dure la crisis, Estados Unidos apostará a la inestabilidad y a la intervención militar como forma de impedir que los bloques capitalistas competidores puedan fortalecerse y constituirse en un desafío exitoso. A la par, buscará frenar el avance de quien hoy es su principal adversario: China. Y la integración latinoamericana planteará más que nunca la necesidad de estabilidad en el “patio trasero”, entendida como una mayor intervención en los procesos socio-políticos latinoamericanos para garantizar la integración económica en función de las necesidades norteamericanas (3). Esto explica la permanente desestabilización que se realiza en contra de gobiernos reformistas como los de Bolivia o Venezuela. Tratarán de cualquier manera de que no haya desarrollo económico ni soberanía política en América Latina que no esté en función de Estados Unidos.

En lo que hace a la economía norteamericana, su crisis ha demostrado ser no solamente la propia o la de las economías que se encuentran vinculadas, sino que es una crisis que podría llamarse *sistémica*. Las



Gigante. Oficinas de Microsoft en Praga, República Checa. Microsoft, como Google o Apple, encarnan la vanguardia más dinámica de la economía norteamericana, basada en las tecnologías informáticas y de comunicación.

reaganomics plantearon la transformación de una economía de acumulación de capital productivo (en problemas) a una de acumulación de capital financiero, que estalló en 2008. Como los intentos de resolución en principio postularon más de lo mismo, lo único que se logró fue profundizar la crisis. La jugada efectuada fue la de la huida hacia adelante en una práctica que llamamos *keynesianismo financiero* (4).

Paraíso de la especulación

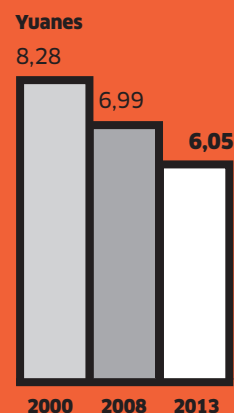
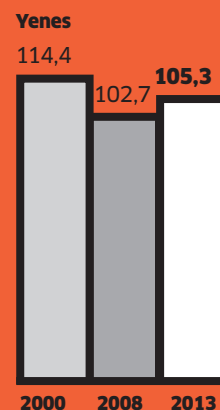
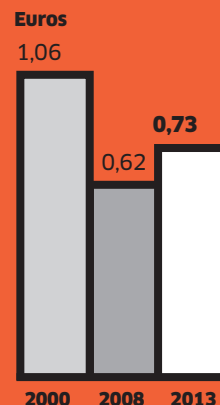
La inyección de cientos de miles de millones de dólares efectuada por las administraciones Bush y Obama (5), junto a las bajísimas tasas de interés de referencia, en una economía mundial estructurada no para producir sino para especular, permitió la meseta decadente en la que los países centrales se encuentran en la actualidad. En los últimos dos años Estados Unidos no ha crecido más allá del 2% anual, y las últimas cifras –3,6% en el último trimestre– se deben al incremento de stocks (o sea, sin consumo) (6). La especulación financiera llega a límites que la mayor parte de la gente común no imagina: los *commodities*, las comunicaciones, la energía... hasta las armas (¿hay una bolsa de valores especulativa específica para ellas! (7)). Es más, no solamente se puede especular con todo lo que se compra y vende de manera tangible; se especula también con lo intangible: un bono que está emitido con los supuestos beneficios monetarios que surgirían de acciones, hipotecas y otros bonos. De intensificarse esta lógica no serían sorprendentes nuevas crisis, cada una de ellas más profunda que la anterior. Del derrumbe de las hipotecas *subprime* se aprendió que como el capital financiero domina a la mayoría de los gobiernos a través de sus clases políticas, se seguirá huyendo hacia adelante.

El presidente Barack Obama ha advertido –en forma relativa– que su país se encuentra en graves problemas. Nada casualmente ha planteado en su primer mensaje sobre el Estado de la Unión de su segundo mandato, la idea de lograr un área de libre comercio con Europa. Resulta claro que para lograr tal proceso es necesario que entre las dos potencias económicas no haya desigualdades en lo que hace a la productividad laboral y los costos de producción. Dijo el Presidente que grandes empresas de capital norteamericano están trayendo nuevamente las fábricas al país. ¿Será que el ajuste de largo plazo está hecho?

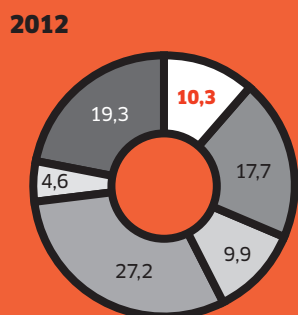
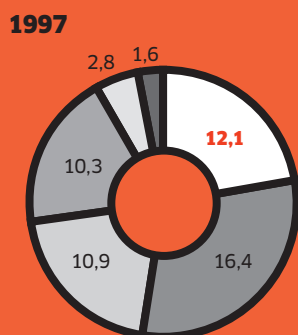
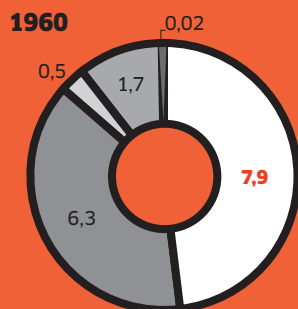
Estados Unidos tuvo su proceso inflacionario en la década de 1970, lo que permitió el avance neoliberal a partir de la década de 1980 hasta su vigente actualidad. Se desreguló, se confrontó con los restos materiales de los gremios que intentaron resistir, llevándolos a la decadencia más atroz del siglo, se eliminaron vallados sustanciales para el trabajo y las finanzas. De esta forma se generó el ajuste entre precios y poder real de compra, en particular, cuando el capital se retiraba de las áreas económicamente inviables dentro de Estados Unidos y llevaba las fábricas y la necesidad de trabajadores o al Viejo Sur, o a países donde el salario era una décima parte del que percibían los trabajadores estadounidenses. A los fines de evitar conflictividad innecesaria, se impulsó el endeudamiento de los asalariados, hasta varias veces su capacidad de pago (refinanciaciones de hipotecas y préstamos personales y tarjetas de crédito; apuestas bursátiles que terminaron en desastre, entre otras opciones). La trampa era doble: bajos salarios sin capacidad sindical de recomposición, endulzados con crédito infinito, hasta que llegó el límite y ajuste con la crisis de 2008.

Desde 2002 el dólar perdió un 35% de su poder →

Variación de la paridad del dólar (divisas por un dólar)



Producción mundial de vehículos (en millones de unidades)



© Pres Panayotov / Shutterstock



Rival. El comercio mundial creció notablemente en los últimos años, y China desplazó de su liderazgo a EE.UU.

→ de compra, y esto se profundizó con el cambio de paradigma de la Reserva Federal y su “Programa de flexibilización cuantitativa”, que en el fondo es una especie de devaluación del dólar disfrazada con rescate de bancos. Puede evaluarse este proceso al comparar el poder de compra del dólar con el euro. En 2000 se podía comprar un euro con 0,83 centavos de dólar. En 2008 se hizo necesario 1,60 dólares para poder comprar un euro, o sea, un 100% de devaluación. En 2000 era la fiesta del consumo; en 2008, el llanto sobre la leche derramada. A fines del año 2012, el tipo de cambio se encontraba un poco más equilibrado, ya que para comprar un euro era necesario nada más que 1,31 dólares. En palabras más simples, a fines de 2012, *grosso modo*, era un 30% más barato producir en Estados Unidos para colocar bienes en Europa.

Empobrecimiento creciente

El nivel de degradación de las condiciones laborales en Estados Unidos se explica con dos ejemplos: a) “aunque la mayoría de los contribuyentes gana menos de 30.000 dólares anuales y carece de título universitario, un porcentaje cada vez mayor de familias con ingresos superiores a 60.000 dólares y títulos universitarios se ven obligadas a declararse en bancarrota” (8), y b) ha llegado a tal punto que el mismo Presidente tuvo que rogar por un aumento en el salario mínimo. Con la propuesta de Obama llegará a 20.736 dólares; aunque es probable que el asalariado trabaje cinco días por semana y su paga real sea de 17.280. Si el salario mínimo actual es de 14.500 dólares al año como dice el Presidente, en verdad el aumento es de 2.780 dólares al año en el peor de los casos, y de 6.236 en el mejor. Sin embargo, una familia de cuatro personas gasta conforme con los promedios

federales para considerar el nivel de pobreza, unos 23.550 dólares (con variaciones que van de 29.440 en Alaska a 27.090 en Hawaii) (9). Los bajos salarios sirven para competir con la potencia que es verdaderamente un problema: China. Esto explica un poco el intento de armar un área de libre comercio con los europeos, ya que debe tenerse en cuenta el déficit comercial de Estados Unidos con China, que en 2012 alcanzó a más de 315 mil millones de dólares (10).

Para resolver esos problemas se aumenta el gasto militar, y por otro lado se efectúa un ajuste para evitar el déficit comercial. O sea, para evitar los déficits gemelos (comercial y fiscal), se incrementa uno y desesperadamente se intenta controlar el otro. El gasto en Defensa es hoy del 4,7% del Producto Interno Bruto (PIB) (11). Es un número enorme, que representa el 41% del total mundial (12). Y estos datos no toman en cuenta el análisis efectuado por John Bellamy Foster y otros, quienes confrontando datos públicos de la Oficina de Administración y Presupuesto (OMB) con los de las Cuentas del Ingreso Nacional y Productos (NIPA), destacaron que lo que realmente se debe considerar como Gasto Militar duplica lo que en principio se asigna a la Defensa Nacional (13).

La propuesta del presidente Obama para 2013 y 2014, en que retirará finalmente la totalidad de las tropas norteamericanas en Afganistán, se asemeja demasiado a la de Nixon entre 1972 y 1973. Dijo Obama que “más allá de 2014, perdurará el compromiso de Estados Unidos de lograr un Afganistán unificado y soberano, pero la naturaleza de nuestro compromiso cambiará”. Por suerte, nos viene a decir Obama, sus esfuerzos en el futuro serán los de matar con la ley en la mano, gracias al apoyo de su Congreso. ¿Es necesario hablar de la ley Patriota, la de Seguridad Nacional y el espionaje a enemigos y aliados, el mantenimiento de Guantánamo y otros pequeños hechos?

A todo ello, Estados Unidos busca con medidas erróneas salvar su mercado interno, a costa de una competencia de divisas y de tratar de lograr que China revalúe su moneda. Esto es mucho más problemático de lo que parece, porque ha colocado a China en una trampa: si revalúa su moneda, pierde capacidad de exportación; si permite que el dólar se siga devaluando, una parte más que sustancial de sus reservas se deprecia (hacia abril de 2010, era propietaria de 900 mil millones de dólares en bonos del Tesoro estadounidense). La tensión derivada de este tipo de hechos coloca hoy al sistema monetario internacional en una conflictividad de difícil resolución. La respuesta de los gobiernos de los países centrales atados al euro es sostener con medidas de tipo ortodoxas el pago de sus deudas, pero no hacen más que inyectar crecientes sumas al circuito especulativo de los bonos y los *commodities*. Este es el subproducto de los ajustes y las ayudas que han decidido los gobiernos: salvan a los bancos y a los grandes financistas internacionales inyectando fondos al circuito, y los salvados generan una nueva “burbuja” especulativa en



Innovación permanente. Poderosos servidores de un centro informático. Es en el ámbito de las nuevas tecnologías donde Estados Unidos sigue manteniendo una posición de privilegio frente a sus competidores orientales y europeos.

el área de los alimentos, la minería y el petróleo. En consecuencia, es probable que el próximo estallido se encuentre en el comercio internacional, por cuanto los precios de los alimentos e insumos primarios no pueden seguir creciendo indefinidamente. Hasta ahora, ¿hay alguna propuesta de Obama para cam-

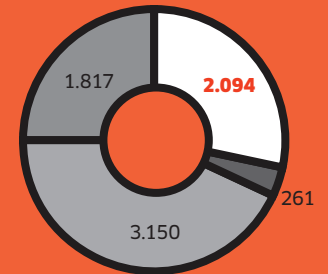
5. Hasta fines de 2013, la Reserva Federal estuvo inyectando en la economía un promedio de 80 mil millones de dólares... ¡por mes!

6. "No hay razones para ser optimistas", entrevista a Dean Baker, director del Center for Economic and Policy Research de Washington, diario *Página/12*, 11 de diciembre de 2013, pág. 24.

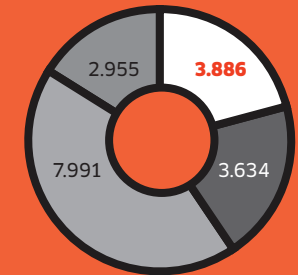
7. En la Bolsa de Filadelfia existe el PHLX Defense Sector, que es también un índice que expresa el valor de empresas tales como General

Consumo de electricidad (miles de millones de kilovatios-hora)

1980



2010



■ Estados Unidos
■ China
■ Resto del mundo
■ Unión Europea

EE.UU. busca salvar su mercado interno a costa de una guerra de divisas y presionando para que China revalúe su moneda.

biar esto? Por el contrario, envía naves y tropas para apoyar a Japón contra China.

La crisis que representa el absolutismo capitalista es terrible para los trabajadores, pero también representa una especie de transición entre lo que es y lo que será. Si bien lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no termina de nacer, es en los intersticios de la crisis donde se encuentran los gérmenes de la sociedad del futuro. En este sentido, lo que ha surgido es un capitalismo que, si bien parece estar lejos de derrumbarse, será cada vez más inestable, conflictivo, salvaje y oligárquico. Pero como todo en la historia, el desarrollo futuro es rico, variado, impredecible y contradictorio. ■

1. Pablo Pozzi, *Luchas sociales y crisis en Estados Unidos (1945-1993)*, Buenos Aires, El Bloque Editorial, 1993, pág. 166.

2. Para un desarrollo del concepto véase Fabio Nigra, "El absolutismo. Etapa superior del imperialismo", en Pablo Pozzi y Fabio Nigra, *Huellas imperiales. De la crisis de 1929 al presidente negro* (2ª edición actualizada), Buenos Aires, Imago Mundi-Ciccus, 2013.

3. Véase Telma Luzzani, *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*, Buenos Aires, Debate, 2012.

4. Fabio Nigra y Pablo Pozzi, *La decadencia de los Estados Unidos*, Ituzzaingó, Maipue, 2009.

Dynamics, Boeing, Northrop Grumman y otras. Y también existe el Standard & Poor's 500 para Defensa y Aeroespacial... y hay más.

8. Jerry White, "1,5 millones de estadounidenses se declararon en quiebra en 2010", en *www.sinpermiso.com*, de 16/01/2011.

9. En *http://www.familiesusa.org/resources/tools-for-advocates/guides/federal-poverty-guidelines.html* (consultado el 23/02/13).

10. En *http://www.census.gov/foreign-trade/balance/c5700.html* (consultado el 23/02/13).

11. La fuente es del Banco Mundial, en *http://data.worldbank.org/indicator/MS.MIL.XPND.GD.ZS* (consultada el 23/02/13).

12. SIPRI, "Recent trends in military expenditure", en *http://www.siri.org/research/armaments/milex/resultoutput/trends* (consultado en 23/02/13).

13. J.B. Foster y otros, "The U.S. Imperial Triangle and Military Spending", *Monthly Review*, Vol. 60, N° 5.

*Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires y docente en la cátedra de Historia de los Estados Unidos de América en dicha universidad. Entre otras obras, ha escrito, en colaboración con Pablo Pozzi, *Huellas imperiales. De la crisis de 1929 al presidente negro*.

**PhD en Historia por la State University of New York. Profesor titular de la cátedra de Historia de los Estados Unidos de América en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; fue *contributing editor* del *Journal of American History*. Es autor de numerosos libros, entre ellos *Trabajadores y conciencia de clase en Estados Unidos*; en colaboración con Fabio Nigra escribió *La decadencia de los Estados Unidos. De la crisis de 1979 a la megacrisis del 2009*.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

PRIMERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 CHINA
2 BRASIL
3 INDIA
4 RUSIA
5 ÁFRICA

SEGUNDA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 ESTADOS UNIDOS
2 ALEMANIA
3 JAPÓN
4 GRAN BRETAÑA
5 FRANCIA

EXPLORADOR

Los números anteriores se consiguen en librerías o por suscripción a través de www.eldiplo.org

LE MONDE
diplomatique

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

La tentación imperial de Washington, por Philip S. Golub, página 7: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, julio de 2001.

El estilo paranoico en la política, por Richard Hofstadter, página 13: *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2012.

Lo que se derrumbó con las Torres Gemelas, por Daniel Lazare, página 17: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, agosto de 2002.

¿Qué estamos haciendo en Irak?, por Howard Zinn, página 25: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, agosto de 2005.

¿Es reformable Estados Unidos?, por Serge Halimi, página 31: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, enero de 2010.

Como si nada hubiera pasado, por Ibrahim Warde, página 37: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, septiembre de 2011.

La demagogia del Tea Party, por Walter Benn Michaels, página 41: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2010.

La nueva fiebre del esquiito, por Nafeez Mosaddegh Ahmed, página 45: *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2013.

El militarismo estadounidense, por William Pfaff, página 53: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, febrero de 2011.

China es el enemigo, por Michael Klare, página 57: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, marzo de 2012.

¡Todos fi chados!, por Ignacio Ramonet, página 61: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, julio de 2013.

El egoísmo es la virtud suprema, por François Flahault, página 71: *Informe Dipló*, agosto de 2008.

Mañana, el Apocalipsis, por Denis Duclos, página 76: *Le Monde diplomatique*, París, julio de 2012.

Un genio absoluto, por Osvaldo Gallone, página 78: *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, julio de 2010.

FUENTES DE LOS GRÁFICOS

Guerra de Irak. Fuerzas de invasión, página 26
Fuente: Stockholm International Peace Research Institute 2014.

Guerra de Irak. Fuerza multinacional – ONU 2004 y 2007, página 27
Fuente: Stockholm International Peace Research Institute 2014.

Índice de pobreza, página 34
Fuente: Current Population Survey, *Annual Social and Economic Supplements*, U.S. Bureau of the Census.

Saldo de la balanza comercial, página 38
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Desigualdad de ingresos, página 39
Fuente: LIS, Cross National Data Center in Luxembourg.

Propiedades con ejecuciones hipotecarias, página 42
Fuente: U.S. *Foreclosure Market Report™* 2013

Consumo total de petróleo, página 46
Fuente: *International Energy Statistics 2014*, US Energy Information Administration.

Consumo de gas natural, página 47
Fuente: *International Energy Statistics 2014*, US Energy Information Administration.

Fuerza militar, página 54
Fuente: <http://www.globalfirepower.com/>

Participación en el gasto militar, página 55
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Exportaciones Estados Unidos y China, página 59
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Deuda pública, página 62
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Déficit fiscal, página 62
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Incremento del gasto militar, página 63
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

PIB Estados Unidos y China, página 83
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Variación de la paridad del dólar, página 85
Fuente: *Economic Research & Data 2014*, US Federal Reserve.

Producción mundial de vehículos, página 86
Fuente: *Production Statistics 1997 y 2012*, Organisation Internationale des Constructeurs d'Automobiles; para 1960 *Ward's: World Motor Vehicle Data 2007* citado en Wikipedia.

Consumo de electricidad, página 87
Fuente: *International Energy Statistics 2014*, US Energy Information Administration.

MAPAS

Distribución de la población latina en Estados Unidos, página 48: *El Atlas de las minorías*, Le Monde/La Vie; *Le Monde diplomatique/Fundación Mondiplo*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2013.

Condiciones de vida de los hogares y los niños, de Philippe Rekacewicz y Cécile Marin, página 49: *El Atlas IV de Le Monde diplomatique*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

Explorador: Estados Unidos / Philip Golub ... [et.al.] ; compilado por José Natanson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2014. 88 p. ; 27x23 cm.
ISBN 978-987-614-432-2
1. Medios Gráficos. 2. Diarios. I. Golub, Philip II. Natanson, José, comp. CDD 302.232 2

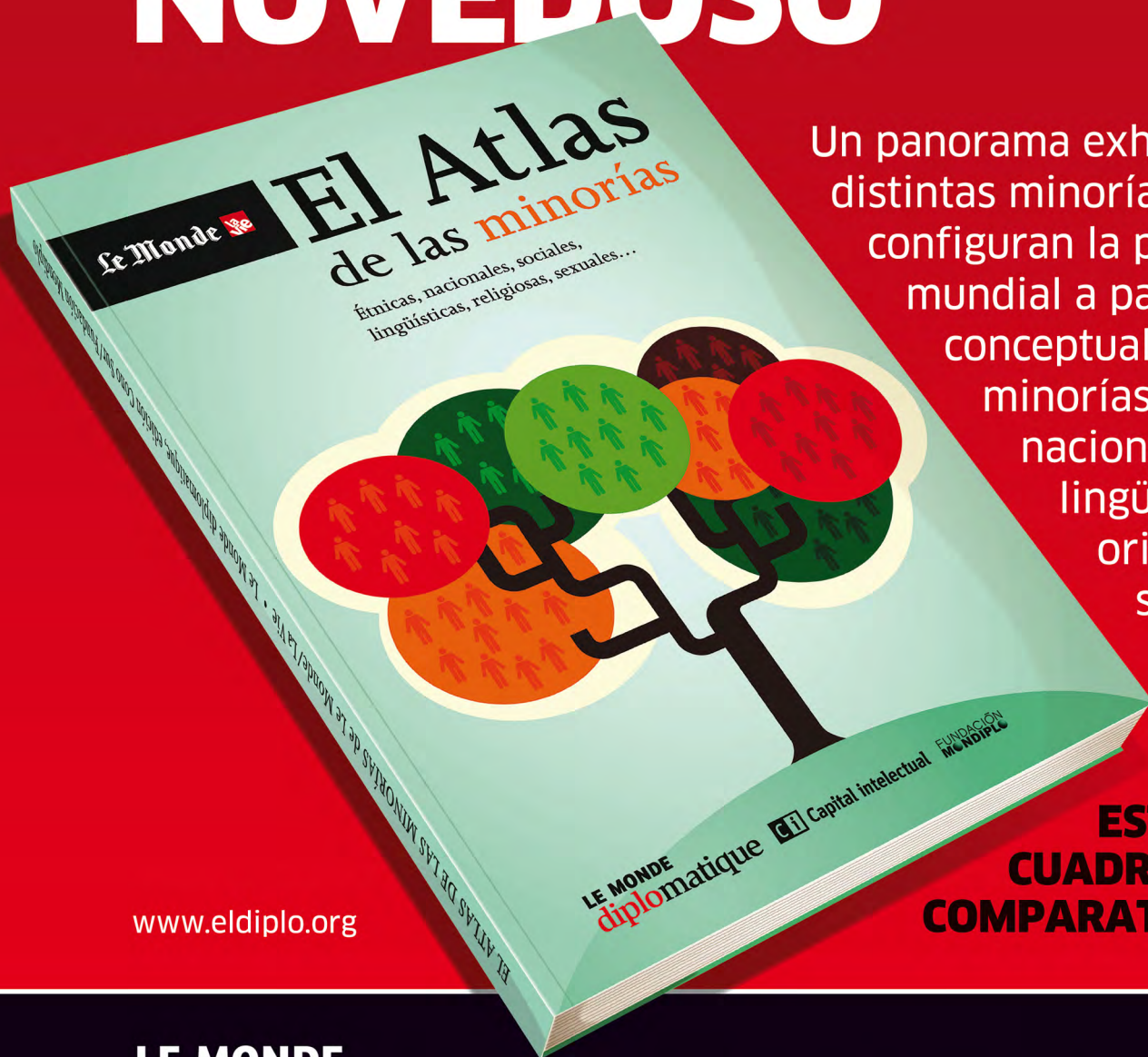
Fecha de catalogación: 21/01/2014

Hecho el depósito de Ley 11.723
Se terminó de imprimir en marzo de 2014
en Forma Color Impresores S.R.L., Camarones 1768, C.P.
1416ECH Ciudad de Buenos Aires

El Atlas de las minorías
de Le Monde/La Vie

**EN VENTA EN
LIBRERÍAS**

UN ENFOQUE ABSOLUTAMENTE NOVEDOSO



Un panorama exhaustivo de las distintas minorías que configuran la población mundial a partir de una conceptualización inédita: minorías étnicas, nacionales, religiosas, lingüísticas, de orientación sexual, etc.

**200 MAPAS,
ESTADÍSTICAS,
CUADROS, GRÁFICOS
COMPARATIVOS...**

www.eldiplo.org

LE MONDE
diplomatique

Ci Capital intelectual

FUNDACIÓN
MONDIPLÓ

LE MONDE
diplomatique



ISBN 978-987-614-432-2



9 789876 144322

Estados Unidos: El imperio declinante Michael Klare **Lo que se derrumbó con las Torres Gemelas** Philip S. Golub **Nacidos para expandirse** Noam Chomsky **¡Todos fichados!** Ignacio Ramonet **El militarismo** William Pfaff **China es el enemigo** Howard Zinn **El estilo paranoico** Samuel Huntington **La demagogia del Tea Party**

El mundo
cambia

EXPLORADOR

1